José P. Bellan



Los amores de Juan Rivault

D. Bazzurro

LOS AMORES DE JUAN RIVAULT

José Pedro Bellan

LOS AMORES DE JUAN RIVAULT



MONTEVIDEO

1922

Los Amores de Juan Rivault

Juan Rivault dejó el café Tupi Nambá a las diez y seis horas. Ya en la calle pareció titubear. Se echó atrás un puño del saco y volvió a mirar el reloj. En ese momento lo saludaron desde un auto. Eran voces femeninas.

—¡Adiós Rivault!...—Aspaventero y trivial, hizo una mueca de sorpresa agradable, quitóse el sombrero con la mano izquierda e inclinose henchido de discreción. El coche se había detenido en medio de la calzada y le esperaba. Rivault se acercó.

—¡Vaya un grupo tan encantador!...—Eran sus amigas más distinguidas: Lilí, Chichí, Chichita, Chelita, y Cholita.

—Suba. Hay un asiento.

—¿Van a Pocitos?—Chichí, traviesa como siempre, se disponía a abrir la portezuela.

—A mi lado, Rivault. Tenemos que hablar de los ensayos.

Pero él se excusó. Un asunto impostergable le privaba del placer de una compañía tan grata.

—Negocios de papá.—Ellas protestaron.

—Embustero—dijo Cholita.

—Le juro a ustedes que es verdad. Y en cuanto a los ensayos, Chichí, podríamos hablar luego.

—Fabre dice que la escena del balcón no puede ir.

Se trataba de la impresión de una cinta cinematográfica. Fabre, periodista, había ideado el asunto y los

elementos más descollantes del mundo social se hallaban comprometidos para su representación. Rivault hacía un galán.

—¿Y por qué no puede ir?

—No sé. Esta noche nos explicará—dijo Chichita.

—¡Ah!... muy bien, muy bien...

Se despidieron. Y cuando el coche ya estaba en movimiento, Chichí, amenazándolo con una manito alcanzó a decirle:

—¡Cuidado con faltar, Juan, eh?...

El volvió a quitarse el sombrero y sonrió agradecido al grupo que se alejaba.

—Esta Chichí, me aburre—pensó. Luego, guiñando un ojo, se miró de arriba a abajo, arreglóse las puntas de su pañuelo blanco que asomaban en el bolsillo superior del saco, estiró los brazos y haciendo jugar con alguna austeridad su flexible bastón de caña, empezó a andar por Sarandí.

Juan Rivault quizá tuviese treinta y cuatro años. Hijo único de un matrimonio que había enriquecido exportando lanas y tasajo, fué educado en el Seminario hasta los catorce años, de donde salió para ingresar en la Universidad, después de un brillante examen que le valió una nota sobresaliente, la admiración de sus compañeros y una motocicleta, regalo de sus padres.

Quiso ser abogado. Era la carrera de buen tono. Su familia vió en él a un futuro representante, quizá ministro, acaso presidente de la República. Cursó fácilmente los tres primeros años de bachillerato; pero al llegar al cuarto, obtuvo clasificaciones muy bajas, salvando a penas. Esto produjo en su casa una mala impresión, que justificó como pudo. Un profesor le tenía ojeriza. Después su memoria no le había respondido como siempre.

Pero Juan Rivault cambiaba. Ya no era el muchachote tímido, silencioso, tenaz, que enrojecía ante el aplauso o la reprobación. A los diez y ocho años perdió casi repentinamente, el candor de la primera juventud. Se hizo zafado, jacarandoso, haragán. Pasaba

durmiendo las mañanas de estudio. Luego entraba en el comedor, bañado, afeitado, con la cara cubierta de polvos de arroz y envuelto en su bata perfumada. Su padre lo observaba con acritud:

—¿Qué has hecho hoy, Juan?

—Estuve leyendo en la cama.

—Mientes. Tú dormías.

Entonces se alzaba de hombros.

—Como hoy tengo que estudiar muy poco!...

—Vamos mal. Siempre dices lo mismo.

Después de almorzar se retiraba a su cuarto donde se hacía servir el café. Y empezaba a vestirse frente a su guarda-ropa atestado de trajes, adornado con estampas de mujeres desnudas, bailarinas, tonadilleras, ilustraciones de los semanales. Era aseado, prolijo, una prolijidad un tanto femenina. Se vestía ante el espejo, sin perderse de vista, atento a la figura que la ropa iba formando en redor de su cuerpo. Y cuando ya estaba pronto para salir, con el sombrero puesto y el texto bajo el brazo, llamaba a María, una linda sirvientita de quince años.

—¿Qué tal? ¿cómo me encuentras?

—¡Ah! muy bien. ¡Qué lindo estás! ...

—¿Te gusto así?...

—¿Y me lo preguntas, Juancito...—Se besaban.

Rivault había poseído aquella muchacha durante una noche, al volver de un baile. Confundió el altillo donde ella dormía con su propio dormitorio. Así se lo aseguró, mientras María, atolondrada abría los ojos desmesuradamente. Al momento se vió asaltada, besada, estrujada con tanto entusiasmo que la pobre se quedó quietita.

Desde entonces Rivault le dedicaba algunas complacencias. Habíale confiado su guarda-ropa y la llamaba un momento ante de salir para que ella le viese, en la plenitud de su medio, arrogante, tiranuelo, burlón, dejándole aquellos besos que la quemaban.—¡Adiós Juancito!...

Rivault tomaba el tranvía y observaba desde la pla-

taforma el interior del coche buscando un sitio donde hubiese «programa» algo difícil a esa hora en un vagón lleno de pasajeros que volvían al trabajo después del almuerzo. Hacía equilibrios en los estribos, luchaba hasta abrirse pasos a fuerza de codos y alcanzaba la portezuela, donde acechaba, aguaitando impaciente el momento oportuno para entrar a tiempo. Tenía lo que él mismo llamaba su buen golpe de vista. Por eso, si consideraba que no había «programa» descendía en la primera esquina, a la espera de otro coche. Y de este modo, subiendo aquí, bajando allá, tornando a subir, llegaba a la Universidad, después de haber ocupado un asiento al lado de una mujer.

En el quinto año de bachillerato obtuvo las peores clasificaciones. Se sentaba en primera fila y mientras el profesor dictaba la cátedra, él se volvía para mirar a las muchachas, inquieto, encendido como un gallo, insistente, cargoso, sicalíptico. Ese año fué reprobado. Tentó en el período de Febrero y volvió a perder el examen Tuvo una explicación con su padre. Se mostró arrepentido y prometió morigerarse. Sin embargo no reaccionó. Tenía minada la voluntad. Era incapaz de atención. Abría un libro para estudiar y a las pocas líneas lo abandonaba, confusa su inteligencia como ante un problema obscuro.

Empezó a faltar a clase. Esto le ocurría invariablemente a causa de los «programas». Tomaba un coche, el primero que pasase, inspeccionaba con su buen golpe de vista y se sentaba al lado de la mujer elegida. Al principio se mostraba correcto, ocupando el asiento con indiferencia, afectando un gran interés por la lectura, alzando hasta sus narices el libraco abierto.

Ahí empezaba su trabajo. Gradualmente iba acercando su muslo al muslo de la hembra. Tenía sus recursos. A veces era un pasajero que al pasar junto a él le empujaba por falta de espacio; otras, simulaba ver a un amigo cruzando la calzada e insistía, mirando por la ventanilla, buscando el saludo.

La mujer, al sentir el contacto, se separaba prudente-

mente. Pero él no perdía el ánimo. Todas hacían lo mismo. Era un síntoma de escaso valor que detenía tan sólo a los timoratos. Trataba de mirarla y la alcanzaba de nuevo, abriendo el ángulo de las piernas. Y muchas de ellas, vencidas por la voluptuosidad se entregaban bajo aquella presión ardiente, que les producía un mareo delicioso.

Si al pasar frente a la Universidad el «programa» se iba haciendo, Rivault no se movía del asiento. Era inútil que tentase bajar del coche. No podía. Continuaba adherido a su compañera hasta que ésta manifestaba haber llegado al término del viaje. Entonces daba su último apretón y se dirigía hacia la plataforma, afiebrado, congestionado el rostro y mirando ostinadamente hacia afuera.

Luego venía la parte que le inspiraba menos confianza: conocer a la dama. Era el momento de las sorpresas, de los gestos inesperados. Un novicio se quedaría boqui-abierto. Mujeres que un minuto antes, en el asiento de un tranvía, habían permitido hondas intimidades, en la calle se mostraban inconmovibles. En vano se la seguía. Parecían empecinadas en demostrar que no había pasado nada, en que era mentira aquel instante de debilidad, en que no eran ellas. Estos chascos hacían perder tiempo. Cuando Rivault miraba la hora ya era tarde para volver a clase. Entonces concibía un vasto plano, como el que va a cometer una grande obra. Pensaba en los lugares de mayor concurrencia femenina, en las líneas de tren que conducían a algún paseo de moda. Y allá se iba, cambiando de coche a cada momento, avanzando, retrocediendo, en busca del «programa.»

Aun cuando el coche llevaba algunos asientos vacíos, él no vacilaba para sentarse al lado de una mujer. Una noche, a las veinte horas, tomó a la salida del Prado, un 47 que marchaba para el centro, conduciendo a un solo pasajero, una joven rubia, seria, pecosa que calzaba anteojos. En estos casos, Rivault esperaba a que se ocupasen algunos asientos a fin de velar su intención.

Pero aquella noche no subía nadie. Aguardó cinco minutos largos. Luego, temiendo que la ocasión se le fuese, rizóse las patillas, tanteó la corbata y se sentó al lado de la muchacha después de decirle con dulzura:

—¿Me permite, señorita?...

Ella se movió, sorprendida primero, después visiblemente fastidiada.

—¡Valiente, señor!... Podría usted haber elegido otro lugar: el coche va vacío.

Pero Rivault conocía estos asuntos de memoria. Miróla con tristeza, puso cara de mártir y le largo a boca de jarro.

—Perdón, señorita si es que le provoco esta molestia, pero es que yo estoy enamorado de usted desde hace mucho tiempo. Esta pasión oculta no me deja tranquilo. Yo quisiera decirle cómo es mi cariño.

Ella exclamó maravillada:

—¿Qué dice usted?—Lo examinó unos segundos, asombrada, creyendo soñar. Después agregó con algún despecho:—Se equivoca; usted me canfunde, sin duda.

—No me es posible confundirla. Hace más de dos años...—Fué interrumpida vivamente.

—¿Dos años qué?...

—Dos años que la adoro.—Ella estaba lejos de creer. No obstante preguntó:

—Pero, seriamente: ¿Vd. me conoce?

—Si y no. Si Vd. me pregunta: ¿quien soy yo? ¿cómo me llamo yo? entonces no sabría qué responder. Pero en cambio, yo sé que usted es la misma que conocí una noche de carnaval.

—¿En dónde?...

—En el corso.

—¿Qué carnaval dijo?—Aquí Rivault vaciló un poco. Después agregó como si hiciera memoria.

—Sí; hace de esto dos años...

La muchacha hacía esfuerzos inútiles por recordar. No le sacaba los ojos de encima.

—¿Y dónde más me ha visto usted?

—Por las playas, en el Skating de Capurro...

—En el Skating no es cierto. Allí no he ido ni una vez siquiera. Es un sport que no me gusta. Ya ve: lo agarré en una mentira.

—Pero usted viaja en el 21.

—En el 21, sí... Tengo por esos lugares a una tía que vsitio a menudo. Pero en el Skating no...

—Si, pero anda usted por Capurro. No estaba tan equivocado como usted suponía.

—Es raro—dijo ella después de una pausa—yo juraría que es la primer vez que lo veo.

—Lo creo, porque usted nunca se ha fijado en mí. Hubiese seguido ocurriendo lo mismo si ahora no hubiese tenido la audacia de sentarme a su lado. Supongo que me habrá perdonado usted.

—Sí...—contestó con ligereza y como quien piensa en otra cosa.—¿Y cómo se llama usted?

Le dijo el primer nombre que le vino a la boca.

—Ramón Díaz. ¿Y el suyo?

—Julieta Fabre.

Y siguieron así: ella incrédula aún, tratando de averiguar; él mintiendo con suerte y habilidad, mientras con las piernas empezaba su trabajo diabólico.

Pero no siempre triunfaba. A veces se encontraba con mujeres que no gustaban de los «programas».

Una tarde, viajando en el 52 se sentó junto a una señora, joven, hermosa, de carnes firmes. Aparentando la indiferencia de siempre, Rivault abrió su libraco, lo puso ante sus narices y empezó a funcionar con la pierna. La señora le echó una mirada de reconvención y se apartó. El dejó pasar un minuto y volvió a oprimirla con todo el muslo. Entonces ella, violenta sin duda o de mal carácter, pidióle permiso para salir y se plantó en el pasadizo, dejándole solo en el asiento. Esta escena fué observada por todos los pasajeros. El Guarda intervino:

—¿Porqué no se sienta, señora?

—Porque con estos insolentes—dijo señalando a Rivault—es preferible estar de pie.

Quedó acoquinado, tapándose la cara con el texto.

Pensó en tirarse por la ventanilla, escapar, verse libre de aquella atención general que lo cubría de vergüenza. Dirigió una mirada a la señora, implorando gracia. Nunca fué más significativo con los ojos: «perdóneme y siéntese, por favor!»

Pero la señora siguió aplicando la pena, implacable como un verdugo. Rivault ya no pudo resistir. Salió del tranvía, llevándose por delante a los pasajeros. Al pasar oyó algunas risitas y una voz que decía: «Si hubiera estado el marido en la plataforma»

Fué tan grande la sacudida que al día siguiente, Rivault no salió de su casa. La linda sirvientita estuvo de fiesta. Su querido Juan le hizo algunas confidencias. Apareció el asunto del tranvía, donde, según él, la mujer se había arrepentido después de provocarlo. Y la simpática María lo consoló asegurándole que aquello no tenía importancia.

Juan Rivault no tenía novia. Pero al llegar a los veinticinco años, cortejó por consejos de sus padres, a una hermosa muchacha, hija de unos conocidos comerciantes.

Los preliminares de estos amores fueron publicados en las crónicas. Rivault se mostró enamorado. Fué un galán diestro. En poco tiempo conquistó el corazón de aquella muchacha que tocaba el piano, asistía a conferencias y leía versos.

Sin embargo, cuando fué declarado novio por las familias, Rivault empezó a manifestar por su prometida una indiferencia incomprensible. Cumplía con las visitas oficiales como un empleado haragán cumple con un empleo. Llegaba tarde, parecía preocupado por otros asuntos y aunque se esforzase por permanecer atento no lo conseguía. Se enfermaba con asiduidad y mandaba esquelitas justificando su inasistencia escritas con cierta agresividad y mal tono.

Ella trataba de atraerlo inutilmente. Veía que se le escapaba, pero no comprendía el por qué. Aquel cambio súbito se le presentaba como un problema infundado, un absurdo extravagante, propio de un de-

mente. Una noche le esperó dispuesta a descubrir la verdad. Fué concisa. Presentó el caso con exactitud y exigió una respuesta clara. Rivault apenas habló. Balbuceó torpemente unas excusas y esperó a que su novia lo dijese todo. Luego, como viese que ella lloraba, con la cara oculta entre las manos, saludó débilmente y se fué sin hacer ruido, cual si quisiera salir inadvertido igual que un malhechor. Era extraño este Juan Rivault, atraído terriblemente por la mujer, por cualquier mujer, siempre que ella se le presentase en público. La misma sirvienta María, la hermosa María que ya tenía veintidós años, se veía en figurillas para atraparlo. Pero una tarde, la casualidad hizo que se encontraran en un tranvía que regresaba de Malvín. Juan la observaba desde la plataforma, admirado de que fuese su mucama. La hallaba desconocida, nueva, espléndida. Se sentó a su lado.

,—¿De dónde vienes?

—De casa. Hoy tenía libre. ¿Y tú?

—De por ahí; de ver a unos amigos.

—Si. Ya sé qué amigos—dijo guiñando un ojo con malicia.

El ya no pudo hablar. Se fué acercando enardecido, arrebatado por aquel delirio sexual que empezaba a constituir en él, como una impulsión irrefrenable, desequilibrada, Había metido una rodilla bajo un muslo de María y mientras con una mano la palpaba desaforadamente, con la otra mantenía el diario abierto, como extendido al azar.

Ella se había excitado. Pero poco acostumbrada a estos desmanes, trataba de apaciguarlo.

—Sociégate, Juancito. Mira que aquel señor nos observa. Luego, Juancito!... Pero qué entusiasmado estás! Nunca te he visto así!...

Rivault empalidecía, tremente, próximo al placer. Acercó su cara, donde ardían los labios resquebrajados por la fiebre y le dijo en una exclamación de gozo:

—Pareces una modista!...

—Yo... una modista?...—Quedó desconcertada un se-

gundo. Después le hizo gracia y se echó a reir.—¡Una modista yo!... ¡qué loco!...

Rivault se había inclinado hacia adelante para disimular los espasmos. Era la primer vez que llagaba a este extremo. Involuntariamente pensó en un compinche suyo, un tal Robledo, compañero de aventuras a quien siempre le ocurría lo mismo con demasiada facilidad.

Por la noche, en el biógrafo donde se reunía con sus camaradas, refirió el episodio de la tarde. No dijo que ella era una sirvienta de su casa. Esto hubiera sido indigno de su elegancia, de sus trajes, de sus aptitudes; habría impresionado mal, él, a quien sus amigos llamaban Hindenburg, con h aspirada, a la inglesa, en mérito de sus ataques irresistibles.

Eran cnatro y se hallaban reunidos a la entrada del salón, desde donde observaban a las mujeres que iban entrando, con descaro ladino, concuspicentes, babosos, el rostro flácido y la mirada gelatinosa.

Robledo descollaba entre ellos por la audacia, aun cuando no tenía la suerte de Rivault. Era un gordito blando.

Había ingresado en la Universidad a los dieciseis años y al cumplir los veinticinco todavía estaba cursando el bachillerato.

Sus comienzos en cuestiones amorosas fueron semejantes a los de Rivault. En poco tiempo la mujer se convirtió para él en una droga perniciosa. La asedió en las fiestas, la persiguió en los tranvías, gozándola a estregones. Después, vicioso, gastado, abandonó los paseos, los tranvías y se dedicó al biógrafo.

El salón del Cine constituía su especialidad. No había biógrafo en Montevideo donde no hubiese tenido alguna aventura. Ayudado por la sombra, escudado en su desparpajo, llevaba a cabo hechos increíbles que asombraban a sus compañeros. En este medio ,la gloria de Rivault se empequeñecía.

Tenía predilección por las chiquilinas; pero no se detenía ante las señoras ni aun ante las viejas. En cuanto

la sala quedaba a obscuras, Robledo perdía repentinamente, delicadeza, consideración, respeto, su propia dignidad. Se echaba sobre la mujer que tenía a su lado y si ésta se separaba, él la seguía, sin escrúpulos, groseramente. Había quienes lo soportaban con hostilidad, quienes terminaban por enardecerse y le dejaban hacer, quienes se incomodaban sinceramente y se iban de la sala.

El vicio le daba una audacia que alcanzaba lo inconsciente. Durante una noche, mientras un matrimonio contemplaba emocionado la décima parte de la octava serie, Robledo cometió una peligrosa fechoría. Se hallaba sentado junto a la señora, una mujer gruesa, confiada, que, con seguridad, no le había tenido en cuenta para nada. Como los asientos estaban separados por escasa distancia, el cuerpo de la señora oprimía al de Robledo. Y éste, que no perdía el tiempo en averiguaciones, apoyó un brazo sobre un muslo de la señora.

La vista que se exhibía turbaba por lo sensacional del asunto y Robledo aprovechaba el momento, creyendo que la señora engañaba al marido. Con alguna vacilación empezó a acariciar aquella carne que se le brindaba. De pronto se encontró con una de las manos de la mujer. Dió unos cuantos apretones y respondieron unos cuantos apretoncitos. A él, ya le faltaba poco para llegar al final. Insistió buscando partes más secretas. Entonces ella dijo sin sacar sus ojos del lienzo y en voz baja:—«Quédate quieto, Francisco —Y fué cuando se produjo el alboroto. Descubierto el equívoco, Francisco y la mujer empezaron a dar de mojicones a Robledo. Se encendieron las luces, los espectadores se pararon, intervinieron los acomodadores, llegó un Guardia Civil. Y Robledo fué sacado del salón, desgreñado, chorreando sangre por las narices, destroncado por el placer y por los golpes.

Otra vez, durante una matinee en un biógrafo de la calle Uruguay, hizo descansar uno de sus brazos, con aparentada negligencia, sobre el respaldar de una silla ocupada por una señorita. Un momento después, Robledo

acariciaba uno de sus hombros. La muchacha se inclinó hacia adelante y le dijo rabiosa:

—«¡Insolente!»

El hizo mil aspavientos, simulando asombro por lo que ocurría. Quería explicarle que aquello había sido casual y mientras tanto se acercaba, a pequeños empujoncitos, ocupando los espacios breves que ella le iba abandonando al separarse de él.

—«Vea, señorita; escúcheme señorita».

—«Vamos—dijo ella a una compañera que tenía a su lado—es preferible». Se pusieron de pie resueltamente y se alejaron buscando asiento en otras filas. En esos segundos terminaba la tercera parte.

Robledo observó junto a él. A su izquierda tenía a un viejo que se había dormido; a su derecha, dos asientos vacíos, luego ocho mujeres, entre ellas dos señoras. Robledo fué corriéndose, silla por silla y, cuando empezaba la cuarta parte, ya había tocado varias veces, con su rodilla, el cuerpo de su compañera.

Ella demostraba ser poco impresionable. Encantada sin duda, ante la vista que se exhibía, no quitaba sus ojos del lienzo, sino para hacer breves comentarios con las otras muchachas, entre quienes parecía existir algún parentesco. Y Robledo aprovechaba esta distracción que se le antojaba voluntaria, diciéndose enardecido: «este es un caso».

Después de los toques preliminares, pasó a mayores. Robledo entendía por «toques preliminares» todo lo que se puede intentar, simulando inadvertencia, descuido, casualidad. Repitió con ella el juego del brazo sobre el respaldar de la silla. La muchacha se estremeció como sorprendida por un chucho. Robledo se dijo de nuevo: «este es un caso».

Impaciente, acicateado por el vicio, bajó su brazo derecho, inquieto, cargado de antojos. Robledo supuso que su compañera debería tener una hermosa pierna. No pudo resistir al impulso. Se inclinó hacia adelante como quien quiere recoger algo del suelo y al incorpo-

rarse acarició una de las piernas, cubierta con una media de seda.

¿Se quejó ella? ¿Fué sorprendido por alguna de las señoras en ese momento?... No lo pudo saber. Las mujeres cuchichearon un segundo. Luego, las ocho se pusieron de pié.

—«Déjeme pasar»—le dijo con violencia la muchacha. Y dirigiéndose al viejo que continuaba durmiendo lo despertó, dándole unos golpecitos en un hombro.—«Vamos, papá». El señor se levantó y sin decir palabra, siguió al pelotón de mujeres que se perdió en la sombra.

Al iniciarse el intervalo, Robledo apareció solo en la fila, teniendo a su disposición doce asientos, en un biógrafo atestado de público. Oyó risas, murmuraciones. El hecho había sido observado y era comentado risueñamente. Algunos hombres se apresuraron a ocupar las sillas abandonadas y refistoleaban el lugar recelosamente. Y Robledo, muy fresco, ponía cara de bobo y miraba hacia todos, cual si dijera: «¡Cuánta gente hay esta noche, eh!...»

Estos desplantes, esta audacia, esta resistencia al ridículo, habían dado a Robledo, fama de conquistador. Una camarilla de palurdos, idiotizados por el vicio, le admiraba.

Rivault era más sano fisiológicamente. No había llegado tan abajo aún. Sin embargo, después de aquella aventura con su sirvienta, empezó a experimentar, a semejanza de Robledo, la misma facilidad para los desenlaces inesperados. Trató de reprimirse. Comprendió que era un signo de decadencia. Pero estaba metido en un estero donde, a pesar suyo, se hundía cada vez más. Un ligero roce con una mujer le provocaba lo que quería evitar.

Los médicos lo mandaron al campo. Permaneció en campaña tres meses. Le sobrevino una neurastenia aguda y volvió a la ciudad. Cuando estuvo algo mejorado le aconsejaron los viajes. Fué a Europa; se sometió a un tratamiento en un sanatorio alemán; pasó a Norte

América, llegó hasta San Francisco y regresó por el Pacífico, al cabo de tres años, en peores condiciones de salud. Se presentó decrépito, gastado, flojo, impotente. Tenía treinta y dos años.

Como se había hecho escéptico rehuía las fiestas. Sin embargo, una noche, después de una comida ofrecida a un viejo camarada de estudios que se casaba, concurrió en compañía de algunos amigos a una casa de placer. Allí le esperaba una agradable sorpresa.

—«Pero eres tú, María, eres tú?...—preguntaba azorado—eres tú?...

—«Soy yo, rico mío—decíale ella abriendo sus brazos—soy yo..—Y con una alegría sana, decente, infantil, se prendió de su cuello y le dió muchos besos.

Su sirvienta, su hermosa sirvientita de años atrás, se le aparecía en el centro de la impudicia, semi-desnuda, el pelo oxigenado, confundida en un estercolero. Y él, que en su vida había tenido un afecto, él, para quien la mujer sólo había sido un instrumento de placer, se sintió conmovido, inflamado por una racha de dolor.

—«¿Y hace mucho tiempo que estás acá?»—

Ella pareció entender y quiso disipar la nube. Abrazada de él, besándole, lo llevó hasta su dormitorio.

—«¿Qué quieres beber, Juancito? Te acuerdas. Juancito, mi Juancito!... Me dijeron que te casabas..

—«No... ¿Quién te dijo?...

—«Uno que estuvo la semana pasada, un tal Robledo...

—«Ah!... ¿viene por aquí Robledo?...

—«Sí. Dice que fué amigo tuyo. Pero es un puerco ¡uf!... un gran puerco!...

Rivault sonrió resignado y cambió de tema.

Durante una hora estuvieron conversando, escuchándose mutuamente lo que ignoraban de sus vidas. El hizo la historia de su enfermedad, de sus viajes inútiles de su decadencia final; ella hizo la descripción de los episodios principales de sus caídas por el plano inclinado del vicio.

María estaba muy impresionada. Trató de reanimar a Rivault, valiéndose de los medios de que puede dis-

poner una mujer que conoce a fondo el mecanismo del sexo. Pero el físico de Rivault no respondía. El ardor del deseo se localizaba en el cráneo. La imaginación ardía separada del cuerpo como un fuego fatuo.

—«Déjame, María, déjame. Es inútil!...

—«No. Yo te quiero, Juancito...

—Si... pero no puedo, no puedo... Déjame!... Muchas veces he pensado en matarme. No lo hago porque soy cobarde. Tengo miedo, tengo miedo a la muerte y no quisiera vivir. Déjame ¡sufro mucho!...—y Rivault se puso a sollozar.

—«No te aflijas. Tú te curarás—decía María contagiada por los sollozos de Rivault. Yo te he querido y te quiero mucho. No desesperes. Tú te curarás.

Y le besaba en los ojos humedecidos, le envolvía la cabeza entre sus brazos y la apretaba contra su pecho desnudo.

Desde entonces, Rivault empezó a visitar a María, frecuentemente. La veía dos o tres veces por semana. Ella desatendía sus ocupaciones y se dedicaba a él, contenta de su compañía y sin perder la esparanza de hacer renacer en su amigo la virilidad perdida.

Era la primera vez que María tenía un propósito en su vida, una idealidad a quien consagrar su corazón y su inteligencia. Hasta entonces había sido así, sin pensarlo, por una rigurosa espontaneidad del presente. Ahora no. El mañana dependía de su voluntad. Tenía la impresión de un acto que se realizaría, de un tiempo no vivido aún.

Se valió de todos los recursos, humanos y divinos. Como tenía mucha fé, acudió al Señor de la Paciencia y allí rogaba fervorosamente por su Juancito. Y el Señor la oyó.

Un viernes, de tardecita, al salir de la iglesia después de haberse hecho todas las Estaciones de rodillas, la asaltó un recuerdo. Tuvo la visión de aquella escena ocurrida entre ella y Rivault, en un asiento de un tranvía. La exclamación «pareces una modista» dicha en

un arrebato de placer, saltó en su mente. Y entonces tuvo una idea.

Fué primero como un antojo, un capricho inexplicable, una ocurrencia extravagante. Luego le pareció ver en ella un sentido perfectamente legible. Comprendió sin analizar.

Al llegar a su casa escribió a Rivault una carta breve.

«Señor Juan Rivault: Una mujer que se interesa mucho por usted pasará a las diecisiete horas por la vereda de la Catedral. Sea discreto. Hasta mañana».

Rivault se impresionó. Nunca había recibido una carta que le prometiese tanto. Se dirigió a la cita envalentonado por la imaginación, alentado por lo posible. Como era algo temprano decidió ir a pié. Dejó su casa de la calle Yi, tomó por 18 de Julio y cuando cruzaba por Juncal, fué llamado desde el automóvil donde iban Chichí, Chelita, Lilí, Chichita y Cholita.

Rivault era el niño mimado de las muchachas casaderas. Su fama de mujeriego, de libertino; el gesto de su cuerpo que había vuelto a adquirir su primitiva firmeza; su elegancia insuperable en el vestir y el oro de su herencia habían hecho de él, un partido envidiable. Las mujeres se lo disputaban. No se daba fiesta adonde no fuese especialmente invitado. Ultimamente le habían hecho aceptar un rol de galán en el film que impresionaba la sociedad «Le Printemps». En el tal film intervenían marqueses, condes, lacayos,y perros galgos. El hacía el marqués de Cienfuegos.

Cuando llegó a la plaza Constitución, su espíritu empezó a sufrir una inquietud alegre. Era un acicate poderoso que lo mantenía erguido, sonriente, liviano.

Se detuvo en Sarandí e Ituzaingó. El reloj de la Iglesia dió la media hora. Para no pasar desapercibido entre la multitud de transeuntes, se dirigió a la esquina de la Plaza. Vió pasar a muchas mujeres conocidas que iban o regresaban de las tiendas. Una de ellas se alborozó al verlo y contestó a su saludo con un gesto exagerado de atención. «Si será ésta»—se dijo Rivault

refunfuñando—«si es ésta, que mal rayo la parta». Y disimuladamente le volvió la espalda.

Hacía ya veinte minutos que aguardaba. Impaciente, empezó a recorrer pequeños trechos pensando que, acaso, habría sido víctima de una burda jugada de algún tonto. En este instante, un taxi que él no había visto llegar, se detuvo frente al hotel Pyrámides y una modista bajó de él, llevando colgada por una cinta en uno de sus brazos, una caja larga y prismática.

Lucía un sencillo vestido blanco. Pollera corta; medias azules, de seda; zapatos de charol, escotados y de tacos muy altos. En la cabeza llevaba puesto un canotier azul.

Llegó hasta Sarandí, pasó frente a Rivault, le miró como por casualidad y siguió andando hacia la plaza Independencia.

El no salía de su asombro. Ni siquiera atinó a saludarla. Quedó fijo en la esquina, con el bastón en alto viéndola alejarse por entre las rotas filas de los transeuntes. Y cuando los separaba una distancia peligrosa, él, sin saber por qué ni para qué, se fué tras ella, impelido por su deseo confuso.

¿Sería ella la de la cita?... ¿O se habrían encontrado porque si? ¿De qué farsa se trataba?... ¿Y si se hubiera confundido?...

Apuró el paso, bajó a la calzada, se corrió por entre los autos, subió a la vereda y cuando estaba por alcanzarla se detuvo. Al cruzar por Juan Carlos Gómez, dos conocidos suyos, esperaron a la modista y le dijeron algunas groserías. Ella se apartó como quien salva un bache y los dos galanes festejaron sus ocurrencias. Cuando vieron a Rivault se apresuraron a interrogarle:

—¡Ché!... Juan; ¿viste qué breva!...

—Es un caso, ché!...—Rivault sonrió. demostró estar muy ocupado y siguió su camino. Lo que acababa de presenciar le había hecho mal efecto. Hubiese deseado decirles que eran unos brutos muy bien vestidos

Se apuró de nuevo hasta estar cerca de ella. Que

ría hablarla, preguntarle el motivo de su actitud, el objeto de ese paseo tan caprichoso; pero no se decidía. Le temía al ridículo, a la burla de los amigos que lo sorprendieran hablando con una vulgar prostituta, en plena calle Sarandí, o a las numerosas relaciones de su familia que lo descubrieran hablando con una simple modista Y estas dos consideraciones que lo detenían, se transformaban en un estímulo enérgico, provocando una violenta reacción en su cuerpo gastado.

Después de pasar Bacacay, se encontró de sopetón con las muchachas de la familia Pereyra. Eran cuatro e iban acompañadas por la madre, una respetable matrona. Y allí, en aquella vereda demasiado angosta donde se apretujaba la gente se entreveraron todos. La prostituta llamó la atención. Una dijo insinuante:

—¿Viste qué extraño?...

Al mismo tiempo otra distinguía a Rivault.

—¿Adónde va usted Juancito?...

La modista, al oir a nombrar a Rivault se volvió curiosa. Todo courrió en unos breves segundos. Pero cuando Rivault se despidió de las de Pereyra estaba sudoroso y las piernas le temblaban.

Volvió a apurarse y alcanzó a la modista cuando ésta entraba en la Plaza.

—¡María, María!...—exclamó apenas, atorado por el deseo.

—Sígueme; pero no me hables—contestóle ella sin mirarle.

El obedeció de mala gana y se concretó a seguirla, dejando entre ambos una distancia de dos o tres pasos.

Rivault era un individuo poco apto para el análisis. No obstante estaba preocupado y trataba de buscar una explicación. A su aspecto moral correspondía su aspecto físico. Y era este último aspecto el único que le interesaba porque acaso fuese el único que veía.

Sufría una desazón epidérmica, un exceso de sensibilidad que por momentos se hacía intolerable. Le molestaban las costuras de la camiseta, la presión de las ligas, el roce de los pantalones sobre las rodillas. Y

al mismo tiempo experimentaba en el interior de su cuerpo, una lasitud general. En el epigastrio, en la parte profunda del bajo vientre, hacia la región prostática, se sentía caer, pareciéndole que las vísceras, flojas y blandas, le colgaban. Nunca había tenido una crisis tan violenta. Se alarmó y juzgó oportuno sentarse en el primer banco que encontrase. Pero pasó un conocido. Observó a la modista, miró a Rivault y sonrió malicioso. El pensó en seguida: «este ya sabe. Ahora, cuando vaya a la casa se lo contará a la mujer. La mujer se lo dirá a las hermanas». Y una nueva llama hizo más extenso el fulgor del deseo.

Yendo tras ella, casi pisándole los talones, ostensible a pesar suyo, despertaba la curiosidad y la sospecha.

Empezó a suponer a la gente que pasaba, en conocimiento de las relaciones libidinosas que lo unían a la modista; se imaginaba a las niñas tímidas, en acecho tras los cortinados y las celosías, impacientes por verlos en un arrebato sexual.

Las dos consideraciones que poco antes le habían hecho pensar en el ridículo y en el respeto a la opinión ajena, siendo las mismas, ahora se cruzaban. Según él, María, para las mujeres, tenía el aspecto de una ramera, en tanto que los hombres la confundían con una modista. Y esta convicción fué como un estallido de fuerza. Tuvo un impulso y con el impulso una ocurrencia absurda. Sintió la necesidad de abrazar a María y tumbarla sobre el césped que circunda a la fuente Cordier.

Al llegar a 18 de Julio y Convención, un mozalbete que venía hacia el Centro se detuvo para contemplar a la modista. Después, juzgando fácil la aventura se decidió a seguirla.

Rivault se amoscó y dirigió contra el intruso una mirada furibunda. Pero éste, sin inmutarse sonrió guiñándole un ojo maliciosamente y continuó andando.

Una cuadra después marchaban juntos, apareados como dos perritos tras la misma promesa. Por momentos se miraban: Rivault, amenazante, dispuesto a no

compartir la presa en ningún sentido; el otro, socarrón, conciliador, simpáticamente, sonriendo cual si le dijera: «eh!... no se apure usted que aquí hay para los dos».

Al cruzar la calle Paraguay, el desconocido se dirigió a Rivault resueltamente:

—¿Usted la conoce?...—Y él, a pesar de la inquina, respondió en seguida:

—No. La vengo siguiendo desde la plaza Constitución.—Hizo una pausa y agregó de pronto:—Pero ya hablé con ella. Es una modista de la «Maison x» de la calle X .

—Ah!... pero ¿ya están arreglados?...

—Se entiende. Lleva un vestido para una familia de por aquí. Después nos iremos juntos

El desconocido quedó algo desconcertado. Sin embargo, dudaba, creyendo acaso que Rivault había mentido para deshacerse de él. Esperó aún. Pero al llegar a Yi y después de haber observado que la modista se volvía frecuentemente para mirar a su rival, sin decir una palabra, dió media vuelta y les dejó en paz.

Rivault había dicho a su inesperado compañero que se trataba de una modista de la »Maison X» Y esta mentira que él, involuntariamente había agregado a la realidad, fué completándola, transformándola, haciéndola. En breves instantes inventó una historia. La modista tenía—según él—diez y ocho años. Al cumplir los catorce, el dueño de la casa donde trabajaba como aprendiza, un hombre grande y fuerte como un oso, la había violado, haciéndola gemir dolorosamente, entre sus brazos de bestia enardecida. Desde entonces, la pobre muchacha era víctima de deseos insaciables, de apetitos feroces. Ella se resistía siempre, pero caía al fin, vencida por las fuerzas. Los hombres que la poseyeron habían obedecido a la misma e irrevocable razón: su obstinada resistencia. El también, para gozarla, se vería en el mismo caso. Para romperle la voluntad, tendría que romperle el cuerpo, deshacerla como a un muñeco, si, como a una muñeca. Medias negras, camisa blanca, cabellera rubia, de oro. El debería tener

en su casa, muchas muñecas, de todos tamaños, niñas, mujeres hechas, acostumbradas, jovencitas que lo sospechan todos... pero inmóviles, inmóviles como desmayadas de espanto. Y frenético, en un acceso de lujuria se acercó a la modista, clavó sus ojos afiebrados en la carne rosácea que dejaba al descubierto el pronunciado escote de la blusa y le dijo en un tono agresivo, cual si le prometiera una venganza:

—Yo la morderé a usted ahí!...

Ella lo observó con atención. Después expresó temor y lo miró suplicante. Balbuceó con atropello:

—¡Por favor!... déjeme usted!...

—No, no... ¿Usted creía escapar, no es así?... No... Si yo... Yo soy capaz de romperla en dos pedazos a usted...

Hablaban en voz baja, pero la actitud de sus cuerpos era tan definida que los transeuntes se entreparaban. Ella acoquinada, temerosa, con movimientos inquietos, tratando de buscar un claro por donde poder huir; él, pálido, seco y tenso como un tambor, avanzando los pasos que ella retrocedía.

—Deben estar posando para alguna vista cinematográfica—dijo uno, inquiriendo inútilmente el sitio donde estuviese ubicada la pantalla.

—Sea bueno. Déjeme ir!...

—No, no... Ligero; tomemos ese auto.

—No, no quiero, no...

—No se niegue porque es peor, es peor, peor, peor!...

—Si, no... Pero ¿usted no me hará nada?... ¿usted se quedará quietito al lado mío?...

—Vamos...

—No; le tengo miedo. Prométame que no me hará daño; que...

Rivault la asió de un brazo y conduciéndola hasta el taxi que aguardaba a poca distancia de ellos, abrió la portezuela sin soltar a la modista. Luego la empujó hacia adentro ansiosamente, todo esto de prisa, sin dar tiempo a que el chauffeur saliese de su sorpresa.

—Calle X 1630.

—¿16?...

—1630.

—Ah!...—y partieron.

Rivault había pasado un brazo por la cintura de la modista y la estrujaba con furia. Ella gemía, plañidera.

—Iff!... Ay!... no me haga daño... Usted me lastima... Usted me da miedo.

Rivault saltaba sobre los cojines. Parecía haberse vuelto loco. Sentía dentro de él, una fuerza enorme que pasaba, como la onda violenta de un ciclón, como la luz vivísima de un relámpago.

—Apure, chauffeur, apure!...

Cuando el coche se detuvo frente a la casa de citas Rivault bajó, llevando consigo la caja de vestidos.

—Vamos; aquí.—La modista parecía vacilar y le dirigió una mirada recelosa, púdica.—Vamos—repitió impaciente.

Ella salió entonces del coche y en una corridita, cual si temiera ser vista, entró en la casa.

La modista se resistió aún, arañándolo, mordiéndolo, Hubo lucha, gritos sofocados, juramentos, pujos de rabia. Y al fin, María se entregó, llorando, vencida por la fuerza, cayendo como una masa inerte sobre la cama.

———

II

Rivault permanecía acostado aún, gustando las reminiscencias del placer, perdido en una alegría que no le permitía hablar, mientras María, sentada sobre el borde de la cama, e inclinada hacia él, esperaba a que su amigo reaccionase.

—¿Viste qué bien?, mi rico.

Rivault la contemplaba dulcemente. Sus ojos se habían vuelto cándidos, fieles, tranquilos. Tomó una mano de María y la besó con lentitud.

—¡Cuánto te agradezco, querida mía!... Y yo, que me creía inútil para siempre!... ¿Cómo se te ocurrió, eso, de vestirte así?...

María rememoró aquella escena del tranvía, ocurrida en un tiempo ya distante, cuando aun era su linda sirvientita.

—Eso se me quedó grabado, puedes creerme. Me pareció un desatino tan grande lo que tú me dijiste. ¿Recuerdas?... «pareces una modista»

—No. De eso no me acordaba. En cambio recuerdo que ahí empezó mi enfermedad.

—Verás. Ayer al salir de la Iglesia, me vino a la memoria sin que yo lo esperase. Y entonces tuve la idea. No esperé más. Te mandé la cita, conseguí la ropa, la caja y, ya vés cómo tenía razón—concluyó dándole un largo beso en la boca.

—A pesar de eso, no comprendo por qué te disfrazaste de modista.

—Yo tampoco lo comprendo, negro!... De eso tendrías que responder tú. ¿Por qué te entusiasman tanto las modistas?...

—No sé. Acaso sea porque una modista... No, no sé. Creo que no tiene explicación.

—Y lo que te ocurre a tí, no significa nada con relación a lo que hacen otros. Hay hechos mucho más inexplicable que producen miedo y asco. ¿Tú conoces a esa rubia gruesa que está en la misma casa donde yo trabajo?...

—¿Una que generalmente anda desnuda?...

—Esa misma. Bueno. Esa, tiene unas entrañas!... y por el dinero es capaz de hacer lo increíble. Se llama Henriette. Una tardecita, estábamos en el patio viendo unas fotografías, cuando llegó un hombre, vestido de negro, serio, de unos cuarenta años. Traía consigo un pequeño envoltorio. ¿Tú tienes presente a Irene?...

—No...

—Si; una delgadita que parece una muchacha. Bueno. Lo atendió esa. Se fueron a un dormitorio. Nosotras continuamos viendo las fotografías. Después de un rato abrieron la puerta y apareció Irene, desnuda, con cara de susto. Detrás el hombre, desnudo también. Tenía el cuerpo muy blanco y demacrado como un esqueleto. De una de sus manos colgaba un rebenque, hecho de correas duras.

—«¿Qué hay?»—preguntó una de nosotras.

—«¡Qué va a haber!...»—respondió Irene—«debe ser medio loco. Quiere que lo castigue con un rebenque que trae ahí. Yo lo he intentado; pero no puedo.—y añadió dirigiéndose al hombre que aguardaba en la puerta—«No; es inútil: no me exija eso, porque no lo hago».

—«Yo pago bien—dijo el hombre en voz baja—¿quién me quiere pegar?... Pago bien! ¿Quién me quiere pegar?»

Nos miramos asombradas. Una, creyendo entender mal, preguntóle:

—«¿Pero usted quiere que le peguen con el rebenque a usted?...»

—«Si, si; pago bien, pago bien.»—Inspiraba risa y al mismo tiempo daban ganas de llorar.

—«¿Y por qué quiere que lo castiguen?»—preguntó otra.

—«Para sentir el amor»—dijo poniéndose colorado.

Volvimos a mirarnos sin entender. El hombre se dirigió a mí.

—«Usted. Anímese. Pago bien».—Estaba tan angustiado, había tal súplica en su pedido, que no pude negarme.

—«Yo probaré»—le dije. El hombre se alegró de pronto. Me dió el rebenque con viveza.

—«Tome, queridita, tome»

Entramos en el dormitorio. Yo empecé a darle en las nalgas.

—«¿Así?».

—«Más fuerte».—Yo intentaba darle con violencia, pero no podía. El hombre se impacientaba.— «¡Más fuerte!...»

Entonces, armándome de valor y con los ojos cerrados le descargué un golpe. El soltó un grito, de dolor o de placer, no sé. A mí me hizo una mala impresión y tirando el rebenque, le dije:

—«Váyanse usted y su dinero al diablo!...»

En este momento llegó Henriette y cuando supo de qué se trataba se burló de nosotras. Así, con la ropa de calle, se metió en el dormitorio y habló con el hombre. Cerraron las puertas. Enseguida, empezaron a oírse quejidos y después de cada quejido, estas dos palabras que me hacían morder las uñas: «más fuerte» más fuerte!» Para impedir que se oyese de la calle, fué necesario correr la claraboya que estaba abierta, cerrar la puerta de calle. El hombre gritaba cada vez más. Eran alaridos, aullidos horribles que nos estremecían de espanto. Nosotras, en el patio no acabábamos de exclamar: «¡dios mío!» «¿Cuándo terminará esto?» «¡Qué increíble!» Irene se tapó los oídos y huyó a su cuarto. Pero yo no pude soportar. Era demasiado. Desesperada, abrí la puerta y atropellé, dispuesta a todo. En este instante, el hombre corría por la pieza, escapando, mientras ella lo seguía, asestándole fuertes golpes.

—¡Eh!... Henriette, animal! ¿qué haces?...»

Se detuvieron. El hombre me miró. Tenía la cara

de un loco. Después se arrolló, cual si le doliera el vientre y se tiró en la cama. Tenía el cuerpo marcado con listas rojas y manchas de sangre. Yo me volví, pareciendo que me ahogaba.

Desde entonces, hace ya un año, viene todos los viernes y siempre la misma danza. Por suerte, los viernes de tarde, nunca estoy en casa.

Rivault, impresionado, se incorporó:

—¡Qué barbaridad!...

—¿Y tu amigo Robledo?... Ese sí. Lo atiende Henriette, también. Pero ese, ese es tan repugnante lo que se hace hacer que me da mucho asco contártelo.

—No; deja. No es necesario—dijo oponiendo su mano, como para alejar una mala visión.—Yo fuí amigo de Robledo hace muchos años, cuando éramos muchachos. Hoy ya no le conocería.

Empezaron a vestirse. Rivault impresionado por lo que acababa de oir, estaba callado, caviloso, poniéndose la ropa maquinalmente. María comprendió.

—Pero tú estás como un muchacho, Juancito. Me diste miedo de verdad.

—¿Te parece?—dijo él, alborozado de pronto, sonriendo y esperando a que su amiga dijese más.

—Me has dejado molida.—Rivault se acercó a ella y la besó con cariño.

—Si. Estoy contento, estoy muy contento. Creo que ahora seré otro. ¿No te parece? Es como si hubiese salido bien de una operación. Ahora respiro.

Después invitó a su amiga a cenar. Se hicieron servir la comida en el mismo dormitorio. Fué un rato muy amable. El habló como un descosido; ella le daba consejos.

Dejaron la casa a las veintiuna horas. Tomaron un taxi y Rivault acompañó a María hasta el prostíbulo. Un momento antes de llegar, el sacó de su bolsillo un billete de cincuenta pesos.

—Toma—dijo—Lo que has hecho por mí vale mucho más.

Ella le miró cual si no entendiese. Luego dijo, entredientes, visiblemente mortificada:

—Hazme el favor de no hacer tonterías.

—Acepta—insistió él—De algún modo tengo que agradecerte.

María se volvió iracunda, zapateando:

—¿Quieres hacerme el bien? ¿O me has tomado por Henriette?—En seguida sacó un pañuelo y se lo puso sobre los ojos.

—Pero ¿y qué tienes, María? ¿Por qué lloras?...

—Porque tú me ofendes, Juancito!... tú me insultas!.. Tú eres el primer hombre que conocí... yo te quiero mucho—decía anegada en lágrimas—y tú me pagas así!... si... tú no me quieres. Tú me tratas con desprecio... —y lloraba sin consuelo.

Rivault, nunca pudo explicarse después si estos transportes sentimentales fueron efecto del amor o del vino que bebieron durante la cena.

—Pero si yo no he querido ofenderte, María.

—Entonces no me ofrezcas dinero.

—Bueno. No llores. Te haré un regalo. Ya está. ¿Qué quieres que te regale?...

—Lo que se te ocurra, lo que sea... con tal de que venga de tí!...

El auto se detuvo. Se dieron muchos besos. Después, María saltó del taxi y entró en el prostíbulo.

III

No obstante, a Rivault le aguardaban trances difíciles y amargas decepciones.

La creencia de que estaba curado, sólo le duró tres días. Su esterilidad se había hecho normal. Tuvo que soportar una situación atrozmente ridícula, junto a una mujer apasionada, una demi-mondaine que se burló de sus achaques.

Recurrió a María, triste, escéptico como la primera vez. Y ésta, a pesas de su amor, de su buena voluntad, a pesar de su ciencia, se estrelló contra el abatimiento de su amigo. Entonces apelaron a la pantomima de la modista. Recorrieron las calles por los sitios más frecuentados, volvieron a provocar el deseo y la curiosidad, hicieron la misma carrera en un automóvil y sólo así, Rivault volvió a sentirse viril.

Sufrió nuevas desilusiones, nuevos chascos, nuevas burlas. Pero poco a poco se fué resignando y no tentó aventuras que lo pusiesen a prueba. Se dedicó a María y las relaciones entre ambos se regularizaron. Una vez por semana, ella hacía de modista y él la conquistaba, siguiéndola durante una hora por donde hubiese más gente.

Así pasó un año. A mediados de 1918, María fué una de las primeras víctimas de la grippe. Falleció después de dos días de enfermedad. Rivault recibió un duro golpe. Había perdido su insustituible instrumento de placer. Además comprendió que la quería. Desfilaron por su mente los primeros años de su juventud. Ella había sido su iniciadora en las prácticas normales del amor. Se representó su época de estudios, cuando ella

le admiraba y le pedía la gracia de un beso. Y por todo esto, lloró cinco minutos. Después se tranquilizó.

Trancurrió un mes. Una noche, Rivault, lleno de reminiscencias, fué al prostíbulo donde trabajaba la que había sido su hermosa sirvientita.

Henriette lo recibió. Bebieron y hablaron de la muerta.

—¿Y cómo te arreglas tú, ahora, mi Cocó?—El hizo un movimiento vagaroso y no respondió.—Si tú me necesitas, tú no tienes más que hablar. ¿Quieres que yo me ponga de modista? Cuando tú quieras.

Esa noche la conversación quedó ahí.

Pero una semana después, un lunes a las once, Rivault visitó a Henriette. Ella estaba acostada. Pero cuando supo de quién se trataba ,se levantó sin regateos.

—¿Tú esperas a que me bañe, mi Cocó?...

—Si, si; espero.—Rivault se sentó en un sillón y se puso a leer una revista.

No aguardó mucho. Henriette apareció, rosácea, fresca, oliendo a jabón perfumado, envuelta en su salida de baño.

—Yo soy contigo, mi Cocó.—Le dió un beso.

—Mira—dijo Rivault después de algunos preliminares—yo he pensado que podrías prestarte para...

—¿Para hacer la modista? ¡cómo no!... Cuando tú quieras...

—Hoy...

—Hoy? ¿De tarde o de noche?

—No; de tarde.

—Bueno. Como tú quieras. Explícate.—Y añadió volviendo la cabeza hacia el fondo de la casa.—¡Magdalena!... tráeme el café aquí.—Continuó dirigiéndose a Rivault.—¿Tú no quieres tomar café negro, mi Cocó?...

—No.

—¿Y un poco de cognac, eh?... si...—y alzando la voz se dirigió a la sirvienta—Trae también el cognac y dos copas.—Continúa, mi Cocó. Yo te escucho.

—Tú irás hoy, a las diez y ocho horas, como si fueras una modista, al cruce de las calles Ituzaingó y 25 de Mayo. Yo estaré en una de las esquinas.

—Sí, sí... Allí nos veremos.

—Sí. Pero tú tienes que demostrar que no me conoces, como si me vieras por primera vez.

—¡Ah!... ya entiendo. Yo tengo que hacerme la enamorada.

—Eso, sí. Pero no de golpe, eh!... Por ejemplo: tú llegas y me ves como por casualidad. Yo te miro con interés y entonces, tú vuelves la cabeza hacia otra parte, coqueteando...

—¡Oh! ¡Oh!... no me digas más. Ya sé...

—Yo seguiré tras de tí, unos pasos...

—Y yo, de vez en cuando, me daré vuelta para mirarte así, mirá, así...—Se puso de pié para ensayar. En ese momento, el mal ceñido ropaje, se abrió a la altura del pecho y un seno se escurrió hacia afuera, flácido y deforme como una vejiga llena de agua.—Así...—Adquirió paso de calle y observó a Rivault, mirándolo varias veces, con esa expresión de guaranguería que suelen tener algunas mujeres cuando advierten la solicitud amorosa en el hombre que pasa.

—Así; más o menos—dijo Rivault, poco conforme. —Subirás por Ituzaingó hasta la Catedral. Después seguirás por Sarandí, por la plaza Independencia, por 18 de julio hasta Constituyente. Mientras no lleguemos hasta la Plazoleta, aunque yo te hable, tú no me contestes. Tienes que demostrar miedo por mí. Pero no el miedo que tú pudieras sentir en el caso de que vieses tu vida en peligro. No. Miedo de que yo, por la fuerza, te obligue a que te dejes poseer. Porque tú tienes que aparentar ser una modista jovencita, que ha sido violada y que desde entonces, siente miedo por los hombres, que se ve perseguida por los hombres, que...

—¡Ay!... mi Cocó! Yo no me voy a acordar de todo!

Trajeron el café y el cognac. Rivault, pacientemente, repitió las indicaeiones. Después continuó:

—Cuando tú lo creas conveniente, mirarás con intención al hombre que mejor te parezea, así, yo...

—Ah!... no me digas más. ¿Tú quieres que te dé eccos, mi Cocó?

—Sí, sí. Ah!...—agregó acordándose de pronto.—Es necesario que vayas por la vereda donde haya más gente.

—Sí, sí; ya lo suponía yo. Entiendo algo eso. ¿Y a qué hora me dijiste?...

—A las diez y ocho horas.

—¿En Ituzaingó y 25 de Mayo?

—Eso es.

Rivault se levantó para irse.

—¿Y el vestido, mi Cocó? ¿Cómo quieres tú que vaya? ¿De modista? ¿Igual que María?..

—Si; lo mismo, igual.

—Pero yo lo tendré que comprar, porque yo no tengo un vestido así, mi Cocó! ¿Cómo lo quieres tú?

—Blanco, algo ligero.

—¿Tú quieres un voile?

—Sí; que sea blanco.

—Porque yo podría comprarme un voile, un crepé de lana. Como tú gustes.

—¿Y qué podrá costarte eso?...

—¡Ah!... veinte pesos... treinta pesos. Según mi Cocó!...

Rivault sacó de su bolsillo tres billetes de a diez pesos.

—Toma. Con esto creo que te alcanzará. Lo demás lo arreglaremos después.

—¡Oh!... no hay apuro, mi Cocó! ¿Y lo demás?... ¿cómo lo quieres tú? El sombrero...

—Ah!... el sombrero de alas anchas.

—¿Tú quieres que me ponga una capelina?

—Eso es; muy bien.

—¿Qué perfume te gusta?

—No; perfume no...

—¡Qué raro, mi Cocó!... Todos quieren perfume.

—¿Tienes zapatos de charol?

—Tengo, sí...

—¿De tacos bien altos?

—Ah!.. yo tengo unos de siete centímetros, mi Cocó!...

—¿Y bastantes escotados?

—Sí... muy escotados.

—Perfectamente. Entonces, ya sabes: a las diez y

ocho horas, en Ituzaingó y 25 de Mayo. Ah!... no olvides de llevar una caja de vestidos.

—Sí; yo ya me acuerdo. Igual que la que llevaba María. Pierde cuidado, mi Cocó.

—Bueno. Hasta luego.

—Hasta luego.—Henriette lo acompañó hasta la puerta cancel. Allí se despidió de él, dándole un beso sonoro. Después le dijo:—Tú quedarás contento conmigo. Tú veras cómo yo te pongo, mi Cocó!...

Cuando Rivault se encontró en la calle, miró la hora: medio día. Entonces se dijo:

—«Ahora, a casa, a almorzar. Comeré sin vino y después dormiré dos horas. Luego iré a la peluquería. Necesito un masaje facial, un masaje prolijo. Tengo algunos barritos incómodos que me afean. Ayer me vi unas espinitas en la nariz. El masaje me dejará muy bien la cara.

Me bañaré de tardecita. Voy a cambiar de agua de Colonia. La que tengo es demasiado fuerte. Me hace arder la piel. En seguida me iré vistiendo con tranquilidad. Llevaré el palo de guindo».

Y Rivault se irguió, apuesto y soberbio como un conquistador.

EL BUSTO

Arturo Malet se emocionaba. Pasó sus manos temblorosas sobre el busto de mármol y pronunció involuntariamente:

—¡Pobre Isabel!...

El recuerdo de su primera mujer extinguido durante más de tres años, aparecía ahora, en un recrudecimiento vigoroso, como una reacción violenta. La veía, se sentía con ella, volvía a oir sus últimas palabras, dichas en aquella noche de espanto. Ella le había pedido que se acercara y así, en un movimiento de abandono, suave, tranquilo, quedó muerta sobre su pecho. El estuvo un buen rato sin comprender, pero cuando fué a cambiar de postura, dió un grito de miedo, un alarido de asombro. La cabeza de Isabel había caído, tumbándose entre los almohadones. Creyó enloquecer. Se abrazó de aquel cuerpo que se enfriaba. Besó en la boca vacía, en lo ojos vacíos. Luego, vencido por el dolor, tronchado por el cansancio, permaneció junto a la muerta, desfalleciente, aturdido, balbuceando incoherencias.

El primer mes de duelo lo pasó entre su familia que lo cuidaba como a un enfermo. Se sintió oprimido por una solicitud tenaz que lo perseguía hora tras hora. Siempre había un individuo cerca suyo que le hablaba de algo. Y de noche, llegaban las visitas, con sus charlas inútiles, con sus consejos, con sus ocurrencias, empecinados en hacerle olvidar. Fué una época de embrutecimiento, una racha de absurdos. Confundía las mañanas con las tardes, tenía a la derecha lo que creía

tener a la izquierda. Una vez, mientras se desnudaba para acostarse, le pareció que todos los objetos que lo rodeaban se hacían romboidales.

Pero la calma volvió. Poco a poco, la casa fué adquiriendo su aspecto de antes. Y Arturo Malet, visiblemente mejorado, tornó a sus tareas habituales sin sospechar que, desde entonces, en la pauta regular de sus días tranquilos, habría de experimentar esa expresión de vacío, acre, tediosa, opaca que le haría exclamar:

—¿Para qué vivo?

Un día vió a un escultor. Quería tener un busto de su muerta. Dió retratos, hizo indicaciones. Apuró con impaciencia febril. Todas las tardes iba al taller donde se pasaba el tiempo, vehemente, perplejo, frente a la forma que el artista iba creando. Y cuando la obra estuvo en su casa, junto a su mesa de trabajo donde hacía sus traduciones del francés, aquella imagen de mármol, con su expresión tímida, riente, leve como una nubecilla blanca, parecía abrir dos brazos invisibles que se tendían en una ofrenda.

Malet estaba más seguro. Su existencia empezaba a equilibrarse. El recuerdo de Isabel lo había hecho suave, melancólico. Buscaba los paseos frondosos, solitarios a la hora del crepúsculo. Y allí, influenciado por el paisaje, se dejaba llevar a través del pasado. Bien pronto, la memoria de su vida matrimonial se le presentó como un camino que, a fuerza de pasar por él, terminamos por no ver. Era el mismo proceso de siempre. Se sentaba en un banco cualquiera. Observaba en redor. Le apenaba vivir solo. Entristecía. Entonces pensaba en Isabel. La veía muerta, en agonía, antes de enfermar. Revivía los instantes de la luna de miel. Se la imaginaba siendo novia. Repetía las palabras que se dijeron la primer vez que hablaron de amor. Y luego, por antítesis, se la representaba muerta. Al principio esto fué muy doloroso. La realidad lo exasperaba.—«¡Qué inicuo, qué inicuo!..» Y se ale-

jaba lloriqueando de los paseos solitarios. Después, sólo dijo:—«¡Pobre Isabel!...

Al transcurrir un año, Arturo Malet se enamoró de nuevo. El no lo hubiera sospechado nunca. Fué en un tranvía. Una amiga hizo la presentación: ¡la señorita, Margarita Raffo!»—Aquello fué espontáneo, fué de los dos. En la primer mirada, en el primer saludo, al tomarse de las manos, estuvo todo dicho.

Se casaron. Arturo Malet, sólo conservó de su antigua casa el busto de Isabel. Se lo explicó bien a Margarita: no era que la amase todavía; pero había sido su compañera. Y Margarita que era comprensiva, consintió. Malet colocó la obra de arte en el escritorio, sobre la mesa de trabajo.

Pasó algún tiempo. Una tarde, como de costumbre, Margarita entró en el escritorio. Hacía siempre lo mismo: después del baño, entre las diez y siete y las diez y ocho horas, aparecía en aquel aposento de trabajo, con su ropaje blanco, amorosa, riente, dispuesta a arrancar a su marido de la tarea diaria.

—«Déjame»—decía él, empecinado generalmente, en terminar una página. Pero ella insistía. Lo oprimía, le enroscaba los brazos en el cuello, besábalo desfalleciente, le preguntaba al oído si la quería, se hacía lugar entre la mesa y el sillón y se sentaba en su falda. Malet, vencido, soltaba el lapicero, cerraba los libros, guardaba las cuartillas.

Aquella vez, mientras ella jugueteaba, rozando con sus pestañas las mejillas de Malet, hizo un movimiento involuntario con la cabeza y sus ojos quedaron clavados frente a los ojos del busto. Fué un instante de confusión, una sorpresa sin sentido. Malet que tampoco comprendía, preguntó:

—¿Qué te pasa?

Ella no supo explicarlo. Volvió hacia él con una expresión de incredulidad, pero no dijo una palabra.

Al día siguiente la impresión se repitió. Fué durante un beso. Margarita echó hacia atrás la cabeza y contrajo los labios. Malet hizo la misma pregunta:

—¿Qué te pasa?

Ella dijo incomodada:

—¡Ese busto!... parece que mira!...—El soltó la risa.

—¿Estás loca?...

Sin embargo ella insistió. Tuvo una idea.

—¿Por qué no pones el busto en la sala, sobre un pedestal?...

—No... Una cosa así, en la sala...

A Malet le chocó. Era un asunto que pertenecía a su intimidad. Además no había motivo.

—Aprehensiones, Mangacha, aprehensiones...

Ella protestó dulcemente. Fué zalamera. Se diría que tenía un antojo, un caprichito de mujer mimada. No obstante, la conversación no pasó de ahí.

Una noche, en el teatro, Margarita volvió con su idea.

—El busto de Isabel, estaría muy bien, junto a la vitrina de la sala.—Otro día, mientras almorzaban y a propósito de cualquier cosa, dijo:—¿Por qué no quieres que lo cambie, Arturo?... Ese busto está mal en el escritorio.

Su idea se hacía presente en una tenacidad disimulada Y Arturo Malet, a fuerza de oir lo mismo se convenció al fin.

El busto fué puesto en la sala, sobre un pedestal de bronce, junto a la vitrina. Y estaba bien allí, entre aquella cantidad de objetos de adorno. Parecía una copia, un artículo precioso de esos que se venden en los grandes bazares. Margarita lo comprendió así:

—Te debe haber costado caro eso, eh?.

Malet alzó los hombros con alguna indiferencia. Miraba con aturdimiento aquella obra que había tenido durante dos años en su mesa de trabajo. Ahora la desconocía: dábale una impresión de novedad. Dejaba de ser Isabel. Parecíale que una mano misteriosa, fuese borrando el gesto conocido. El busto perdía su intimidad y se enfriaba. Era como el bronce que lo sostenía, como aquel caballo de marfil que estaba a su lado.

—¿Qué miras?...—preguntó ella. Malet sonrió:

—¿Estás contenta?...

Margarita le besó en la boca y salieron juntos, tomados por la cintura.

Una tarde, los esposos Malet, recibieron la visita de la familia Pereyra. Y una de las muchachas exclamó acercándose al busto:

—¡Oh!... pero si es Isabel!...

Fué una imprudencia. Margarita se sintió mortificada, se vió en ridículo. A ser posible hubiese negado, hubiese dado a entender que se trataba de una escultura cualquiera. Pero no tuvo salida y para ocultar su interior le fué preciso hablar de la muerta. Se preguntó el nombre del escultor, se consideró la dificultad de la ejecución. Y de pronto, la señora Pereyra, juzgando quizá que la situación de Margarita era algo violenta cambió de tema pero con tanta torpeza que todos comprendieron. Cuando el matrimonio quedó solo, ella se desató contra las impertinencias de la visita. Estaba sofocada.

—Nunca he visto gente tan idiota como en esa familia. Nunca...

Desde entonces Margarita se vió envuelta en un caso de amor propio. Aquel busto pesaba sobre su orgullo. Malet habló de volverlo al escritorio, pero ella se opuso. Tenía otra idea, una idea que iría infiltrando en el cráneo de su esposo, insensiblemente.

La escena de la familia Pereyra se repitió varias veces. Todas sus relaciones conocían la historia de aquella escultura. Una amiga suya, mientras tomaban el té, le dijo refiriéndose al busto:

—¡Qué hermoso es eso!... ¿Alguna copia?... ¿Cuándo lo compraste?...

Margarita vaciló. Hizo un gesto raro.

—No sé...—contestó débilmente.—Ahí está... Es cosa de Arturo.

—Parece una virgen—agregó la amiga.

Aquella misma noche, Margarita tomó una actitud resuelta. Fué cuando se acostaban. Ella se había quedado inmóvil, sentada sobre la cama, semi-desnuda, en

el momento de quitarse un zapato. Arturo que se metía en la cama, preguntó:
—¿Y qué haces ahora?...—Tardó en responder.
—Nada... el busto!... Hoy de tarde pasé un mal rato, puedes creerlo.
—Por tonta. Le hubieses dicho lo que era, simplemente.
Ella se volvió incomodada.
—No digas eso. Tú no te pones en mi caso.—Hizo una pausa y añadió·—Es necesario que lo llevemos cuanto antes. El busto debe estar donde te dije. Yo no soporto más.—Y se puso a llorar. Malet se enterneció. La tomó entre sus brazos y la besaba en los ojos humedecidos por las lágrimas.
—No llores, Mangacha, no llores. Haremos lo que tú quieras. Si no accedí de pronto, fué porque no creí que te importase tanto. No consiento que sufras a causa de ello. Mañana ¿quieres?... mañana de tarde?...
Pero al día siguiente, mientras Malet esperaba en la sala a que su mujer se vistiese, el busto pareció adquirir de pronto la fuerza emotiva que había perdido poco a poco.
—Ya estoy...—decía Margarita desde las otras piezas. Me falta el sombrero.
Pero Malet no la oía. Se había acercado al busto y después de acariciarlo quedó frente a él, cara a cara, absorto en el pasado.
Su mujer entró en la sala.
—¿Vamos ya?...
Arturo se volvió muy sorprendido. Luego dijo sin firmeza:
—Vamos... te esperaba...—Tomó el busto entre sus brazos como si llevara a un niño y salieron a la calle.
—Al Buceo, cementerio...—dijo Margarita al chauffeur que aguardaba paseándose por la vereda.
Fué un viaje silencioso. Al pasar frente a Villa Dolores, Margarita contó que habían traído del Brasil una boa enorme. Una amiga suya la había visto la semana anterior. Unas cuadras después y refiriéndose al hos-

pital Fermín Ferreira, añadió con una perdonable ingenuidad:

—Ah!... no sé cómo hay enfermos que puedan curarse en un hospital. Yo me moriría de espanto.

Malet también habló. Fué frente al cementerio británico.

—Ahí vive una familia—dijo.—Con seguridad que esa gente no le tiene miedo a las tumbas.

Cuando el coche se detuvo, Margarita fué la primera en saltar del estribo y Malet salió, con su busto en brazos, mirando en redor.

La Necrópolis estaba desierta. Bajaron por la avenida y después de haber andado unos cien metros torcieron hacia la izquierda. Allí se encontraron con dos mujeres enlutadas que rezaban, hincadas sobre el césped, junto a un monumento. Más allá se cruzaron con un señor que se detenía de vez en cuando ante las inscripciones de las lápidas. En seguida pasó un sepulturero, metiendo ruido con los tacones de las botas.

—Vamos mal. No es éste el camino—dijo Malet deteniéndose.

Margarita estaba perpleja:

—¡Cómo!...

—Sí, no... Volvamos para atrás.—Retrocedieron unos pasos y tomaron por otro sendero. Entonces, ella se orientó.

—Si, es cierto. Mira: desde aquí se ve. Allá; fíjate!...

Tuvieron aún que dar una vuelta y cuando se hallaron ante el panteón, Arturo se quitó el sombrero.

—Ya estamos—dijo con la voz muy apagada.

Hubo un prolongado silencio. Luego Margarita se dejó caer de rodillas y se puso a orar. Su voz era como un susurro amortiguado, el siseo misterioso de las hojas que caen.

Arturo observó la escultura que oprimía contra su pecho. Luego contempló la losa que cubría el panteón. Leyó tres o cuatro veces maquinalmente: «Familia de Malet». Después pensó: ¡Pasaron tres años!...

Se hallaba dominado por una profunda emoción de

piedad, de amor, de respeto. Los muertos empezaban a dejarse ver a través de la piedra marmórea: el abuelo sus padres, su primera mujer. Isabel se le aparecía en una rápida sucesión de imágenes. Tan pronto se le presentaba hablándole, con ademanes persuasivos; ya le escuchaba, ansiosa, cual si esperase oir una revelación. La veía de frente, de perfil; andando, inmóvil. Era su primer ensueño que volvía en percepciones plásticas.

Margarita, mientras tanto se había puesto de pié y observaba a su marido. Comprendió todo lo que ocurría en él; pero no lo juzgó culpable. Permaneció silenciosa, dando tiempo y acompañándole, como buena compañera en un trance cruel. Después lo llamó, tímidamente. Arturo se volvió:

—¿Qué decías?—Ella simuló estar preocupada por el estado del panteón.

—¡Qué abandonado está esto!...—dijo mientras recogía un florero tumbado sobre el césped.—¿No hay nadie encargado de la limpieza?...

—Antes, si... Ahora no sé... Habrá que indicar a alguno. ¡Qué abandono!...—añadió como si recién se fijara—Falta el otro florero.—Margarita se apresuró a buscarlo

—Será necesario hacer arrancar esta gramilla del arriate. El balastro es más distinguido. Además no se crían estos yuyos. ¡Ah!... mira... aquí está!...

—Estoy pensando dónde podremos poner el busto—dijo Malet, dejando caer el sombrero.

Reflexionaron un momento. El prefería colocarlo junto a una urna que se apoyaba sobre la cabecera del panteón, hacia la izquierda. En cambio, a ella, le pareció mejor ponerlo en el centro, entre los dos floreros. La escultura era pesada, de base amplia. No había peligro de que cayese.

—Déjame hacer y verás. Espérate—Margarita arregló las cosas a su modo. Luego se pusieron al pie del panteón para ver.—¿No te gusta así?—Malet se había convencido:

—Tienes razón. Está bien, así está bien.

Luego se sentaron al borde de la losa. Margarita señaló el panteón de la familia Aguirre. Lo alcanzaba a distinguir entre el ramaje de los árboles. En seguida hablaron del mar, de las playas. Ella no conocía los arenales de Malvín y propuso un paseo, en una mañana cualquiera que se sintiesen con ánimos. Después se callaron.

El primero en levantarse fué Malet. Recogió su sombrero caído sobre el césped.

—¿Vámonos?...

—Cuando quieras—contestó ella parándose y sacudiéndose las faldas.

El empezó a andar, con la cabeza gacha, a pasos lentos, inciertos, arrastrando los pies. Hubiera deseado estar solo. Temía delatar su emoción, el dolor de la otra, la desdicha de la otra que quedaba a sus espaldas, inmensamente sola. Margarita comprendió y se alejó, pudorosa, discreta, mirando a lo lejos.

Malet agradeció este gesto. No era que todavía amase a su muerta. Pero tenía la impresión de que esta vez concluía de enterrarla para siempre. Se detuvo. Sus ojos se humedecieron y dijo volviendo la cabeza hacia el panteón:

—¡Pobre Isabel!...

Y el busto le seguía mirando, sonriente, sereno, con su expresión de timidez celeste, mientras sus dos brazos invisibles continuaban tendidos en una ofrenda.

LA REALIDAD

Desde hace quince días, ocupo mi nueva habitación, una linda piecita con vista a la calle, en el segundo piso de Madame Jourdain.

Madame Jourdain es una señora suelta, alta, que sólo se deja ver durante las horas de la tarde. No es ni joven, ni hermosa ni rubia, pero lo parece. Ayer, a las dieciséis llamó en mi puerta y oí su voz que decía:

—¿Se puede, señor?...—Me apresuré a recibirla, halagado por su visita. Traía puesto un batón de franela ceñido a la cintura y usaba unas botas coloradas de pie diminuto y caña larga.

Le ofrecí la única silla que tenía; pero no aceptó. Su visita parecía tener un carácter puramente administrativo. Inspeccionó el cuartito y me interrogó repetidas veces, a propósito de los criados, de las comidas, de mis predilecciones, con tanto interés sobre mi persona que volví a ofrecerle el asiento.

—Pero Madame.. No permanezca usted parada. Hágame el obsequio.

Accedió como por bondad, pero antes de sentarse, abrió de par en par la puerta que daba al corredor común. El cuello escotado del batón dejaba al descubierto parte de su pecho, un pecho firme y sonrosado que se estremecía al menor movimiento.

Yo la interrogué a mi vez sobre su casa de huéspedes y así, de pregunta en pregunta, llegamos a hablar de nosotros. Esto último presta al diálogo una especial

animación y suscita la confianza. Entre otras cosas supe que era viuda; que no había cumplido treinta y dos años y que tenía un carácter violento, pero que en el fondo era muy buena.

Así estuvimos hablando más de una hora, y cuando se retiró, después de darnos un apretón de manos, algo lánguido por su parte, constaté que mis vecinos exageran en cuanto a la dureza de su temperamento. No. Madame Jourdain, a pesar de su cara seria, tiene algo en los ojos que me obliga a ser galante.

II

Hoy volví a la Pensión a las quince horas, después de haber andado durante el día en continuas diligencias infructuosas que me pusieron en bastante mal humor.

Al entrar en mi cuarto un mucamo me alargó una carta de mi madre. Me acerqué a la ventana abierta y la leí de un tirón. No me decía grandes cosas; pero me produjo una alegría honda y mi malestar se disipó como el humo. Cuántos detalles tan de ella, cuántas recomendaciones!... No acababa nunca de exhortarme a que me cuidase, y se despedía al final de cada párrafo como si no hubiera de verme más. Ella trataba de disimularlo, es claro, pero yo lo entendía perfectamente.

Largo rato estuve evocándola, perdido en una corriente de ternura, con la carta abandonada entre mis manos temblorosas. Pero, de pronto, al incorporarme en mi silla, noté que, de la casa de enfrente y a través de los vidrios de una ventana, me miraba una mujer. Fué un instante, no más, lo suficiente para apercibir una imagen. A un paso mío se corrió una cortinilla y me quedé solo, frente a la puerta cerrada, como si un ademán fugaz hubiera muerto el hechizo.

¡Qué efecto singular me produjo aquella cara! Al principio, me mantuve fijo, conservando mi actitud de sorpresa, mirando obstinadamente hacia la cortinilla caída, inmóvil, impenetrable; luego, resignado ya, cerré la ventana, haciendo ruido, alentado por la pueril esperanza de que volviese a mirarme.

Me puse a dar vueltas por mi cuarto, totalmente abstraído, sufriendo una preocupación inconsiderada, sub

consciente, sin ideas, imposible de describir. Todo mi ser se hacinaba en redor de un punto obscuro que latía abajo.

Fué entonces cuando entró Madame Jourdain.

—Oh!... mi pequeño!... ¿Cómo estás? ¿Por qué no viniste para almorzar?... ¿Dónde te quedaste?...—Mi actitud debe haber sido la de un estúpido o un extravagante, porque continuó mientras cerraba la puerta:— ¡Ay!... mi pequeño!... Pero qué tienes?... ¿Has bebido? Estás enfermo?...—Se acercó y me pasó un brazo por el cuello.—¿Qué es lo que tienes, mi pequeño?... ¿por qué no me lo dices?...

Pero al mismo tiempo que la francesa hablaba yo iba comprendiendo. Parecía que la verdad se me acercaba a la cabeza, gradualmente. Y cuando vi, cuando se produjo la conciencia, exclamé levantando los brazos:

—¡Lo qué me pasa, lo qué me pasa!...—Mi primera intención fué decirlo todo; pero callé al momento. Inesperadamente se me ocurrió que Madame Jourdain no era una persona para mi confidencia. Rápido, desasosegado la observé un instante, mientras ella trataba de envolverme con sus brazos.

—Estás raro, mi pequeño!...—Apestaba, apestaba a perfumes y apestaba a viejo. Y en sus ojos inciertos, en la línea comba de sus mejillas pintadas, en sus labios finos, semi plegados, se desataba el deseo, un deseo casi lúbrico, intransigente que no admitía réplica.

Me aparté de ella con alguna brusquedad, muy mortificado porque experimentaba la impresión de que un tercero se avergonzaba de los dos. Pero al momento y después de haber dado unas vueltas por el cuarto, sin objeto alguno, volví a decir:

—Lo qué me pasa!...—Madame no se había movido y seguía en silencio mis idas y venidas, picada, sorprendida, porque a decir verdad, era la primer vez que me desagradaba. Al fin dijo... entre despechada y sardónica:

—¿Tenemos misterio?—La palabra misterio me atrae y sufrí la más viva necesidad de hablar. Tenía que

contarlo, porque me ahogaba: se lo hubiese dicho a las paredes. Después de un silencio forzado, insistí, acercándome a la ventana.

—Misterio, madame; usted lo ha dicho. Esto no tiene explicación. Quiero pensar; pero nada... estoy a obscuras completamente.—Entonces ella, con la voz más suave repuso:

—Si al menos me dijeras de qué se trata... Parece que algo te apenara. Sufres, tienes mal aspecto...—y se acercó a mí para verme mejor.

—¡Oh!... no es nada de eso... Aquí hay algo extraordinario, misterioso como acaba usted de decir.—Hubo un silencio y continué cual si hablara conmigo mismo.—Es muy común que uno tenga ensueños inverosímiles, fantásticos, grandiosos, pero la conciencia no apercibe jamás esas rutas secretas del organismo. Lo raro, lo que no comprendo es que haya una correspondencia tan lógica entre lo que ví anoche dormido y lo que ví ahora, hace un instante, antes de entrar usted. Estoy desconcertado, madame.

—No me digas madame, Luisito; dime Enriqueta: ya sabes que me llamo Enriqueta.

Me dió rabia y estuve a punto de soltarle un disparate. La miré furioso, exaltado, como si en realidad acabara de sufrir una ofensa. Vacilé, tartamudié y al fin le dije con una candidez inconcebible:

—No me hable usted de ella.—Madame enarcó las cejas, se puso de pie, me miró profundamente; pero contra lo que yo esperaba terminó por sonreír, diciéndome en un tono de humilde reproche:

—¡Oh!... no sé a qué te refieres, mi pequeño, pero no te enojes. Cuéntame lo que te pasa. Bien veo que necesitas hablar. Yo escucho. Seré un buen compañero. No te ofusques, mi pequeño!...

Su actitud me tranquilizó. La expresión de lascivia había desaparecido de su rostro y volvió a sentarse, montando una pierna sobre otra y pasando por una rodilla el arco de sus brazos unidos.—¿Qué soñaste?...
—Contrariado aún, esperé; pero no pude resistir.

—El caso es curioso. Yo estaba allí, leyendo la carta de mi madre cuando de pronto noté que una mujer me observaba desde aquella ventana, desde aquella, la del medio.

—¡Ah!, ah!... la hija del joyero.

—Una mujer hermosa.

—Oh!... la viste mal, mi pequeño; no es hermosa. Me molestó esta observación y le contesté exasperado:

—Le digo a usted que sí.

—Entonces no es la hija del joyero.

—No será.

—¿Qué peinado llevaba?

—No podría decirlo. Fué un segundo, nada más. En seguida dejó caer la cortinilla.—Y agregué después de una pausa breve:—Pero aquí no hay nada importante. Lo extraordinario es que yo anoche, soñé con esa mujer.

Madame soltó una carcajada bastante burlona.

—Pero mi pequeño!... ¿Cómo es posible que digas eso?... Es una ilusión, nada más, una ilusión...

—No, madame... no; en mi ensueño intervino esa persona a quien no había visto nunca. Le aseguro a usted que no miento. La sorpresa no me deja pensar nada. Ah!... no... pero usted no puede imaginarse esto. El milagro, ¡qué!... nunca sería una certidumbre ni para usted ni para nadie. Es necesario que el fenómeno se opere en uno. El trastorno mental que se produce no es comparable a nada. En la historia, los prodigios más grandes provocan a lo sumo, un estado especial de ambulismo, un esfuerzo de la inteligencia, apenas si una impresión fugaz como de un recuerdo confuso. Pero si es usted o soy yo quienes nos encontramos de pronto, cara a cara con lo desconocido, entonces la inteligencia no sirve, cae anonadada, desaparece en la sombra, se la traga el fenómeno. Y en la espectante inquietud, sólo el corazón responde: un instante no más permanece inmóvil, pero luego explota, se le oye andar

como a saltos, grita, llena el pecho, sube al cráneo, arde, arde!...

—Pero... ¿y qué soñaste?...

—No es una cosa del otro mundo. Verá usted. La trama de mi ensueño no tiene principio. Sin saber cómo me hallé en un salón enorme, con un decorado estupendo, donde se daba una fiesta social. La orquesta había terminado un vals y reinaba en la sala esa confusión alegre, natural, ese movimiento continuo, impreciso, complicado que constituye el pulso de la multitud.

Yo observaba desde un portal y nadie se fijaba en mí, ni yo conocía a nadie. Los hombres eran galantes y las mujeres bonitas. Perfumes, risas, acordes de una orquesta oculta y una luz languidecente, inmóvil, callada, que cubría el busto de las bailarinas con un reflejo sádico, gomoso, opalino.

De pronto, una joven pasó junto a mí, rozándome con el vuelo de su vestido. Era tan bella que me produjo un instante de sublime intensidad. Alígera, cual si no pisara, sonreía, una sonrisa alborozada, de sonrojos, como una nubecilla auroral. Y trás de ella siguió la estela de mi mirada hasta que la perdí a través de la muchedumbre. Entonces pregunté, estuve incorrecto. Junto a mí encontré a un elegante, viejo ya, que parecía mirar en el mismo sentido.

—Señor... ¿me sabría usted decir quién es?...—El se acercó a mi oído y contestó cual si se tratara de un secreto:

—Es la que usted ama.

Aquí mi ensueño se embrolla, se parte. No tengo sino ideas vagas de algo agradable; pero luego vuelve a hacerse nítido, lógico, desarrollándose en un escenario completamente distinto.

Estamos en la playa. Hace calor. Ella está sola, recostada sobre un peñasco y se defiende del sol con una sombrilla escarlata. La gente que pasa no nos ve. Yo quisiera decirle algo, algo indefinido que pienso sin saber. Pero, al acercarme cohibido, me sobrecoge una tristeza repentina y permanezco mudo, transido de amor.

Nueva laguna de mi ensueño y vuelta a empezar. Ahora es en la calle Sarandí. Lleva puesto un vestido gris, ajustado, sin adornos, y andamos los dos, ella adelante y yo detrás, separados por diez pasos de distancia. La quiero alcanzar; pero inutilmente. Los transeuntes llenan la acera, me estorban, tropiezo con ellos. De pronto la pierdo de vista. Desespero, corro, retrocedo. Largo rato dedico a esta búsqueda angustiosa, hasta que la hallo al fin, saliendo de un bazar. Al verme sonríe como si me esperase y sigue andando, en dirección a la Catedral.

Pero esta vez no me separé de su lado y le hablé. No puedo recordar qué le dije; sólo sé que ella oía con una expresión de dicha en su rostro iluminado, lo que yo le iba contando muy de cerca, callandico, aspirándola como a una flor.

Este es mi ensueño de ayer. Hoy de mañana, al recordarlo me sonreí sin sospechar que aquí hay algo de real, que ella existe fuera de mí, que habría de verla, más tarde, allí, a través de los vidrios de aquella ventana.

Madame, que había escuchado mi relato con verdadero interés estaba pálida. Oprimía sus labios, sus pequeños labios rápidos, inquietos, y, por primera vez desde que la conocí, noté en sus ojos esa mirada clavada, ese punto inmóvil, afiebrado que llena la pupila.

Al principio consideré que mi aventura, habíale provocado un estado culminante de atención, pero luego, su actitud me desconcertó. Parecía dominada por un sentimiento hostil que en vano trataba de disimular.

Entonces, roto el encanto de la confidencia, yo también permanecí callado, mirando hacia el suelo, huyendo de sus ojos como si experimentara la emoción del delito. Fué un silencio áspero, sinuoso, insostenible. Al cabo habló, sonriendo caprichosamente.

—Pero, y tú, me pequeño, ¿crees en esos disparates ...

Me volví tocado en lo más vivo.

—¿Disparate?...—contesté vibrante de despecho.—¿qué entiende usted por disparate?

—¡Oh!... si no es un disparate, es una cosa bien inocente. Me mortificó y le dije una brutalidad.

—No es extraño. Para su aspecto de la vida, todo debe resultar inocente.

Madame me miró asombrada y empezó a reir. Era una risa intencionada, estridente, chabacana, que esgrimió como un arma soez.

—¡Ay!... pero qué gracia me haces, mi pequeño, qué gracia!...—Se había levantado y continuaba riendo, exagerada y vil. Era una burla repulsiva, de esas que merecen contestarse a cachetadas. Estaba insoportable. Le pregunté con la voz ahogada por la rabia:

—¿Y qué significa esto? ¿qué quiere decir usted ...

—Nada... Es que me haces gracia. ¿No ves cómo me río, mi pequeño?...

—Salga usted de mi pieza.

—No es tuya, sino mía.

—Pero se la pago a usted mensualmente.

—Dices mentiras, mi pequeño!...

—Fué usted quien no me quiso admitir el dinero, fué usted quien me rogó que lo guardara para mis gastos. Pero se lo volveré, hasta el último centésimo. No quiero esas cuentas.

Madame se puso seria.

—Yo no te pido cuentas, mi pequeño...

—Muy bien. Yo tampoco pido nada. Se acabó. Imagínese que recién me conoce.—Y me quedé seco, rígido frente a Madame que me observaba indecisa, perpleja, confundida por mi decisión. Luego se dirigió hacia la puerta y cuando todo parecía concluído, volvió a reir como si la hicieran cosquillas.

—No te enojes conmigo, mi pequeño!... Soñaste con una mujer y te enamoraste de ella. Y te parece que es verdad... ¿Por qué no te duermes, mi pequeño... ¿quieres que te haga dormir?...—Salió soltándome otra risotada y cerrando tras sí la puerta.

Cuando estuve solo me puse a reflexionar. La juzgué, me juzgué. La escena se me ocurrió ridícula, inverosímil, sin justificación. ¿Qué sentido había en esto?

III

Transcurrió una semana. Aun estoy en la pensión Jourdain y quizá permanezca en ella por mucho tiempo. La razón es poderosa. Madame, al día siguiente de nuestro altercado, me vino a visitar. Parecía triste melancólica y desde las primeras palabras ví que sufría.

Yo me mantuve firme, dispuesto siempre a mudarme; pero ella colgándose de mi cuello, lloró, me suplicó, hasta que conmovido por sus lamentos le prometí que viviría a su lado.

Pero la verdad: no es por eso que me quedo. Madame lo sabe tanto como yo. Me lo dijo en un tono amargo, con los ojos empañados por las lágrimas:—«¡Oh!... tú no te quedas por mí, mi pequeño... Te quedas porque esperas verla otra vez, en aquella ventana». Ni pude mentirle.

La espero, la espero siempre.

Ayer, especialmente, mientras recorría el trayecto que va desde el palacio Municipal a la iglesia Matriz, tuve ideas más claras de ella.

Andaba yo lentamente, sin pensar a propósito de algo, cuando al cruzar la calle Bío Branco, fuí alcanzado por una mujer vestida de azul, un azul leve y vaporoso como llama de alcohol.

No podía verle la cara porque me llevaba alguna ventaja; pero admiraba la línea suave de su cuerpo, la gracia sencilla de su movimiento y sobre todo, la expresión de sus piececitos breves, resueltos, fugaces y alegres cual si tuvieran alas.

Y mirándola sufrí un sofocón. Aceleré el paso, lle-

gué hasta ella y haciendo un esfuerzo por disimular mi ansiedad, la observé de lleno: no era.

Fué una doble sorpresa. La joven se hizo a un lado, visiblemente molestada por mi ademán impertinente, mientras yo quedaba aturdido, tan aturdido que hasta pretendí disculparme, diciéndole algo que ella no pudo oir, porque se había alejado ya, cruzando la calzada.

Permanecí irresoluto, viéndola irse, fluctuando en la ilusión que se desvanecía. No era, en realidad, y no obstante, estuve tentado de seguir tras ella, acercarme de nuevo y ver, nada más que ver. Pero mientras pensaba en ello, la joven desapareció.

Me resigné, una resignación escéptica y burlona que me colocó ante mi juicio como un pobre alucinado.

No era que yo creyese en todo lo que ocurría en mí. Sólo que, a pesar del buen sentido que ponía en mis reflexiones no podía neutralizar el influjo de una esperanza, esperanza de ella, acaso sentimental, bruma de incienso donde se desarrollaba mi aventura.

¿Cómo admitir que un ensueño hubiese dejado en mí huellas tan hondas? ¿cómo admitir que la cara de mujer que ví en la tarde siguiente, a través de los vidrios de aquella ventana fuese la misma que amé durante la noche? El parecido resultaba absoluto y sin embargo ¿era, o no era ella?... ¿No habría sido acaso una exaltación de mi memoria? ¿La vi dormido? ¿la vi despierto? ¿Cuándo la ví? Yo la esperaba todas las tardes, a la hora del crepúsculo. Encerrado en mi cuarto, permanecía con los ojos fijos en la cortinilla blanca, la misma cortinilla que se había levantado un instante, estremecida por una mano inquieta. Y a medida que el tiempo pasaba, mi espectativa se hacía febril, dolorosa, mortificante, hasta que, vencido por un exceso de mi imaginación, terminaba en un desespero infantil, como si ella tuviese la culpa de que esperase en vano.

No. Madame tenía razón: lo que yo le había contado era bien inocente. Además, ella tenía la certeza de que en la casa de altos, frente a la Pensión, sólo vi

vían un joyero y su hija, muchacha de alguna edad, de rostro y modales groseros. Indudablemente, yo era víctima de mi imaginación y amaba a un ser que no existía, o el diablo, que sé yo!...

Y al acordarme de Madame Jourdain, me sonreí sin maldad, como a la vista de algo cómico. Era una buena mujer, pero estaba apasionada, una pasión sexual, rabiosa que por momentos asumía el carácter de vicio y de locura.

Después de mi confidencia, la noté cambiada. Repentinamente y por cualquier futeza pasaba del placer al dolor. Cuando menos lo esperaba me hacía una escena patética: amenazas, súplicas, lloros convulsivos, crisis nerviosas. Sobre su onda de voluptuosidad, el destello rojo de los celos cruzaba quebrando.

La verdad es que sufre y que me espía como si yo tratara de engañarla. Ayer, mientras estábamos los dos en mi cuarto, noté que ella, con mucho disimulo, observaba la ventana de la cortinilla blanca.

Esto no deja de ser interesante: Madame no cree y se ríe de mi ensueño; pero ha perdido la tranquilidad, su expresión es dolorosa y parece que cada día me necesitase más.

Hay que encogerse de hombros y sonreir. Una figura bella emerge en el sueño y la veo un punto bajo la luz del sol, nada más. Me vuelvo asombrado, con la visión aún en los ojos y sólo encuentro a madame Jourdain, el cuerpo de madame Jourdain, lujurioso y febril, ardiendo como una llaga.

¡Oh!...

IV

Hoy, después de tanto tiempo, he vuelto a soñar con ella.

Fué muy confuso este mi segundo ensueño. Todo pasó de prisa, como entre brumas, en un ambiente absurdo, gigantesco, donde hasta los seres inorgánicos tenían una personalidad moral. Pero la ví, estuve a su lado. Recuerdo que me dije: «esa es la mujer que amo; la misma de mi ensueño; la que ví a través de los vidrios de una ventana». Lo que sobrevino luego no puedo recordarlo; sólo tengo pedazos de un cuerpo cuyas partesno se corresponden.

Esta mañana, mientras me vestía, mi memoria se iluminó de pronto, semejante a una idea. Tornaron a pasar ante mi vista, borrosos y lejanos como fantasmas tímidos, los lugares y las personas.

Fué un momento excepcional. Estaba frente al prodigio. Ni siquiera me quedaba el recurso de dudar: había visto a mi amada por tercera vez.

Y al mismo tiempo que me vestía, miraba hacia la cada de enfrente, animado por una alegría singular, pareciéndome que dentro de poco iría a hallarle.

Me hice servir el café en mi cuarto y esperé una hora. Durante este tiempo creo que no saqué los ojos de la cortinilla blanca. El amor me alentaba colmándome de esperanzas.

Pero dieron las diez de la mañana y media hora más tarde tenía que entrevistarme con un señor, a fin de ultimar el asunto que me había traído a Montevideo. Hube, pues, de conformarme con la suerte y dejé la Pensión con el ánimo de volver cuanto antes.

Sin embargo regresé pasado medio día. No quise ir al comedor y entré en mi cuarto. «Almorzaré aquí»—me dije. Toqué el timbre y un momento después, con gran sorpresa mía, en vez del mucamo llegó Madame.

—Buenas tardes, mi pequeño. ¿No me esperabas?...

—No; como usted se levanta tan tarde...

—Sí; quería verte. He dormido mal.

Estaba emocionada y el tono de su voz era quejumbroso, como si hubiese llorado. Se acercó, mirándome cual si dudara, pasó sus brazos por mi cuello y me besó en la boca.

Yo intenté besarla a mi vez; pero no pude. Parecía que alguien, en mi interior, se echase atrás con violencia

Madame, estremecida, esperó un instante, adivinando probablemente ,toda la verdad. Luego retrocedió unos pasos. Yo sentía su mirada.

—¿Qué tienes, mi pequeño?...

—Nada...—Hubo un silencio. Después acercándose de nuevo, me tomó por las solapas del saco y me preguntó ansiosa:

—¿Es que la viste, mi pequeño?...—Esta pregunta me hizo un efecto singular. Experimenté por Madame un cariño repentino y desinteresado, pareciéndome que nuestra amistad era íntima y profunda, quizá porque ella admitía y conocía la existencia de mi amante. Se lo hubiera dicho todo: pero había tanto dolor en su rostro, tanta fiebre en sus ojosque permanecí callado como un culpable.

Entonces Madame se echó sobre mi cama y rompió a llorar, ahogando los estertores del llanto contra la almohada, diciendo con la voz cortada por el hipo:

—¡Es que la viste, mi pequeño!... ¡es que la viste!...

V

El amor que siento es ya una fuerza que imprime a mi vida un carácter único: se diría que habito en otro mundo. Durante una semana he soñado con ella todas las noches y nuestra amistad va siendo íntima, lógica, real, sugeta a la sencilla evolución de los sentimientos. Se llama Isabel. Lo supe sin preguntarlo, accidentalmente. Yo hablaba con ella, en un salón silencioso y obscuro. Había tomado una de sus manos, una mano exangüe, tenue, de dedos sutiles, donde fulgían las gemas incesantemente. Una gran pulsera, formada de arcos superpuestos le caía en ondas por la muñeca. Así, mientras mis ojos la poseían, una mujer, magra y doliente, apareció entre las sombras y se acercó a nosotros.

«Señorita Isabel—dijo con humildad irreprochable—la exigencia es exagerada»—y haciendo una grotesca genuflexión, se fué por la sombra, insensiblemente.

Fué como una señal. Mi amada se levantó, indolente, perezosa y acariciándome en la frente, pronunció estas palabras de fuego:

—«Adiós, dueño mío».—Luego, todo es confuso.

Es la primer vez que oigo su voz. Nunca hasta entonces había hablado. ¿Por qué?... Además ¿estaba yo seguro de haberle dicho algo? Pensándolo bien, parecíame recordar que, durante nuestras citas, la lengua había permanecido muda. Asimismo, tampoco tenía en la memoria ni voces ni sonidos y acaso, por dicha razón, todas las escenas desarrollábanse en un silencio profundo, aun cuando del movimiento de los cuerpos hubiese de resultar una baraúnda.

No; no habíamos hablado o por lo menos no podía acordarme. En vano representábame en el sueño: sólo

me veía junto a ella, después de haber hablado, esperando su respuesta, o bien, conmovido por sus palabras, después de haber oído.

Yo no había visto este detalle tan curioso, quizá porque la ilusión fácil lo velaba. Pero cuando oí su voz, saliendo de su boca, ese «dueño mío» con un timbre especial, con una intensidad apasionada, emitido por un movimiento muscular, comprendí que algo nuevo acababa de producirse, semejante a una pincelada más. ¡Ah!... si yo fuese pintor, cómo haría su retrato!...

Isabel es alta, no mucho y debe tener veintitrés años. Su cuerpo es suave y fresco como un arbusto, erguido y sereno como una columna. No obstante, viéndola quieta, confieso que presenta algunos rasgos faltos de armonía, ligeras líneas vacilantes que le dan en cierto modo el aspecto de una núbil precoz. Pero si anda, la forma se completa. Ni una violencia! Subyuga el ademán tranquilo, emociona su expresión de nobleza y se adivina que siente placer en abandonarse a la inspiración secreta de los músculos.

Isabel tiene una cabellera negra, lacia, recogida en un moño cónico que descansa sobre la nuca. Vista de perfil, esta masa de pelo le cae por el parietal, cubre casi todo el pabellón de la oreja y se cierra hacia el cuello.

Ayer, en nuestra última cita, yo tuve entre mis brazos, por largo tiempo, su cabeza abandonada como una flor cálida. Un tono rosáceo, inmaterial, semejante a un reflejo, cubría la palidez de su rostro.

Yo observaba su frente espaciosa, alta, abierta como el cielo; la montura de su nariz angular, apenas ensanchadas hacia las fosas nasales, de donde partían dos surcos suaves, dos sombras ligeras que se desvanecían al golpe de luz de su sonrisa; los ojos negros, perezosos, vagos, bajo el ala del pensamiento; la boca tímida, ruborosa, con los labios semi-plegados en un ritus de espera.

Y este cuerpo bello, esta manifestación objetiva de mi ensueño, es la imagen más completa de mi mente. Yo mismo me sorprendo, yo, que no soy capaz de representarme, ni lo más directo ni lo más simple.

VI

Hoy, a medio día, recibí carta de mi madre. Eran cuatro cuartillas escritas con su letra pequeña y nerviosa, donde me decía más o menos lo mismo que en las cartas anteriores. Pero en la última página y después de alguna vacilación escribió lo siguiente: «Hijo mío. Si todo está arreglado ¿por qué no te vienes ya? Te espero y estoy intranquila. No sé si es cierto; pero me han dicho que te hallas enamorado de una señorita que vive frente a la casa donde te hospedas. Querido mío: no te fíes de una mujer cuya conducta no conoces y que vive en una ciudad tan grande como Montevideo»

Este párrafo me dejó pensativo. ¿Cómo sabía? ¿Quién le había dicho? ¿Madame?... Me molesté. La observación era injusta. La persona que había comunicado la noticia a mi madre demostraba a las claras una mala intención. Además, Madame era el único ser a quien yo había confiado mi secreto. Era ella indudablemente.

Entonces tuve ganas de ir a su encuentro para decirle cuatro cosas picantes. Pero no me moví. Juzgué que callando conseguiría por lo menos impedir que la francesa hablase de Isabel. Esto me era insoportable

Volví a leer el párrafo, experimentando esta vez una emoción de triunfo. Isabel trascendía. No estaba solo en la escena. De un modo o de otro, se había formado un estado de conciencia general que admitía la existencia de mi amante, diabólica, fantástica, incomprensible, envuelta en una espiral obscura.

VII

Ayer reñí con Madame. Fué de tarde. Yo estaba en mi cuarto, ensimismado, perdido en ese horizonte lejano que proyecta la mente, cuando ella entró, cautelosa, inquieta, sin dejarse oir. Demostró con tanta simpleza su intención de sorprenderme que le dije con sequedad:

—¿Qué quiere usted?

No contestó en seguida. Miró hacia la ventana de enfrente, miró por el cuarto, suspirando al fin como si desfalleciera. Después se acercó a mí pasándome un brazo por el cuello.

—Quería verte. No puedo vivir sino a tu lado.

—¡Oh!... no diga pamplinas señora... Parece mentira, a su edad!...

—No digas así, mi pequeño!... Tú me matas... Yo te adoro. No hay hombre como tú!.. Todo lo que yo tengo es tuyo, todo, todo...—y me besaba, se echaba sobre mí, me envolvía en sus brazos, sollozando ardorosa.

Me desprendí de ella, brutalmente.

—Déjeme usted. No estoy para esas cosas.

Entonces ella gritó:

—Ya sé por qué me maltratas...—Me volví con rapidez y le dije amenazando:

—Tenga usted cuidado. Ni una palabra!...

—No, no... Tú te equivocas, mi pequeño! ¿Crees que te tengo miedo?... Hablaré si, hablaré. La culpa de todo la tiene esa!...

—Que se calle, le digo...

—Ah!... cómo la defiendes!... cómo te mortifica que hable de ella!... Y total: ¿quién es? ¿eh?... ¿quién es?..

¿quién?... Tú no ves que estás enfermo, mi pequeño?... ¿Tú no comprendes que todo eso es una ilusión?—Hizo una pausa y enterneciéndosec ontinuó:—¿Por qué tu no me quieres?... ¿Qué te hice yo? ¡Acuérdate... yo no quería. Fuiste tú, fué por tu culpa!...

—Bueno, basta. Con eso no adelantamos nada.

Ella, cual si no esperase mis palabras, quedó sorprendida. Luego, después de una pausa me preguntó con vehemencia:

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que demos por terminado, este, este asunto... Me iré y la dejaré tranquila.

Nunca creí que Madame experimentase una desazón tan grande. Se arrojó sobre mí gritando:

—No me dejes, mi pequeño, no me dejes porque me mato, me mato!...—Estaba trastornada y trataba de unirse a mi cuerpo, aferrándose de él, como si con eso lo impidiese todo.

Yo quise separarme de ella, sin contemplaciones. Pero cada vez gritaba más, amenazando con el suicidio, profiriendo exclamaciones estrepitosas que debían de ser oídas de toda la casa. Entonces, la impresión del ridículo me hizo transigir. Me dejé abrazar mientras decía:

—Bueno. No grite que la van a oir. Ya no me iré.

—Ah!... ¿no te irás, mi pequeño, no te irás?...

—No; no me iré.—Me cubrió de besos, riendo, sollozando, mareándome a caricias, haciéndome una cantidad de preguntas groseras, absurdas; pero que se tornaban sublimes en su pasión formidable. De pronto se detuvo un instante.

—Espera—me dijo. Y salió de mi cuarto casi corriendo.

Al quedar solo me acerqué a la ventana. La escena que acababa de pasar colmaba la medida y me sentía enconado conmigo mismo, porque en justicia, yo era el único culpable.

Recordaba que, Madame, al principio, había resistido arguyendo con sensatez, negándose con aplomo, man-

teniendo siempre una visión exacta de la realidad. En cambio yo, sólo dije mentiras. Por el afán de poseerla le hablé de un amor que no existía, de un porvenir caprichoso, original, cuya verificación no tenía sentido. Y ella creyó al fin, quizá por esa necesidad de creer posible lo que deseamos.

Sin embargo, sin el ser que amo en realidad, nada hubiese perturbado una armonía tan fácil de mantener. Madame impresiona bien: es hermosota, apetecible y muchos serían felices teniéndola. Pero a mí me es doloroso soportarla por más tiempo.

Y mientras pensaba así, mirando distraídamente a través de los vidrios de mi ventana, apareció Isabel. Noté un estremecimiento en la cortinilla blanca y de inmediato tuve la certeza de que habría de verla.

Todo volvió a ser como la vez primera: un momento no más y la cortinilla bajó como el despliegue lento de un párpado.

Pero ¡cómo ví, cómo comprendí!. Tuve una tal emoción de despedida que no pude evitar que de mi boca se escapara semejante a un grito:

—¡Isabel! ¡Isabel!...

La impresión era demasiado fuerte y me sentía desfallecer. Me apoyé contra la ventana y cerré los ojos. Todo era luz en mi interior.

No obstante, oí que alguien hablaba en mi cuarto. Me costó mucho trabajo volverme y encontré a Madame. Tenía el rostro alterado, pálido, tenso como un tambor. Me miró con una intención terrible. Fué un segundo . Luego dijo:

—¡Canalla!...—y arrojó a mis pies, con toda la violencia de su brazo, un estuche suyo resorte cedió, dejando escapar un anillo que, despedido por la rudeza del golpe, rebotó contra uno de los muebles produciendo un chasquido impresionante.

VIII

Hacía tiempo que no cenaba en la mesa común. Anoche éramos diez. Cuando me vieron todos dijeron algo. Me interrogaban, se admiraban otros como si en realidad les importase mi persona.

Yo sonreía contestando con evasivas y me bastaron unos minutos para comprender mi verdadera situación entre aquella gente.

Era objeto de una curiosidad mal disimulada, esa curiosidad que despierta siempre el actor de algún sonado asunto. Hasta los más tímidos me observaban a hurtadillas.

Sufrí pacientemente esta presión fatigosa y para evitar que se prolongara hablé de la guerra. Los franceses acababan de reconquistar a Soisson.

Tuve éxito. Francia nos exaltó. Ni uno tan sólo permaneció callado. Hablábamos todos a la vez y decíamos más o menos lo mismo.

Pero el más entusiasta era mi compañero de la derecha, tipo excelente, buen conversador que se distinguía siempre en nuestras reuniones por la sutileza de sus giros. Recuerdo que dijo:

—«Alemania jamás podrá dominar a París. Se opone a ello la correspondencia lógica de los siglos. Antes el tono rojizo del invasor la ciudad se torna blanca. La armonía es blanca y París representa la última gran combinación humana.»

Así estuvimos cerca de una hora. Pero cuando llegó el café, la conversación se hizo menos general y mientras algunos continuaban hablando de batallas, otros se referían a incidencias del día.

La cena había terminado. Pensaba en retirarme

cuando mi compañero de la derecha, llamado Vives, me dijo así, como quien pregunta la hora.

—¿Y, señor X., cómo va usted en sus aventuras?

A pesar de todo me tomó de sorpresa. Sentí que la sangre me abrasaba el rostro y le contesté con brevedad:

—¡Hombre!... no sé a qué aventuras se refiere usted.

—¡Oh!... si he sido indiscreto perdóneme. Pero el caso es raro y me interesa. Además, sépalo usted, aquí estamos todos enterados. Nos preocupa usted más del lo que pueda suponerse.

Sonreí confuso. La alusión era bien clara y sólo una grosería de mi parte me hubiese librado de hablar de lo que él llamaba aventura. Tenté todavía una escapatoria.

—No sé que pueda significarle esto.

—Mucho—Y mirando en redor, como molestado por la excesiva concurrencia, agregó bajando la voz:—No gustaría usted de acompañarme un momento a mi pieza? Allí estaremos los dos, solamente.

De un modo inesperado se iba contrayendo un compromiso. Tardé en contestar, temeroso, sin saber por qué Estaba desorientado; pero dije maquinalmente:

—Con el mayor placer.

Dejamos el comedor y llegamos hasta una pieza bastante amplia.

—Este es mi dormitorio—dijo—No muy bueno, pero a falta de otro mejor.

—No lo encuentro mal—repuse por decir algo.

—Es una habitación fría.

Un mozo entró y dejó sobre una mesa, una botella de Jerez y dos copas.

—Siéntese aquí, señor. ¿No quiere sacarse el cuello?

—No; estoy bien; gracias.

—Yo, con el permiso de usted, me lo voy a quitar. Después de cenar, francamente, no puedo estarme tieso.

—Hace usted muy bien.

Titubeaba al parecer, no sabiendo por dónde empezar. Yo, sentado en una cómoda silla de cuero, espe-

raba, desorientado todavía, tratando de adivinar lo que habría de decirme.

Trajo una caja de cigarros y cuando nos hallamos en redor de la mesa, fumando, bebiendo, tuve la certeza de que existía algo de común en nuestra intimidad.

—Hemos sido rivales, amigo X—dijo con aplomo.

—¿Rivales?... ¿En qué?—pregunté riendo.

—En amor. ¿Se sorprende usted?

—Ciertamente. No comprendo cómo...

—Su llegada a esta pensión trajo para mí ciertos trastornos.

—Lo ignoraba en absoluto

—Le creo. Yo estuve muy apasionado de Madame.

—¡Usted!...

—Sí. Fué mi amante durante un año. Me dejó a poco de llegar usted. Pero no lo tome muy por lo serio—agregó como para impedir que yo diera demasiada trascendencia al hecho.—A mi edad, las pasiones no pasan nunca del límite de lo prudente. Sólo quiero hacerle notar, y esto es importantísimo, que yo me encontraba con respecto a ella en el mismo plano que ella se encuentra pon respecto a usted.

Me pareció comprender, pero sólo fué un segundo. El continuó:

—Usted pues, me permitirá que descubra ante nosotros algunas intimidades. Si ello le resultase a usted violento, yo estoy dispuesto a callar.

—Oh!... no; hable usted.

—Quería su asentimiento. Sin esfuerzo habrá comprendido usted que no está en mi intención desnudar a la mujer con el fin impúdico. Nuestra conversación carecerá por lo tanto de imaginación erótica.

Hizo una pausa. Volvimos a beber Jerez. La atmósfera del dormitorio estaba azulada. Mi interlocutor prosiguió:

—Hágame usted el obsequio de una confidencia. ¿Siente usted algo fuerte y sincero por Madame?...

—No...

—Lo presumía. Tampoco ella experimentó nada profundo por mí. ¿Me entiende bien?...

—No mucho...

—Es una lástima, porque yo no soy hombre que pueda fácilmente exponer una deducción. No obstante, me explicaré. Yo admiro a Madame, si, la admiro—repitió con alguna vehemencia ante mi gesto de sorpresa e incredulidad.—Me subyuga el cuerpo hermoso que posee. Yo la he contemplado desnuda y mis ojos se humedecieron de emoción. Pero debo advertirle que este fuego mío, jamás llegó a estremecer su piel de mármol.

Me resistía a creer.

—¡Madame, piel de mármol!...

—Sí. Madame, para mí, siempre fué de mármol—dijo con alguna amargura.—¿Pero, qué le sorprende?... Usted tan joven, tan vigoroso, también es de mármol para ella.

—Sí; pero en mi caso hay una verdadera justificación.

—En el de ella no ha de faltar tampoco, se lo aseguro.

—No acierto a explicármela. Entre Usted y Madame, todas las ventajas están de su parte. Quien piensa y se expresa como usted, tiene que valer mucho más que ella.

—Se apresura usted en su juicio. Cada uno tiene su idea y con arreglo a esa idea, hacemos el mundo.

En este momento se presentó un mucamo quien me entregó una misiva. Era de Madame. «Estoy loca, mi pequeño!... Desde nuestro enojo, hace ya tres días, no he tenido un segundo de paz. ¡Te quiero tanto!... Estoy en mi dormitorio, acostada. Pensaba pasar un día más sin oír tu voz, sin tenerte a mi lado; pero no puedo. A tí no te importa y yo me muero. Ven. Estoy contando los minutos que pasan. Si tú no vienes, mi pequeño!... ¡quién sabe lo que haré!...»

Me sonreí y alargué el papel a mi compañero.

—Tome. Será una noticia más para usted.

El leyó. Luego, meditando me preguntó:

—¿Y qué piensa hacer?...

—Ir...—contesté alzándome de hombros.—¿No le parece a usted?

—Sí, sí; vaya...—Hizo u na pausa breve, reflexiva, y entregándome el papel, agregó:—es posible que usted deba a Madame más de lo que cree...

—No pensamos lo mismo, quizá porque no está usted bien enterado de lo que ocurre. Madame me inspira una profunda lástima. De lo contrario me hubiese marchado de aquí.

—Perdóneme que no le crea a usted. Su permanencia en esta pensión se debe a otros motivos, seguramente. ¿Cambiaría usted su pieza por la mía?...

La pregu nta me tomó de sorpresa. Comprendí que había mentido, aunque no de un modo deliberado. Quedé confuso, como si me hubieran descubierto un secreto El continuó—

—¿Verdad que no? Ya ve que me interesa su aven tura.

—¿Cómo sabe usted?

—De amante de Madame he pasado a ser su confidente. Además, es necesario que se lo diga: aquí, quien más, quien menos, todos sabemos algo de eso.

—Esto es chocante. No debiera saberlo nadie.

—Hay sucesos que trascienden inexplicablemente, acaso por detalles impalpables, invisibles, partículas de nada que lo llevan todo. Excepto a mí, Madame no se ha dirigido a nadie en ese sentido.

—¿Y qué le dijo ella?

—Puede usted sospecharlo. Está exasperada. Me ha referido hechos muy contraditorios. Por lo pronto supone que usted ha urdido una fábula...

—¿Yo?...

—Sí; una fábula de un sueño. Advierto que aquí hay algo que escapa a la comprehensión general. ¿Quiere explicarme eso? Creo que no será n ecesario disculparme. Me siento domin ado por una fuerte curiosidad que no tiene nada de maligna. ¿Cuándo conoció usted a Isabel?

—Hace tres meses.

—¿Antes o después de conocer a Madame?

—Después—contesté algo incomodado.

—¿Le molesta a usted confundir a las dos mujeres en una conversación, no es así?...

—Sí, sí... Son en mi mente como dos imágenes enemigas.

—No obstante, la una hace a la otra. Pero volviendo a lo que Madame llama una fábula, ¿tuvo usted en realidad ese sueño?

—Cuanto le conté es absolutamente cierto.

—Sí, debe ser. El espíritu de Madame está como disasociado. Cuando me asegura que el sueño de usted es fingido, se presenta como una mujer vulgar... de astucia común. Pero cuando cree, se agiganta, se pone sublime. Porque ella cree en su sueño. Por instantes y quizá no exagere, ella tiene una visión más honda, está más penetrada de la verdad que usted mismo. Cuando yo todavía era «su pequeño» y perdone usted que me inmiscuya, llegué a comprender que mi situación, como amante de Madame, no era muy sólida, es decir, yo no estaba bien arraigado en el espíritu de ella. Me fué fácil atesorar esa falla. Ha poco, díjele que yo admiro a Madame. Ahora debo agregar que representa para mí, el tipo más completo de mujer. Me apasioné de su cuerpo y cuando lo hube poseído tuve la impresión de que todos mis sueños anteriores, el despertar de mi adolescencia, las primeras aventuras románticas, eran tan sólo el camino por donde había llegado. Experimenté un descanso inafable y una alegría serena, pareciéndome que lograba, después de muchos años, realizar lo que había pensado.

Esta confesión acabó por inquietarme.

—Crea usted que esto me mortifica. Jamás me hubiese sido posible preveer que, de mis galanteos hubieran de resultar unas consecuencias tan enojosas.

—¡Oh!... en cuanto a eso, esté tranquilo. El problema no depende de usted, únicamente. Es mucho más profundo de lo que parece. Yo nunca fuí para Madame lo que ella fué para mí. Lo comprendí en

cuanto intimamos. Por serle grato, por ponerme en el plano de su visión, observe usted bien, yo hice voluntariamente, con toda conciencia, lo que los enamorados hacen instintivamente, cuando se sienten fuera de ese horizonte vagaroso que proyectan los ojos que nos miran: fingí. Por otra parte, era lo que ella me exigía inocentemente, acaso. Una tarde, mientras vagábamos por su quinta, en Colón, ella, influenciada por la hora, por el lugar, me dijo mirando a lo lejos: «háblame; quisiera oírte algo que no sé! Háblame como si tu fueras otro». Al pronto, me sentí ofendido y tuvimos un enojo. Ella se mostró desorientada y protestó, sollozando, como herida por la crueldad de una injusticia.

—Entonces era interesante, Madame. Hoy no es así.

—No; es la misma. Sólo que ahora, es usted quien puede decirle a ella: «Háblame como si tú fueras otro» «Háblame como si tú fueras Isabel».

—Esa relación me parece algo arbitraria.

—Es admisible que usted lo crea así. Carece de antecedentes. Es usted como una parte aislada del conjunto. En cambio yo tengo la impresión de este encadenamiento riguroso. Poseo un pasado al respecto y hasta puedo predecir. Nosotros cuatro establecemos un escalonamiento. Quizá a mí me corresponda ser, en este caso, el primer peldaño. Si alguien nos pudiera reproducir plásticamente, uno en pos del otro, formaríamos un friso de gloria y angustia. Nadie volvería la cabeza. Tendríamos un aspecto de huída hacia adelante, escapando de la fuerza que nos impulsa. El mundo se mueve por horror a lo que fué. El dolor crea en nuestra mente combinaciones maravillosas. En los subterráneos de un castillo, anonadado por una obscuridad tangible y húmeda, Celline tuvo la visión del Sol. La realidad es el instante qne somos. Su ensueño extraordinario realiza, a mi juicio, uno de los aspectos más interesantes de su vida. Yo creo en su Isabel a través de Madame; ella cree en Isabel a través suyo. Nos une una línea, el mismo rayo de luz, la misma ruta secreta que, en otro plano, une a la multitud

con una obra de arte. Pero ¿está usted seguro de no haber conocido a Isabel antes de soñar con ella?...

—Absolutamente seguro.

—Y ella ¿no le conocía a usted?

—No, no; es decir: yo no podría afirmárselo, así, rotundamente. Ante todo debo confesarle que aun no hemos hablado, como estamos hablando nosotros, en estas circunstancias físicas.

—¿No?...

—¿Por qué lo duda?...—Mi interlocutor sonrió.

—Madame no se entiende. Por momentos, ramplonamente lo niega todo como si con ello lograra acortar la distancia que la separa de usted. Pero la semana pasada me aseguró con ahinco que usted e Isabel se veían en el Prado.

—Es una mentira incalificable. ¡Y cuánto daría para que fuese cierto! Hace más de un mes que aguaito, frente a esa casa, esperando verla salir. He hecho todo género de averiguaciones. Hasta he recurrido, en mi desespero, a un señor que se dice detective. El tal señor ha cumplido demasiado bien mi mandato. Por sus referencias, conozco esa casa, la disposición de las piezas, los nombres de los inquilinos, los muebles y hasta los cuadros de las habitaciones. Me dijo que el apartamento que da a la calle está ocupado por un viejo relojero y una hija suya, feúcha, desabrida, de unos treinta años.

—Es verdad.

—¿Sabe usted?

—Vea de qué modo vuelve a intervenir en una situación confusa, el relojero de los cuentos misteriosos, el espíritu satánico que atemorizó a los fieles, desde los frontones de las catedrales.

—¿Tiene usted amistad con ese señor?

—No mucha. Pero si usted se empeña, podríamos hacerle una visita. ¿No es eso lo que desea?

—Sería para mí un gran favor. Yo no puedo conformarme. Necesito ver con mis ojos. Si Isabel no vive allí ¿cómo se explica usted que haya aparecido

varias veces a través de los vidrios de aquella ventana-

—Acaso sea algún pariente de los inquilinos, una visita...

—La hubiera visto salir o entrar.

—¿Y si fuera la hija del relojero?

—Imposible. ¿Qué puede originar esa sospecha conociéndola usted?—Hice brevemente el relato de Isabel. El después dijo:

—Sí, sí... es la misma que vió Madame. ¿Cuándo quiere que hagamos esa visita?...

—Depende de usted.

—Muy bien. Buscaré el pretexto y nos presentaremos allí. Yo le avisaré.

Continuamos hablando y bebiendo hasta las veintitrés horas. Luego me despedí de mi inesperado compañero y me dirigí hacia mi habitación.

Reflexionaba acerca de lo que acababa de oir. Vives había sido amante de Madame, Madame se había apasionado de mí, yo estaba enamorado de Isabel. Es, este hecho que yo conceptuaba vulgar, porque siempre que se pueden reunir cuatro o cinco individuos englobados en una relación social, habría de resultar lo mismo, mi compañero veía una unidad interior que yo me resistía a admitir. Tengo una opinión muy distinta al respecto. Por ciertos detalles creo que mi compañero es un tipo predispuesto a la sexualidad. Se apasionó de Madame porque ella es una hembra voluptuosa; a Madame le gusto yo porque soy más joven que él, y en cuanto a Isabel ¿qué tiene que ver Isabel con todo esto?...

Me hallaba sentado al borde de la cama y me levanté dirigiéndome hacia la ventana. Allí me puse a mirar para enfrente. Hacía una semana que no la veía. Estuve atento un rato largo, sin sorprender un movimiento en la cortinilla blanca y me retiré desalentado, deteniéndome en el centro de mi cuarto, con los brazos cruzados, la cabeza gacha, acorralado por una multitud de obstáculos y de absurdos. Me formulaba con insistencia esta pregunta: «¿dónde estoy?» Y esta interroga

ción parecía llegar hasta mi conciencia después de un largo recorrido mental.

Gradualmente iba perdiendo la dirección de mi pensamiento. Este estado siempre me ha impresionado mal. Le temo a la omnipotencia del intelecto donde el yo se funde en el infinito. Son segundos de miedo.

Para librarme de este vértigo me propuse escribir una carta a mi madre. A los tres renglones solté el lapicero y cambié de parecer. Me desnudé de prisa y me acosté, no porque tuviese sueño sino porque quería dormir. Ya acostado recordé a Isabel. Una alegría suave dulcificó la tensión de mis nervios. Evoqué su presencia y por primera vez, su imagen no apareció en mí con la claridad de siempre. No podía verla en conjunto y las líneas del cnotorno eran invadidas por manchones. La cara representaba deformaciones grotescas. Los ojos no eran los suyos. Pertenecían a distintos individuos que llegaban para mirarme desde sus órbitas. Eran ojos cínicos, canallescos, que se tornaban sin transición, violentamente, en ojos fríos, desiertos o se mostraban bravíos, solapados, desafiantes.

Para defenderme de esta invasión me senté en la cama y encendí un cigarro. Mi estado moral era deplorable. Esperé un cuarto de hora. Apagué la luz y volví a acostarme. Sufría. Las extrañas representaciones se iban extinguiendo. Entonces, con algún recelo torné a llamar a Isabel. No puedo precisar si aquello se produjo instantáneamente o si tuve que aguardar algún rato. Primero quedé consternado. Después me eché a reir, con esa risa inquieta, inteligente que provoca lo ridículo. Veía la cara de mi amada; pero con la nariz de un viejo, una nariz infame, un tubérculo magullado, peludo, con dos agujeros gastados en la extremidad.

Esta caricatura disipó mi exitación. Tuve un segundo de escepticismo y luego sonreí resignado. Empezaba a sentir el sueño.

Me hallaba acostado de espaldas a la entrada de mi cuarto, casi dormido, cuando me pareció oir dos gol-

pecitos dados sobre madera Presté atención sin moverme; pero el peso del sueño me vencía. Pude recordar no obstante que esa noche no había echado los cerrojos de mi puerta. El miedo vulgar de ser robado me inclinaba a levantarme, pero el cuerpo, inerte, no obedecía.

Abrí los párpados, me incorporé sobre un codo y esperé, dando tiempo a que mis músculos se reanimaran. Calculé que debía haber dormido un rato.

Un leve rumor me hizo volver la cabeza. La puerta estaba abierta y en medio de la entrada, aparecía la silueta obscura de una mujer cuyas líneas cortaba la luz que llegaba del corredor.

Me senté atolondrado.

—«Veamos»—decía yo estúpidamente.—hay que analizar

La mujer avanzó hacia mí después de cerrar la puerta.

—Soy yo, mi pequeño!...

—¿Eh?...

—Soy yo que vengo a implorarte. Yo que te adoro!...—Se hincó junto a la cama y suplicaba con las manos enlazadas.—Estoy desamparada. Hace dos noches que no duermo, mi pequeño. No puedo estar... sin tí... No tienes corazón... Tú me llevarás a la muerte!...

Yo, completamente tranquilo ahora, le pregunté:

—¿Qué hora es?...

—Ya es tarde: la una de la mañana. Hace cuatro horas que te aguardo. ¿Por qué no viniste? Yo te mandé el mucamo.

—Sí; no me acordé. Pero levántate; no estés de rodillas.

—No te disgustaré más, mi pequeño!...—dijo sentándose a mi lado.—Haré todo lo que tú quieras. Soy tu esclava. ¿Verdad que soy tu esclava?... Dí que sí dí...—Se había echado sobre mí abrazándome y con la mano derecha me apretaba el mentón.—Soy tuya. Tienes razón para maltratarme.

—Yo no te maltrato—dije besándola—es mi modo

de ser.

Ella había recostado su cabeza contra mi pecho y yo, admirado de mí mismo la acariciaba con placer.

—¡Qué hermoso estás, mi pequeño!... Vamos para mi dormitorio ¿quieres?... Pasaremos la noche juntos.

Salté de la cama y me cubrí con una salida de baño.

—¿No nos verán?

—No. Todos duermen. El que venga de afuera tendrá que llamar. Ven, ven..—Me alcanzó una mano y yo la seguí. Al dejar la pieza tuve la precaución de cerrar la puerta.—¡Ven...—Su voz apenas perceptible, jugueteaba contenta en esta incitación. ¡Qué aventura!... Anduvimos por el corredor, de a uno en fondo, caminando de costado, agazapados contra la pared, yo envuelto en mi toalla felpuda y ella cubierta por una colcha, una manta o un tapado, no sabría decirlo. Cerca de nosotros oímos toser. Nos detuvimos. Madame volvió hacia mí su cara y me pidió silencio, poniéndose el índice en la boca. Estaba traviesa. Parecía una chicuela.

En cuanto llegamos a su dormitorio, iluminado por un débil velador de luz verdosa, yo abracé a Madame con fuerza y me pinché un dedo con un alfiler. Exclamé involuntariamente:

—¡Iff!...

—¿Te pinchaste, mi pequeño?...—decía ella muy condolida cual si me hubiera herido de gravedad—¿te pinchaste?... ¿En qué dedito fué?...—Y sin que me diera tiempo para evitarlo, me tomó la mano y se bebió la sangre, glotonamente.—No; déjame, déjame que te cure, que te ponga sanito... ¡Qué rica sangre tienes!...

El alfiler, desprendido sin duda a causa de mi abrazo, dejó caer el manto y el cuerpo de Madame apareció desnudo. Mis ojos lo contemplaron mientras ella, negligentemente se arreglaba el peinado y sonreía feliz.

—¿Te gusto, mi pequeño?...—me preguntó con una sonrisa contagiosa.

—Nunca lo he visto tan lindo. Tiene razón Vives en apasionarse de él.—Hizo un mohín de disgusto.

—No me hables de Vives, ahora. Es como un insulto acordarse de él. A tu lado no representa nada.

Aunque el deseo empezaba a enardecerme, yo aun estaba sorprendido de lo que experimentaba esa noche por Madame. ¿Por qué la había recibido tan bien en mi cuarto? ¿Por qué la había seguido? ¿Por qué me gustaba verla, oírla? ¿Por qué la había abrazado con entusiasmo?...

No era unicamente la extrema necesidad del sexo. Ahora su presencia me complacía. Descubría en ella, inesperadamente, un aspecto de juventud, de gracia, el encanto del sonrojo, la entrega voluptuosa del pudor.

Madame se sostenía en la misma pose, fascinada por el placer de mis ojos. Apoyada sobre la pierna izquierda, la curva perezosa del anca entraba en la cintura. Yo me acerqué, algo trémulo, y le besé un seno, el más próximo a mí. Ella se estremeció, cual si un frío repentino le hubiese achuchado la piel y se inclinó hacia adelante, arqueándose, mientras producía con los dientes un sonido semejante al que había proferido yo cuando me pinché. Después, como el que se asombra de haber pasado por un peligro inminente, exclamó en voz baja:

—¡Mi pequeño!...

Ese peligro, ese miedo de la mujer ante el varón y que constituye el alma del feminismo, me enrojeció Pasé un brazo bajo sus muslos y la levanté, jugueteando con aquel cuerpo pesado que yo separaba de la tierra como si fuera una pluma. Ella, en la fiebre del deseo, me decía incoherencias. Se prendía de mí, con los dientes, con las uñas y se quejaba, cual si sintiera en su carne el dolor que me producía.

—¡Ah!... mátame... acuéstate y mátame, mi pequeño!... Estoy loca. Yo me muero... ¡qué alegría!...

—Tú has cambiado... No eres la misma, Enriqueta!...

—¡Y tú también!... Mátame despacito... Tú nunca fuiste como hoy, pero yo sé que eres así... Mátame!...

—Y en la cama, adherida a mí, aferrada con los tentá-

culos de los brazos y las piernas, palpitando exaltada bajo mi cuerpo, repetía apenas, como si su espírltu divagase sobre el formidable oleaje del placer:—¡Eres tú... eres tú...

Mi sorpresa, mi estado de espectación respecto a ella no me abandonaba. Era como una línea de normalidad que midiese el desequilibrio, como algo que fué y persistía aún.

A cada palabra de Madame, a cada abrazo, a cada beso, esta inquietud mental se avivaba, retrayéndome a pesar mío.

Su cabeza había caído de la almohada y no me buscaba ya. La luz verdosa del pequeño velador la iluminaba apenas. Su rostro estaba inmóvil, distendido, cual si los músculos no quisieran volver, alucinados todavía en el paroxismo. Las cejas se mantenían enarcadas como por efecto del asombro y en su boca estallaba el placer. Uno de sus labios, el superior, se recogía hacia las fosas nasales, mientras el otro caía como un pétalo exhausto. Y el blancor de su dentadura, cerrada, se destacaba en la mueca, escapando por las comisuras, subiendo por las mejillas, corriéndose en redor como un reflejo difuso.

Y como una consecuencia, como un cuerpo más que se desprende de otro recordé a Isabel. Fué al principio un símbolo vago, una abstración. Ese elemento intelectual que me había acompañado deluyendo en parte mis impulsos, se hacía ahora más firme. Madame dijo, reteniéndome entre sus brazos:

—No te separes, mi pequeño!...—Quizá yo haya manifestado un gesto de contrariedad, porque ella, volviendo repentinamente de su estado letárgico, empezó a hablar, diciéndome dulzuras, exaltándome su amor quejosa, sollozante, ardiendo de nuevo.

Mientras tanto ,en mi interior, la figura de Isabel se iba rehaciendo. Una hora antes, yo desesperaba evocándola inútilmente y ahora reaparecía, sin que yo hubiese pensado en ella.

—Te quiero, te quiero. ¡Eres mío!...—exclamaba Ma-

dame, besándome furiosa.

—Quédate quieta—me animé a decirle.

—Mío, mi pequeño!... dame la boca... Tu mujer está loca por tí. Deja que te muerda!...

—No. Basta ya. Suéltame.—Fué como un acicate para ella. Sus energías se multiplicaron. Parecía estar bajo la acción de un ataque frenético. Decía disparates espantosos. Tan pronto me ensalzaba como me cubría de injurias.

Yo la dejaba hacer y decir. Había logrado ocultar mi cara en la comba de su cuello, y así, en ese refugio, con los ojos cerrados, asistía al espectáculo que se creaba en mi mente. Isabel nunca había llegado a ser tanta verdad. Aparecía aislada, destacándose como un árbol erguido en el centro de una vasta soledad.

—¡Abrázame, mi pequeño!... Abrázame fuerte. ¿Qué tienes?...—Exasperada, impaciente bajo mi cuerpo abandonado, Madame tomóme la cabeza y la sacudía brutalmente.—¡Eh!... ¡pareces un buey!...

Me costó un esfuerzo abrir los párpados y la miré estúpidamente.

—Déjeme usted.—Quise levantarme, pero no me dió tiempo. Parecía que al verme los ojos, hubiera sospechado instantáneamente. Se enroscó en mí, hostil por la ira y el despecho, bramando, escupiendo insultos.

—No te irás, no... Ahora sé, ya sé en quién piensas. No te soltaré. ¡Tendrás que matarme, cabrón!... no; aunque me pegues!...—Y en esta refriega, cuanto, más abajo caía Madame en sus medios para retenerme, en el otro extremo, Isabel, como una forma inconclusa aún, seguía desarrollándose, ascendiendo hacia la plenitud.

—Déjeme, déjeme!...—Para separarme de ella, había hincado mis dos puños cerrados sobre su pecho. Me repugnaba

—No; aunque me pegues... Ya sé que quieres irte, que quieres dejarme por esa... La palabra me sublevó y le pegué con la mano abierta en la boca. No lo pude evitar. Ella, en vez de defenderse aprovechó el ins-

tante para abrazarse de nuevo. Rodamos por la cama en una lucha fusión. Estábamos sobre uno de los bordes Yo tantié con un pie y me eché atrás, violentamente. Pero ella, prendida como un pulpo, se vino conmigo. Perdimos el equilibrio y caímos al suelo, arrastrando con nosotros sábanas y colchas.

—¡Mi pequeño!...—exclamó ella en un sollozo cortado y llevándose las dos manos a la cabeza.

Yo aproveché. Busqué mi salida de baño que estaba apelotonada junto a un cobertor y cubriéndome de prisa, huí, llevando en mí la presencia de Isabel, su imagen total como desprendida del mundo, mientras Madame, quedaba, boca arriba, jadeante, sudorosa, oliendo a sexo, tendido el cuerpo crucificado en tierra.

IX

No habito ya en la Pensión Jourdain, desde hace una semana. No era posible, después de lo ocurrido, seguir viviendo cerca de aquella mujer, en quien el amor hacia mí se había convertido en una manía. Llegué a cobrarle una repugnancia invencible.

Pero dos días antes de mudarme, Vives, mi inesperado cmpañero, cumpliendo con su promesa, me llevó a la casa del viejo relojero. ¡Qué inquietud! Cuando acabamos de subir la escalera de mármol que conduce al único piso que tiene la finca. estaba fatigado. No salía nadie a recibirnos Yo le pedí a Vives, en voz muy baja, que aguardase un momento antes de llamar El se sonrió y esperó unos segundos. Luego, como oyera pasos, dió, por necesidad, unos golpecitos con las manos. En seguida, una voz de hombre, llamó desde adentro:

—¡Lisandra!...

Se abrió la puerta más próxima a nosotros y apareció una señorita, vestida de blanco. No pude disimular mi ansiedad. Me adelanté irremediablemente trastornado. A ella le impresionó mi turbación, porque mientras le contestaba a Vives, no cesaba de observarme.

La hija del relojero nos hizo pasar a una salita, la misma salita desde cuya ventana, Isabel me había mirado. Quedamos un momento solos.

—¿Qué tal?—me preguntó Vives—¿Verdad que no es esa?...

—No, no es... ¿Está usted seguro de que no hay otra mujer en la casa?...

—No hay otra.

--Pero ¿cómo es posible entonces?...

—Averiguaremos. No se impaciente.

Entró el relojero, un viejito afeitado, de modales rústicos y nerviosos. No trabaja ya y dedica sus ratos de ocio a composturas ingeniosas y a la venta de alhajas antiguas. Dió a Vives la mano y éste me presentó:

—Es el señor de quien le hablé ayer. Desearía ver uno de esos prendedores del siglo pasado.

Yo me presté para la farsa, tratando de que terminara cuanto antes. Lisandra, que parecía entender el negocio, trajo una caja atestada de joyas. Simulé interesarme por un camafeo que el relojero se comprometía a venderme por quinientos pesos. Acepté en parte y le pedí que me lo reservara durante una semana.

Ya nos íbamos cuando Vives le dijo a Lisandra en tono de broma:

—¿Sabe que estoy algo enojado con usted?

—¿Conmigo?—preguntó ella incrédula.

—Con usted.

—¿Y por qué?...

—Esta señorita—siguió Vives, dirigiéndose al relojero—me ha hecho un desaire en plena vía pública.

—¡Ja, ja...!—dijo el viejo—¿Y cómo es eso?...

—La vez pasada transitaba yo por la vereda de enfrente y como viera a Lisandra que observaba la calle a través de los vidrios, me saqué la galera y le hice un saludo. Ella como si tal. Torné a saludar y el mismo resultado. ¡Pues qué... si me está mirando y no me contesta!...

—Pero era yo, Vives?... ¿está usted seguro?...

—Usted misma.—Comprendí la trama.

—Hará cosa de quince días—afirmé.

—¿Usted también iba?...

—Tengo testigos—insistió Vives, en un tono amable.

—Yo le pido disculpas—dijo entonces Lisandra algo sonrojada—pero creo estar segura de no haberlos visto.

—¿Y no habrá sido tu prima?—interrogó el viejo.

—¡Ah!... ¡Isabel!...—exclamó Lisandra.—Si, quizá.

Es probable que sea ella. Pero hace más de dos semanas que no viene.

—¡Justamente! ¡Isabel!...—dije yo con dificultad, ahogado, pareciéndome que todo daba vueltas en torno mío.

—¿La conoce usted?

—No—dijo Vives corriendo en mi auxilio.—La conoce de haberla visto.—y guiñó un ojo ostensivamente, con intención maliciosa. El viejo relojero rió.

—Ja, ja... enamoramientos!... Tenga usted cuidado, joven. Mi hermano es armero... ¡ja, ja!...—Mi exaltación había complicado la entrevista. Lisandra, sospechando que mentíamos respecto a ella, añadió:

—¡Oh!... ustedes no fué a mí a quién vieron... estaba segura.—Vives protestó, asegurándole que la habíamos confundido.

Después de alcanzar las preciosas averiguaciones, nos despedimos del viejo y de Lisandra, prometiendo volver pronto para terminar el negocio del prendedor. Y antes de trasponer la puerta de calle, en el pequeño zaguán, yo dí a mi compañero un fuerte abrazo.

—¡Vives!... ¿Ve usted?... La felicidad me ahoga.—El devolvióme el abrazo efusivamente.

—No anduve lejos, querido amigo. No fué la hija del relojero; pero es la sobrina.

X

Hoy, en mi nuevo domicilio, recibí dos cartas de Madame. Leí una unicamente. Esta señora está loca de enchalecar. Suplica y me amenaza. Hay en los párrafos descripciones patéticas; pero no me conmueven. Uno de ellos terminaba así: «lo tentaré todo para que vuelvas. Y si no lo consiguiere, ya verás! No puedo resignarme al desprecio de tu indiferencia. ¿Qué me importa el mundo?» Rompí las dos cartas y dejé caer los pedazos en el canasto.

Mi vida hoy tiene un rumbo fijo, una constante di, rección. Toda mi juventud está ahincada en un punto, como una débil palanca solevantando una mole.

Ahora sé dónde vive Isabel. Ayer de tarde permanecí una hora, rondando por su casa, en la calle Cuareim, sobre Soriano. La ví un momento, en la azotea. Esta vez, la masa de su moño cónico se hallaba desprendido y el pelo le caía hasta la cintura cubriendo la espalda.

Nos miramos un instante, ella sorprendida, yo atónito. Cuando se separó de los balaustres e hizo ademán de retirarse, yo me quité el gacho e Isabel respondió a mi saludo, inclinando su cabecita.

No creo que haya sobre la faz de la tierra alguien más feliz que yo. Dentro de poco espero ser presentado en su casa.

Le escribí unas líneas a mi madre, contándole la verdad y ella me contestó a vuelta de correo. Estaba alegre a través de mi alegría.

XI

Han pasado dos días. Anoche soñé con Isabel. Fué una entrevista silenciosa, contemplativa, adonde llegamos los dos como a una cita a un lugar desconocido.

No recuerdo habernos dicho ni una palabra. Durante el ensueño, constaté que no llevaba la cabellera suelta, como cuando la había visto en la azotea de su casa, en la Calle Cuareim. Aun ahora, mientras escribo, me estremece la presión de sus labios sobre mis labios, oigo la intensa respiración de su pecho, siento la forma de sus manos en mis manos.

En este momento, me acaban de entregar una carta que arrojé sin abrir, sobre la mesa. Es de Madame y no pienso leerla.

XII

—Pero... ¿cómo es posible? ¡Qué brutalidad, qué brutalidad!...—Yo andaba a pasos largos, recorriendo la habitación, tomándome la cabeza que amenazaba explotar.—¿Y por qué no me avisó, Vives?..

—¿Y con qué objeto? ¿Qué le podría importar?...

—Sí, no... tiene razón. No es que me importara... Pero es lo brutal!... tan inesperado... Estaba afuera de toda sospecha. ¿Y cómo se mató?...

—Una muerte horrible, amigo mío. ¿Conoce usted el altillito que da a la azotea?...

—Si, si...

—Fué ahí. Anteayer, a las catorce horas la encontraron asfixiada. Puede usted imaginarse el alboroto que se produjo en la Pensión. Yo fuí uno de los primeros en acudir. Intervino la autoridad. Se rompió la puerta. Una espesa bocanada de humo y en el humo un olor especial, agudo, como de ácido muriático nos hizo retroceder.

—¡Qué brutal!... ¡qué brutal!...

—Cuando nos fué posible entramos. Cerca de la puerta había un brasero lleno de cenizas; en el centro un cobertor tendido a manera de lecho y una almohada con la funda hecha trizas. Madame estaba en un rincón, encajada entre la pared y la escalera que conduce al mirador. Era tan impresionante, había tantos reflejos en aquel cuerpo torcido, que brillaba de espanto... Estuvimos más de un minuto, echados hacia adelante o en puntas de pie, inmovilizados por el gesto del cadáver.

Es de imaginarse el infierno de su agonía. Madame,

para morir, debe haber luchado antes con la muerte, debe haber rodado por el altillo, debe de haber saltado estentóreamente, igual que una garganta angustiosa, debe de haberse levantado, en un último esfuerzo, a la luz de un último fulgor, debe haberse prendido de las paredes como un gato negro.

—¡Qué brutal!...

—Extendieron el cuerpo sobre el cobertor y el médico lo examinó. El rostro tenía una expresión singular, incalificable. En vez del corte oval de la cara, había un rombo. Presentaba un ojo cerrado, hundido, tupido como un hoyo; el otro estaba abierto. La ceja se había levantado de tal modo que, cruzando la frente llegaba hasta el nacimiento del pelo.

Después que el médico expidió el certificado y llenado el requisitorio del caso, llevamos el cadáver para depositarlo sobre una cama. Nos dió mucho trabajo arreglarle la cara, suavizar aquella expresión que nos hacía volver la cabeza. Conseguimos bajar la ceja y cerrar el ojo. Pero la boca permaneció firme como un nudo pétreo. La mandíbula inferior se había torcido hacia la izquierda y los labios abiertos mostraban los dientes incrustados en las muelas. Tuvimos que dejarla así. Una mucama, quitó con alcohol, algunas manchas de sangre coagulada. Madame se había herido con las uñas. En la mejilla izquierda, sobre el mismo pómulo, la piel estaba desgarrada con ferocidad.

Vives cesó de hablar. Se hallaba sentado junto a la mesita y recostándose sobre ella, se puso a silvar. Yo continuaba paseándome, aguijoneado, nervioso, representándome a pesar mío, las escenas del suicidio. Me imaginaba a Madame a solas, moviéndose en la sombra, subiendo la escalera del altillo, llevando consigo los instrumentos de su muerte. La veía echar los cerrojos de las puertas tapiadas, encender el brasero, acostarse sobre el cobertor, reclinar la cabeza en la almohada, serena quizá, cual si se dispusiese para morir. Y después, ¡qué increíble, qué brutal!... Pregunté en voz alta, estúpidamente:

—¿Pero estaba mujer está loca?...

—¡Ah!...—dijo Vives, metiéndose una mano en un bolsillo.—Cuando entramos al altillo, en el momento aquel de confusión y espanto, yo tomé del suelo, sin que nadie me viese, un retrato suyo que estaba junto a una aguja de dar inyecciones. Y me alargó una postal que yo había regalado a Madame.

—Ha hecho usted muy bien—dije tembloroso—se lo agradezco mucho.—Me miré con curiosidad en la fotografía y después la hice mil pedazos.

—Me voy—dijo Vives con una serenidad imperturbable..—Tengo que hacer. Si usted va al café nos veremos luego.

Le ví irse. En toda la conversación no había proferido una queja. Tenía el rostro algo sombrío y nada más. Indudablemente, Vives era un observador de la vida, pero desde un plano muy elevado.

En esto, Vives entró de nuevo. Avanzó dos o tres pasos en la habitación y dijo sonriendo dolorosamente:

—Acaso no le haya dicho que, yo, sin ayuda de nadie, bajé el cuerpo de Madame, desde el altillo a su dormitorio. Pesaba en una desproporción espantosa. Se diría que poseía las voluntad de pesar. A fin de llevarla con mayor holgura, la acomodé en mis brazos de modo que su cabeza descansaba en mi cuello. El trayecto era difícil de hacer. Por eso y posiblemente a causa de algún movimiento brusco, Madame soltó de su boca una baba sanguinolenta que cayó sobre mi piel, derramándose como un aceite.

Y Vives salió.

XIII

Esta noche no puede dormir. Me asalta el recuerdo de la muerta. Paso por esos instantes tan comunes en quienes, por una causa o por otra, contribuyen a que alguien desaparezca de entre los vivos.

Debajo de unos papeles y libros, hallé, casualmente, la última carta que me escribió Madame. Estaba convencido de haberla tirado y he aquí que la encuentro intacta, insinuante, cual si la remitiera desde la muerte.

He leído la dirección febrilmente. Mi nombre está escrito con nerviosidad y se conoce que la pluma ha fallado varias veces. ¡Qué ánima se enciende ahora dentro de este sobre!

Al leer la carta, el papel, no sé por qué raro efecto de luz, paréceme amarillo y la tinta floja, como borrada por el tiempo.

«Mi pequeño!... Dentro de poco yo voy a morir y yo no tengo miedo. Yo he sufrido tanto que perdí el miedo. Sé que tú no me quieres, que tú no me has querido nunca. Mira: cuando yo pienso que voy a morir, nada más. estoy tranquila. Pero cuando yo pienso *por qué me mato*, yo entonces lloro desesperada. ¡Tú te fuiste, mi pequeño!... Tú te fuiste para siempre: yo también me iré para siempre! ¿Tú sabes qué es la vida?, mi pequeño!... nada. Ahora yo me la quitaré, cuando termine de escribir. Soy una mujer hermosa. Vives está muy enamorado de mí, y yo nunca le quise. Soy joven todavía; yo poseo una fortuna. ¿Qué es lo que tú quieres, mi pequeño!...

Cuando recuerdo nuestro amor, yo me avergüenzo. Todas las veces escapaste de mí. ¿Crees que yo no lo

sabía?. Dios quiera que Isabel no huya de tí algún día, como tú huíste de mí! ¿Por qué el mundo no es de otro modo?... Haber vivido treinta y dos años para concluir en esto, mi pequeño!... ¿Es que estoy loca?... Mi muerte traerá la tranquilidad para los dos. Yo cesaré de correr tras tu sombra y habré cesado de llorar. Y tú... ya no oirás que te llaman, ni oirás gemir en el camino, ni tendrás que apresurarte para que no te alcance. En este instante, supremo para mí, comprendo una verdades muy amargas; pero no sé explicarlas.

Adiós, mi pequeño!... Despedirme de tí, es doloroso; despedirme de la vida, ¡qué me importa!... Me mato porque no sé donde ir.

Sería inmensa mi dicha, si pudiera morir sobre tu pecho. Como esto no es posible... ¡abur!... Muero adorándote. Enriqueta.»

La luz de la aurora me sorprendió con la carta abierta ante mí. Me he fumado una cajilla de cigarrillos, he bebido una cantidad desmedida de café. Pensé en Vives, recordé algunos de sus pensamientos.

Después salí a la calle. La frescura de la mañana me entonó el ánimo. Bajé a la Ciudad Vieja, por Bartolomé Mitre, hasta la muralla. Y sentado en el banco de piedra, vuelta la vista hacia el mar, me puse a contemplar obstinadamente, el avance de la luz en el espacio ilimitado dejado por las sombras que huían, rumbo al Sudoeste.

XIV

Transcurrió un mes desde la muerte de Madame. Estoy más tranquilo. Por momentos se me obscurecen los sentidos. La imagen de la suicida para ante mí, dejándome un escozor en el espíritu, un arrepentimiento que yo disipo con el análisis. La libertad del corazón del hombre es legítima y no admite discusión. Ante ella, la voluntad es un capricho inocente.

Otra cosa me preocupa ahora. En mis relaciones con Isabel, hay un aspecto nuevo, negativo, un enfríamiento que no deja de sorprenderme.

Desde que dejé la Pensión Jourdain, sólo una noche he soñado con Isabel, la misma noche que, por rara coincidencia, Madame escribía su última carta. Es innegable que algo se apaga en mí, irremediablemente.

Pasando frente a su casa, he logrado verla dos veces. Nos saludamos. Ella me sonrió. Prometíme escribirle una carta que he empezado; pero que no puedo continuar.

XV

Recibí una invitación para una fiesta que se dará en El Club de Regatas. En esa reunión estará Isabel y seremos presentados.

Ahora paso por un período imaginativo. Mi cerebro inventa. Estoy empeñado en sostener con evocaciones ficticias, una corriente sensorial que amenaza detenerse. Pero la voluntad no basta. Y aun cuando a veces logro, pacientemente y con elementos de la memoria, rehacer el cuerpo de Isabel, la emoción de verdad no llega.

Si recapacito y juzgo lo que viví durante estos últimos cuatro meses, me lleno de confusión. Hay hechos incontrastables, factores concretos, físicos, movidos no sé de donde! Y tan pronto me parece estar en el centro de un milagro y me asombro, tan pronto me parece que, a pesar del aspecto de excepción que tiene esta trama, ella es natural, estúpidamente natural.

En el primer caso no cesan mis exclamaciones de admiración. Me asemejo a esos que se dedican a estudiar las diversas manifestaciones de la inteligencia, en las plantas, en los animales y hasta en los minerales. Ellos también, ante la simetría que descubren en la hoja, o en el insecto, se arrodillan turbados, entonan himnos de alabanzas, suponen leyes y destinos. La antigua división de la colmena en reina, obreras, etc., si bien carece ahora de fundamento, en cambio posee el valor de representarnos la vulgar ilusión que se produce en el observador. Uno de estos, se queda estupefacto ante la rigurosa matemática de las celdas de las avispas. ¡Inteligencia, inteligencia!... Ahí tenemos a la hormiga, a la que vadea los ríos construyendo conductos sub-

terráneos; a la que tiene conciencia del tiempo y de la distancia; a la colectividad más armoniosa al espíritu del orden y de la economía. Y un oso hormiguero, que gruñe como un cerdo, imbécil como un cerdo, se las traga. Maravillosa disposición—diría un último observador—que haya en el mundo un conjunto tan abigarrado de seres, para que otro, sin más trabajo que meter la lengua en un hoyo, se alimente.

Estas divagaciones me conducen fácilmente a la indiferencia y al hastío. No dudo de nada. Admito la existencia de lo que ví, la veracidad de lo que quise; pero estoy inmóvil. Tengo una tranquilidad sospechosa, una tranquilidad de mármol. Inesperadamente he recordado algunas ideas de Vives, respecto a la vida. Me las repito cual si las acabara de oir. «Tenemos un aspecto de huída, siempre hacia adelante, escapando de la fuerza que nos impulsa. «El mundo se mueve por horror a lo que fué». Sí; entiendo. Nunca he entendido como ahora. No. Pero no debe ser así. No habría nada más desgarrador.

En mi cerebro se producen algunas pausas. Se diría que las ideas llegan y pasan en ondas y que después de cada onda, se produce un vacío que me deja suspenso. Entonces... según eso... es decir que Madame fué en mí el móvil?... No, no... ¡qué contrasentido!... Recuerdo que una tarde, mientras hablábamos de Isabel, Vives nombró a Madame. Como yo me mortificara, agregó: «no obstante, la una hace a la otra.» ¡Phé! pche!... no, no... ¿Cómo una ensoñación tan bella, tan sincera, iba a partir de Madame?... «El dolor produce combinaciones maravillosas» «Cellini tuvo la visión del Sol en los subterráneos de un castillo!»

Ahora tengo miedo de que sea así.

XVI

Se dió la fiesta en El Club de Regatas, pero no fuí. Durante ese día, me entretuve en arreglar las maletas. Mañana dejaré a Montevideo y me volveré con mis padres.

Hace una semana que vi a Isabel. Pasé junto a su casa, Ella estaba en la sala, de pié, cerca del balcón. Sonrió al verme. Yo saludé y me detuve un instante. Y a pesar de ser una mujer singular, me pareció la pobre reproducción de una obra maestra· Para qué iba ir a la fiesta?...

Ahora me ocurre con frecuencia, recordar a Madame. Conservo de ella, un hermoso retrato que, por repulsión, tenía oculto entre la ropa. Hace dos días que está en la mesita, recostado contra una pila de libros. Su presencia me turba, me vuelve melancólico. A veces, póngome a andar por mi cuarto, de pared a pared, en tanto que los ojos del retrato me van siguiendo.

Cuando mis balijas estén llenas y no tenga más trebejos que guardar, sólo entonces quitaré el retrato de la mesita. También es probable que lo lleve en uno de los bolsillos del saco. ¿Amor?... no: tristeza, soledad...

Tenía razón Vives. Madame fué algo más que una simple mujer apasionada. Le tocó en suerte moverse en los subterráneos de la existencia, formar parte de la amalgama de los cimientos; le correspondió ser lo obscuro, ser el dolor, estar en los vértices incomprensibles.

Ahora constato lo que le debo. Hay algo de sarcasmo en ello, pero no importa: es así. Si lo íntimo de Madame, en algunos instantes me inspiró asco y me alejó de ella, bentita sea!... Fué por esto, precisamente

que me hice una imagen y subí tan alto. Todo se crea en la vida por la misma razón.

Aun desde la muerte, Madame me conmueve y este vacío que me crispa como a una hoja seca, desaparece por momentos. A través de la relación de Vives, me la imagino en el altillo, después de la brutal agonía, con aquella su boca «como un nudo pétreo». Y me produce espanto y desvarío, pero, este mismo espanto y este mismo desvarío, me traen a la memoria, la boca de la otra, la boca de Isabel, tímida, ruborosa, con los labios semi-plegados en un ritus de espera.

———



AMOR JUICIOSO

..........Sí; esto debe sorprenderte mucho. Me pediste suplicante que te escribiera a vuelta de correo y contra lo que yo misma suponía, ahí va mi cuarta carta adelantándose a la tuya ....

......Estoy sola, en mi gabinete. Ni las tías, ni visitas: nadie..........................Hoy hace tres semanas que partiste, señor ingeniero. Se lo hice notar a mamá Lucía, la que me contestó con una vulgaridad imperdonable.

No estuve en la fiesta que dió la Familia Delfino. Simulé una enfermedad y mi ausencia, como puedes imaginarte, se notó muchísimo. No creas que te cuento esto por ese espíritu de coquetería que tú me conoces. Sólo quiero ponerte al corriente de mi situación, algo inesperada por cierto ....

...Adiós, Carlos. Espero la tuya.

Abril 10, Martes.

Acabo de llegar de Pocitos, aburrida de todo. Esto se complica.

.... En tus últimas cartas te expresas con dolor y sorpresa. Ahora hablas con claridad, sobre todo cuando dices: «hasta me asombra que tomes en serio mis

reproches...» Si, asómbrate: no comprendo bien todavía.

¿Yo era fría, Carlos, era muy fría contigo?... Desde que te alejaste para dirigir la construcción de ese puente, pienso mucho, mucho en tí ....
........Tu mamá está hecha un guante. Ayer, mientras yo encuadraba con mis propias manos un retrato tuyo, me dijo en un tono de agradecimiento: «qué rara eres, hija mía!... ahora que lo tienes lejos te ocupas de él». Creo que ella exagera y exageran todos.

Dentro de poco estaré acostada, recordándote. Es un momento muy dulce; pero que concluye por entristecerme. ¿Cómo estás? ¿Has cambiado?... Ya sabes que no debes cortarte los bigotes. Con seguridad que no se lo afeitarían si todos los hombres tuvieran como tú, un pelo tan rizado y tan negro.................
..........Cuéntame lo que te pasa. No seas egoísta, Carlos ....

Abril 20, Viernes.

........No; esto no tiene explicación. Dos años ha que nos casamos y te juro, Carlos, no te quería—es decir—no te quería, no, precisamente; pero sentía aburrimiento, fatiga. En vano tú insistías. Mi cariño se amortiguaba y tus solicitudes me parecían torpes, tus caricias pesadas, algo así, como una obligación que se soporta.......................... Te diré, porque ahora puedo decírtelo. Cuando supe que te marchabas, me puse contenta. Muy lejos estaba de suponer que te iba a querer desde entonces... ¡Qué ocurrencias raras tiene nuestro corazón!.............................
..........Pero ¿de qué cicatriz me hablas? ¿Es que tú tenías una cicatriz en el pecho?...... ....
Recibe un beso de tu Rosina.

Abril 23, Lunes.

Deben ser las dos de la mañana. No puedo dormir Vueltas y más vueltas en esta cama tan grande y siempre fría......Y para defenderme de esta soledad, te escribo pensando que, mientras yo sufro por quererte tanto, tú dormirás como si yo no existiera en el mundo

....

He contado a mi amiga Esther, todo lo que ocurre y ella se ríe burlándose sin piedad. Esto empieza a mortificarme. Al principio me escuchaba con atención, abriendo tamaños ojos, cual si se tratara de algo extraordinario, pero, hará de esto una semana, en cuanto hablo de tí, se mofa y se divierte. Jamás pensé que fuera tan insensible. Por eso me apena, porque presiento que nuestra amistad no podrá seguir siendo lo que era.

Tu mamá se muestra más cariñosa y desde que tú te marchaste, no hemos reñido una sola vez. De cuando en cuando salimos juntas y me colma de atenciones. Empiezo a estimarla y me parece que no es tan mala como yo creía ....

No, no, te lo juro, Carlos, te lo juro: nunca!... jamás admití una insinuación, jamás dí el motivo. Dices que sospechabas... ¿pero acaso yo misma no te lo confesé?... Eso es todo, un simple flirteo de salón, un pecadillo que se les disculpa a las mujeres casadas. Sin ello ¿qué haríamos nosotras en las fiestas? Bien sabes tú que es una costumbre general que a nadie compromete ni a nadie pone en ridículo. Por lo demás, ustedes lo fomentan y muchos maridos conozco yo, a quienes halagan las galanuras y finezas que reciben sus mujeres. Si a esto se agrega nuestra vanidad satisfecha, comprenderás luego que tu mujercita guardó siempre la palabra dada, pues nunca se hizo digna del menor reproche....

........................Si, si; comprendo: todo te parecerá un sueño, pero es verdad. Experimenté el cambio a raíz de tu partida. En cuanto me vi libre de tí, empecé a amarte. ¡Si me hubieras visto en los días siguientes!... Porque lo que yo echaba de menos, era

precisamente esa innumerable cantidad de besos, eran tus constantes caricias, tus mimos, tu asedio continuo, tu excesivo dulzor. Ahora, al encontrarme sola me parece que todo aquello pertenece a una época muy lejana y me paso los ratos recordando, como una viejita que en el recodo de la vida, evocara sus días felices. ¿Ves... entristezco... ¡Tan solita como estoy! Todos duermen... ¡cerca de dos meses que sufro!... ¿Por qué no pides una licencia ¿No puedes?... puedes, sí...

En este instante una idea fría, una presunción acre me llena de inquietud. Estoy como aterida y aunque no quiero creerlo, sin embargo... ¿Me amas como antes?... De golpe he comparado todas tus cartas. Me ha bastado un minuto, menos de un minuto.

Un momento mas tarde.

Si. Acabo de leerlas, las diez. Hasta la quinta carta eres el mismo, pero luego... ¿cómo es que no tienes tiempo para mí? ¿Por qué no me hablas como al principio? ¿Ya no tienes deseos de verme?.............. ... .¡Oh!... me he puesto a llorar sobre el papel. ¡Qué tonta!... ¿Verdad que no tengo motivos? ....No te diré más nada por temor de mortificarte. Trataré de dormir. Ojalá mañana, a la luz del día, piense de un modo distinto.

Tu mujercita que te adora, Rosina.

Martes 1.o de Mayo.

Lo que yo temía respecto a Esther, se acaba de cumplir. Ayer empezó como siempre, con sus ironías y otras cosas. Me enfadé después de una disputa bastante agria y la mandé a paseo. No era posible aguantarla .... .A veces me encontraba escribiéndote. Entonces,

después de algunas impertinencias que yo trataba de no oír, se acercaba para leer y en cuanto hallaba una frase cariñosa, prorrumpía a carcajadas, como si la hicieran cosquillas. Ayer, ésto me picó mucho y la increpé: «¿Y por qué te ríes?—le dije». Y ella, no dándose por aludida a propósito de mi actitud, respondió: «Querida: ¡lo que va de ayer a hoy!...—y en seguida, subrayando con las uñas el pensamiento que la divertía, añadió: «ponle ahí abajo, para que no se olvide: «Pero hombre!... eres una plaga!... ¡Hijo mío... qué empalogoso eres!...»—y otras tonterías que yo solía decirte. Me indignó muchísimo porque, que yo te las hubiera dicho, pase, pero que ella las repitiera, eso si que no. La reprendí con dureza y creo que no nos veremos más ....
....
¡Qué extravagancia, Carlos! Aun cuando sea una broma, no deja de impresionrme. ¡No pedir licencia por miedo de que, al verte, todo vuelva a su cauce primitivo! O has perdido el juicio o buscas un pretexto para no venir. Sí; dímelo sin tapujos, no rehuyas la respuesta, no tengas lástima, eh?, esto no me gustaría, no... Acuérdate de que yo no tuve lástima de ti, acuérdate de mis burlas. Nunca disimulé y te echaba de mi lado cuando me aburrías. Tú no debes callarte: sería indigno. ..
.... ¡Si vieras cómo está nuestra casa! Es un encanto y cada día que pasa le encuentro algo nuevo. Ayer tomamos el té en la glorieta del fondo. ¡Qué delicia! Hay tantas rosas, pero tantas rosas que me desmayaron. Cuando me repuse creí salir de un sueño. Me hallé en nuestra cama, rodeada por tu mamá y las tías. En vano me preguntaban: apenas oía, no podía contestar, era imposible desprenderme de la felicidad que todavía me duraba. No sabría decirte qué sentí, qué ví. No era nada concreto, querido mío, pero cuando abrí los ojos, creí que tus dos brazos concluían de abrirse cual un nudo deshecho.........................
.... Mañana me traerán mi nuevo vestido de charmeuse azul. Yo hubiese preferido otro, de voile arena, de escote en punta. Parecía

una muchacha de veinte años y me hacía mucho más delgada. Pero como tú eres tan raro y te has propuesto esconderme, me quedé con el primero. De todas maneras estaré muy bien y te he de gustar cuando me veas. ....

....

.... Tu última carta me ha dejado confusa. O yo no entiendo o parece que la vida nos jugase una broma pesada. Cada vez que te refieres al tiempo pasado, suspiras hondamente, como si una nostalgia te dilatara el pecho. Lo venía notando; pero no creía ni creo aún.

Cuando yo dejé de ser para tí la mujer desdeñosa y burlona que tantas quejas te arrancara, además de la alegría que experimentaba por mí misma, me sentí dichosa porque podía darte la dicha. Me decía: «en cuanto mi Carlos sepa que le amo, en cuanto se convenza de que, desde hoy, tiene en mí a la compañera que buscaba, capaz de disipar una tristeza, solidaria en todas las faces de la lucha, entonces, en un vuelo vendrá hacia mí. Pero sucedió lo contrario. La sorpresa te hizo proferir frases de admiración, quejas inumerables llenaron tus primeras cartas, reproches continuos que caían silenciosos, mustios, como esas hojas marchitas que las brisas otoñales desprenden de las ramas inertes. Después enmudeciste, cual si lo hubieras dicho todo. Sólo se te oye, de tarde en tarde como un latido que muere, como si la memoria se esforzara en evocar los acordes típicos de una música olvidada. Tu espíritu está vuelto hacia atrás. Que no sea verdad todo esto, Carlos mío!... ¡Qué tristeza!.........Tu Rosina.

Sábado, 5 de Mayo.

....

.... Me has dejado muy contenta.

.... No sabes lo que te es-

peraba. Ya estaba todo dispuesto. En caso de que no hubieses pedido licencia, hubiera ido a verte, yo, si, yo... Me hallaba resuelta. Me habría hecho acompañar por Juana y entonces, como llovida del cielo, me hubieras visto por entre las construcciones, junto a los obreros, corriendo hasta alcanzarte. Y prendida de tu cuello te hubiera comido a besos, delante de todo el mundo........................Iremos a la Estación. ....Tuya, Rosina.

Martes, 7 de Mayo.

Ojalá que esta carta te encuentre haciendo los preparativos para el viaje. No debía escribirte, pero estoy tan nerviosa!... A medida que se acerca el tiempo, sufro una fuerte desazón. Aquí nadie sabe nada del verdadero estado de mis sentimientos. He tratado de ocultarlo de modo que comprenderás fácilmente, el consuelo que hallo en escribirte .... ¿Cómo te encontraré?... ¿Qué sentirás al verme?................... ...... No puedo quitarme la idea de una sorpresa y esto me disgusta mucho ....Hay momentos! ¡No sé!... Desearía que el 11 de Mayo, fuera mañana mismo, pero, también desearía que el 11 de Mayo no llegara nunca.... .... No, no. Esto que yo siento deben ser aprehensiones, simples aprenhensiones mías... ¡Muchas veces lo imposible pasa por nuestro corazón como una onda de fuego .... ¡Ah!... paréceme que te has ido con la distancia... ¡en tanto, yo!... Es interesante, un bonito pase de comedia, fría. terrible, donde se ríe concienzudamente, mientras el alma se asfixia....... .... Tú dirás. De tí depende: de tu abrazo, de tu beso ....

....
....
..............................Después de cada alegría me estremezco cual si pisara en falso................
....
......Ven, es preferible, ven ¡yo te aguardo! ....
..............................Tuya para siempre,

Rosina.

———

¡ELLA!...

—Ya sabéis que mi señora padece de una gran excitabilidad—dijo Julio Bardier—Un disparo de fusil, un grito en la noche, el ladrido de algún perro, cosas estas que en nosotros provocan un simple estremecimiento, hacen de ella una verdadera fuente de terrores. A hacerle caso os pasarías el tiempo palpando en el vacío.

Durante los primeros meses de mi matrimonio sufría por ella instantes de inquietud extraordinarios. No era que fuese yo un vehículo propicio para sus emociones; pero insistía desde un punto tan desconocido, tan lejano a mi propia idiosincracia que, a veces, lograba ella arrastrarme por su pendiente obscura.

De noche, en el rigor del sueño, no era extraño que me sintiese zarandeado con violencia. Entonces, atónito, me sentaba en la cama.—«Oye, oye...»—me decía, abrazándose de mi cintura, ocultando su cara contra mi pecho.—«¿Oyes?...»—Le pasaba mis brazos sobre su cuello y permanecía atento, escrudiñando con todos mis sentidos. Pero nada. Sólo oía a su corazón!... su corazón!... que en esos instantes parecía rebotar contra la caja del pecho, como los alaridos de un péndulo enloquecido.

—¿Qué?...—respondía yo después de una espera.

—¡Ah!... ¿no oyes... pero no oyes?...

—No; nada oigo.

Esta negación en vez de darle la tranquilidad, exasperaba sus nervios. Era de un efecto incongruente, cuyo alcance pude comprobar en una circunstancia análoga. Asediado por las preguntas de siempre, no le dije la verdad. Mentí con mucha certeza, contestándole: «Si; oigo». Al momento su expresión se dulcificó, perdió la contracción muscular y besándome dijo:—«Contigo no tengo miedo». Como veis el hecho es singular. Mi compañera, sólo tenía valor en el caso de que yo apercibiese lo mismo.

Pero esta continua e irritable presencia de algo que ella únicamente oía, veía o tocaba, concluyó por enturbiar mi ánimo con una preocupación incesante.i «Está enferma—me decía—está enferma» Podéis imag nar mi sufrimiento. Ella había sido mi primera pasión, era toda la pasión de mi vida. Lo que hice entonces es fácil de sospechar. Recorrimos ls consultorios más afamados y de experiencia en experiencia llegamos hasta los médicos más humildes. Mi enferma no mejoraba. Se habló de neurosis, de clorosis, de congestión pulmonar. Quizá algunos de ellos tuviese razón; pero nadie la curaba.

En ese entonces, había llegado a Montevideo un ruso estrafalario. Llamaba mucho la atención por su vestimenta, especie de manto ceñido en redor de la cintura, pies descalzos, barba enorme. Decíase muy entendido en enfermedades de mujeres y enseñaba el Evangelio según Cristo.

Y allí fuimos los dos. Nos recibió en su pieza de hotel. Era muy serio y hablaba poco.

Conté yo el proceso de la enfermedad sin que aquel hombre, durante todo el tiempo que tardé en referírselo, hubiese movido un párpado. Luego pidióle a ella que mostrase las manos. Hizo un análisis, yendo después a la cara donde examinó los ojos. En seguida vió la boca y comprobó la resistencia de los dientes. Después quedó en una actitud contempltiva, diciendo al fin, este diagnóstico desconcertante:

—Sí; no me equivocaba. Es su sentido especial.—Hi-

zo una pausa y añadió, señalando el techo con el índice:
—Tenga usted cuidado con la luna.

—Pero ¿qué es lo que tiene?—pregunté.

—Nada. Es su sentido especial, nada más. Hay que guardarla de la luna. No la deje usted salir de las habitaciones con la cabeza descubierta.

No dijo otra cosa. Como veis, el resultado de la consulta era chusco.

Sin embargo, unos días después, pensando en ésto y en aquello, tuve la sorpresa de comprobar que, las exaltaciones de mi señora, coincidían precisamente, con la revolución lunar.

Durante el tiempo del novilunio, nada interrumpía nuestra tranquilidad. Entonces mi compañera se mostraba sensata y tenía de los hechos apreciaciones legítimas. Pero en cuanto el arco de nuestro satélite hacía su aparición, parecía que algo llegaba hasta ella, algo que se agregaba a su ser y la tornaba compleja, incomprensible, al extremo de que su mal adquiría el aspecto de una locura.

Dolíame constatar recién, un hecho tan simple. Con cuántas cosas en la vida ocurre lo mismo—me decía—cosas que tocamos sin palpar, que vemos sin mirar aun cuando cabalguen sobre nuestras narices.

Pero todo ello no era una solución. Me faltaba un punto de capital importancia, me faltaba una prueba, un plano donde pudiese descifrar con mis sentidos, la la influencia de la luna. Y mi punto de vista se presentó cuando menos lo esperaba. Criábamos entonces a nuestro hijo. Una tarde llamaron a la puerta. Mi madre salió volviendo a poco con una muchacha de unos veinticinco años. No vestía mal; pero tenía un aspecto tan humilde que inspiraba lástima. Se asemejaba a esos perros llenos de mataduras, hambrientos, que se echan a patadas de todas las puertas y que se acercan al transeunte, sumisos, suplicando con la cola.

Ni fea ni agradable. Su rostro muy obscuro presentaba una cicatriz en una de las mandíbulas. Poseía unos ojos grandes, velados, ojos enfermos que movía

con lentitud. Por unas cuantas palabras que dijo comprendí que se trataba de una gran ignorante o de una estúpida.

Necesitábamos una sirvienta y la tomamos. Llamábase Marta Barrios. Al día siguiente trajo un baúl y ocupó el altillito destinado para ella.

Pero era una infeliz, tan infeliz que podía uno divertirse a sus costas sin que ella lo viese. Mi hermana la disfrazaba, hacíala bailar en zuecos y cantar en francés.

Una tarde Marta le preguntó a mi madre:

—«Señora, ¿los cerros nacen o se hacen?...»

Siempre que salía a compras volvía con algún cuento. «¡ Señora... si viera!... En la calle Uruguay un hombre se tiró a la calle desde un cuarto piso». «Un boticario envenenó a una familia. Yo ví cuando la llevaban al hospital» «Señora... hace un momentito mataron a un hombre a puñaladas. La sangre chorreaba por la vereda» Estas mentiras, pobres representaciones de su cráneo, guardaban no obstante una rigurosa relación.

Así continuó durante unos ocho días, ocupada en sus quehaceres. Recuerdo que era tan desaseada como insignificante. Nadie pensaba en ella.

Pero un lunes, todo cambió de golpe.

Acabábamos de cenar y aun estaba la familia en redor de la mesa. De pronto y sin causa, aparente, por lo menos, en la expresión de mi mujer se notó una grande inquietud. Aguzó el oído, miró en torno y fijando sus ojos en mis ojos, exclamó con vehemencia:

—¡Mi hijo... el nene!...—Sus dedos, arqueados como garras se prendían del mantel.

Mi madre le contestó:

—¿Pero en qué piensas, muchacha? Si tú misma le pediste a Marta que pasease con él por la vereda.

Fué como tocar en llaga viva. Su inquietud aumentó.

—Sí, si... Con Marta. Mi hijo, Julio, mi hijo!... Traémelo... ligero...

Salí de casa corriendo, movido por una desesperación tan súbita que no me dejaba reflexionar.

Encontré a mi hijo en la esquina. Marta lo traía en sus brazos. Cuando lo entregué a la madre, ésta, abrazándolo con furia, le besaba encarnizadamente la cara.

—Hijo querido... querido mío!... tu mamita te adora!...

Era una escena patética, extrema; pero no exenta de ridiculez. Sin embargo la actitud de la madre convencía, porque mi hermana preguntó a la sirvienta:

—¿Qué hiciste al nene, tú?...—Esta, que plantada en el medio del patio miraba como una idiota, contestó:

—Yo paseaba con él, no más. Y él no lloraba...

Al día siguiente, repuestos ya de una aprehensión tan particular, pude con mis razonamientos dejar los ánimos tranquilos. Pero a la hora del almuerzo, volvió de nuevo la inquietud, aunque tomando otro motivo. Mi señora, después de probar la sopa, retiró de sí el plato. Me sorprendió.

—Y ahora ¿por qué no comes?...

—No sé... tiene un gusto!...—y paladeaba con temor.

—¡Bah, bah!... esto está rayando en tonterías—dije poniéndome serio—come...—y dí el ejemplo. Almorzaron; pero se veía que una preocupación común roía en ellos.

En el corto espacio de dos días, la impresión que Marta provocaba entre nosotros sufrió un vuelco brutal. Dejaron de divertirse a expensas de ella, hablábanle poco, no la miraban de frente.

Aquello fué una verdadera sustitución de extremos. Los mismos rasgos fisionómicos que pocos antes inspiraban la risa, esa risa irreparable que brota al conjuro de lo grotesco, infundían ahora un pánico invencible.

Una noche regresé a casa algo tarde. La luna llenaba todo el cielo, un cielo blanco y desierto.

Después de asegurar la puerta de calle, quise entrar en las habitaciones, pero los cerrojos estaban echados. De inmediato supuse lo que ocurría. Golpié en la puerta de mi dormitorio. Mi hermana dijo:

—¿Quién es?...

—Abre...

Estaban vestidas y en todas se notaba una marcada expresión de espanto. En la cara de mi mujer la lividez hacía resaltar las órbitas: eran dos ondas negras, colocadas como parches sobre la blancura de su piel. Al verme preguntó:

—¿Está en el patio?...

Yo disimulé.

—¿Quién?

—¿No sabes?...—me respondió con la voz ahogada— Marta... Marta: debe estar ahí... ¿no la viste?

Mi madre parecía más serena. Pudo sonreir y dijo:

—Esto es para contar. Hace más de una hora que esta gente no me deja salir del cuarto.

Volví a enojarme e hice abrir todas las puertas. Anduve por la casa recorriéndola varias veces, pero sin dejar traslucir mis propósitos. Subí furtivamente por la escalera que conducía al altillo. Asomándome a una de sus ventanas me fué fácil ver a la sirvienta. La luz de la luna le iluminaba el rostro y parte del pecho. Allí estaba, roncando, boca arriba, con los brazos abiertos, con aquella su cara insulsa, burda, grasienta.

Cuanto más la observaba menos comprendía. Era inadmisible que aquella masa de carne fuese en realidad la causa de la zozobra mental. Cuando bajé, todas esperaban en el patio.

—Está durmiendo—dije. Pero no creían. Me miraban con desconfianza y revisaban en la sombra de los rincones. La inquietud se mantenía latente. Era indudable que sufrían los efectos de una amenaza, amenaza sin cuerpo, sin sonido, instilada en sus vidas.

Yo volví a repetir mis razonamientos, pero sus resultados eran nulos. No sabiendo qué hacer, gritaba enojado.

El mal se extendía, la situación comenzaba a dominarme. Mi hermana también había sido subyugada y era como una fuente de donde mi mujer recogía las insinuaciones más aviesas; en cuanto a mi madre, si

bien se mostraba más tranquila, era sólo a causa de su valor.

Fácil será comprender la desazón que se producía en mí. Tres mujeres víctimas de un enemigo que no se muestra ni se oye y que legítimamente me pedían una protección que yo no podía dar.

Entonces decidí echar a la sirvienta. Esto tenía a mis ojos el significado de una injusticia, pero así lo exigía el momento.

Sin embargo, cuando les comuniqué que al día siguiente le pediría a Marta que se fuese, encontré en ellas una resistencia increíble.

—No; déjala, déjala! Quién sabe de lo que sería capaz...—exclamaba mi hermana.

—Ustedes se han entontecido—repliqué rabioso.

Mi mujer defendía a su cuñada.

—Por favor, Julio... No se sabe lo que pasará!...

—Pero... especifiquen—decía yo irritado por mi impotencia—hagan cargos concretos, expliquen eso de modo que yo pueda entender...

Pero era inútil. Gesticulaban, vacilaban: la idea se quebraba al llegar a los labios. Sólo se desprendía el miedo, un miedo que llegaba al terror, infundido por la insignificante Marta.

Transcurrieron dos días más y se produjo una novedad: mi hijo tampoco quería a la sirvienta. Se alejaba de ella, diciéndole con gracia, ese insulto que muchas madres enseñan a los hijos varones. Pero él, al menos tenía razón. Dióme por revisarle el cuerpo encontrando en los muslos señales evidentes de que había sido pellizcado.

No dije nada. Pero en cuanto pude hablar a solas con Marta, la reté duramente.

—¿Y por qué lo pellizcas?...

Ella tardó en responder.

—A mí me gusta tanto hacerle así!...

—Mira: cuando quieras darte esos gustos, pellízcate tus piernas. ¿Has oído?...

A ser oportuno la hubiese echado.

Sin embargo la suerte nos favoreció. Todos los sábados, Marta dedicaba la mañana a la limpieza general, teniendo libre toda la tarde hasta las nueve de la noche.

Salió como era convenido; pero no volvió. Esto dió lugar a un tumulto de suposiciones. Daba pena oírlas decir: «¿Por qué no vendrá?» Al ruido más lejano, al más común de los ruidos, agregaban ellas: «ahí está» Observaban ansiosas, como si Marta fuese a aparecer de entre la pared o a través del embaldosado del patio.

Al día siguiente, mi madre, por simple curiosidad entró en el cuartito de la sirvienta. Bajó de él muy mal impresionada. Sobre el reboque blanco, en los pisos, en las puertas, había leído varias veces este nombre: «Berta Carriol»

Ahora, el temor tenía para mí algún sentido. ¿Se llamaba o no se llamaba Marta?... Sin aguardar más tiempo bajé todo lo que le pertenecía, lo amontoné en un ángulo del patio y tomé otra sirvienta.

A los pocos días, un hombre mal enfachado llamó a la puerta.

—¿Qué desea?...

—Venía a buscar las cosas de mi hermana.

—¿Usted es hermano de Marta?...

—No; de Berta, Berta Carriol. Es hermana mía. Ahora está en una casa, en Palermo.

No dí a entender nada y el hombre marchó con el baúl y unos atados de ropa.

Como veis, volvía la tranquilidad. Aquella angustia indecible, aquella amenaza que vagaba durante las noches, de cuarto en cuarto, de corredor en corredor, no existía ya. Sin embargo este episodio no estaba completo: le faltaba el cuerpo.

Unas noches después, mi mujer acostada ya, hojeaba uno de los diarios de la tarde. Ni una sospecha preparó la escena. Fué un choque inesperado, una explosión imprevista.

Se irguió en la cama, abrió espantosamente los ojos

y agitando el periódico, exclamó con la voz muy apagada:

—¡Ella, ella, ella!...—Se produjo tal alboroto que nadie entendía a nadie. Preguntábamos todos y mi mujer sólo respondía:—¡ella, ella!...

Luego tuvo un arranque. Soltó el diario y tomando a su hijo se abrazó de él. Esto fué rapidísimo y hubiera confundido a cualquiera.

Se me ocurrió ver el periódico, y al primer golpe de vista lo comprendí todo. En la sección: «Crónica Policial» había una fotografía de nuestra ex-sirvienta y sobre ella, con grandes letras decía: «Los grandes crímenes». «Berta Carriol se confiesa culpable.» Toda una familia envenenada con arsénico».

El estupor es de imaginarse.

LA TOLERANCIA

Miguel Landoni andaba de prisa.

Como siempre, entraba en su oficina de trabajo a las ocho y media de la mañana, pero aquel día, antes de ir a su empleo tenía que pasar por la iglesia de la parroquia. Esto le había provocado una verdadera contrariedad.

Sus costumbres, disciplinadas, se sentían ofendidas. Era un empleado recto, cumpidor, un legítimo funcionario, dividido en minutos. Se levantaba a las siete, y media hora después estaba vestido y peinado. Tomaba luego el desayuno mientras revisaba el periódico del día anterior y se largaba en seguida, a paso lento, para tomar el tranvía de las ocho, al que tenía que esperar cinco minutos, tiempo que destinaba para limpiarse las uñas.

Por eso, el desorden de aquella mañana le tenía de mal humor. Ni podía estacionarse cinco minutos, ni limpiarse las uñas ni tomar el coche ordinario. Y a medida que se alejaba de su radio de acción, aumentaba su descontento y protestaba en voz alta.

Además, tenía que verse con el cura, para un asunto delicado.

El era liberal, nadie podía dudarlo. Hacía más de dos años que pertenecía a un club y guardaba en una cajita de cigarros una cantidad de recibos y citaciones. En verdad no había hecho grandes cosas por el

partido, pero siempre que le era posible, trataba a los curas de lo peor, hecho que a su juicio le distinguía como a un revolucionario de nota.

Pero he aquí que, próxima la fecha señalada para su casamiento, su futura suegra insistía con una terquedad abrumadora: tenía que casarse por la iglesia. En vano había luchado discutiendo, llegando hasta el enojo. El único que se convenció fué él, que se entregó al fin. Gradualmente pasó por ese período de acomodación interior, tan fácil en los espíritus sin arraigo.

Estuvo algún tiempo preocupado con el juicio ajeno. Era, en el fondo, el único escollo importante. Si la ceremonia religiosa pudiera verificarse en secreto, como se hizo con un ministro ateo, rico en discursos y hábil abogado, él no se hubiera negado en ningún momento. «En qué verguenza me pones—le había dicho a su novia después de disputar sobre lo mismo—¡yo, casarme por la Iglesia!...»—«No soy yo; es mamá»—habíale contestado ella.

Landoni, prudente, cesó de ir al Club. Le temía a la diatriba, a la burla, al ridículo. Quizá lo expulsaran por traidor cuando se supiese su claudicación. Un tal Arismendi, socio de prestigios, rematador y periodista, sería capaz de escribir un suelto y publicarlo en el «Giordano Bruno» hoja destinada a atacar a los curas y que aparecía dos veces al mes.

Pero en esos días los diarios dieron una noticia bomba. Don Francisco Ugarte, un prohombre de partido, paladín del liberalismo, se casaba por la Iglesia después de justificar su resolución en una carta dirigida a la Curia.

Landoni, muchacho vivo, saltó de alegría. Recordó entonces que, poco ha, don Pedro Martini y Montes otro luchador de garra, enemigo de la sotana, había también recurrido al matrimonio religioso.

Sonrió de placer, se acarició el bigote, se disipó el nublado de su mente: comprendió que no estaba solo.

Esa noche, contra lo que había dispuesto, fué al Club y con una arrogancia de la cual él era el primero en admirarse, dió la noticia de su futuro casamiento. Mu-

chas voces se levantaron en contra suya increpándole duramente. Pero él elevó magestuoso, como un estandarte, los nombres de los dos luchadores que no habían sentido asco—decía—en acogerse a la bendición de la casta sacerdotal. Además, él se comprometía a hablar claro; él también diría al cura las causas fundamentales que lo llevaban a la Iglesia y demostraría con argumentos irrefutables la superioridad de su resolución.

Para eso iba esa mañana a la Parroquia.

Frente al cura, sintió un ligero escozor. Indeciso y como avergonzado habló de su casamiento, mientras el sacerdote, fumando un cigarro toscano, le escuchaba. Al terminar, el padre dijo:

—Cobro veinte pesos.

—Muy bien—añadió Miguel desdeñosamente.—Pero antes, es necesario que me oiga usted.

Chupóse el bigote, lo sacó hirsuto de la boca, fuéle dando forma con los dedos hasta convertirlo en un elegante arco y empezó a hablar, mirándose los pies. Se refirió al inmenso amor que sentía por su novia; a su espíritu de conciliación que le distinguía siempre desde que era liberal; al conocimiento que tenía del alma femenina; a su grandeza de corazón y a la experiencia de sus años. Hablaba con lentitud, en una dificultosa exposición de motivos, disfrazando en lo que podía la copia que, acaso involuntariamente, iba haciendo de la célebre carta. Por último, altivo y resoluto, miró al párroco en los ojos, para decirle:

—Y en fin: sepa usted señor cura, que yo fuí y continúo siendo un liberal y que mi espíritu está por sobre todas esas prácticas arcaicas que no significan nada para la luz de la inteligencia.

Permaneció enardecido por el esfuerzo que acababa de realizar, seguro de haber achatado al humilde siervo del Señor. Pero éste, tranquilamente se quitó el toscano de la boca, sonrió con dulzura y dando a Landoni unas palmadas en el hombro, no muy fuertes, le dijo algo socarrón:

—Vaya usted con Dios, hijo mío!...

Desconcertado Landoni se alejaba ya, cuando el cura lo llamó.

—¿Está usted bautizado?...

—No señor.

—Ah!... entonces tengo que bautizarlo.

—¿Y es necesario eso?...

El sacerdote volvió a sonreír y contestó:

—Unicamente en su ignorancia halla usted el perdón, hijo mío...

Miguel, confundido por el obstáculo, miró hacia el suelo.

—¡Caramba!...—exclamó después de una pausa. Y agregó con la esperanza de eludir el rito:—¿Y no se puede arreglar eso?—Pero el cura, en vez de responderle siguió diciendo:

—Además tiene usted que confesarse.

Súbitamente Miguel levantó la cabeza y le miró con fijeza.

—¿Confesarme?... eso si que no señor cura. Yo no me confieso.

Esta resolución era enérgica. Estaba segura de que su suegra, aun cuando fuera una buena católica, repudiaba la confesión como una cosa indigna. El cura quiso argumentar; pero halló siempre una negativa inconmovible.

—Entonces no lo puedo casar—concluyó.

—Muy bien—repuso Miguel.—Entonces no me caso por la Iglesia.—Saludó con gravedad y se marchó.

Pero el padre no daba el negocio por terminado. Muy ducho en esta clase de asuntos, sabía lo que tenía que hacer. Entró en la Iglesia, echó una ojeada sobre los penitentes y se acercó a una vieja muy devota que ocupaba todas las mañanas en descargar su montón de rezos. Averiguó por ella todo lo que quiso y a las once de ese mismo día, el cura entraba en la casa de la novia.

Su sorpresa fué grande cuando comprobó que la confesión seguía siendo un obstáculo. Siempre que hablaba de ella, la madre de la muchacha, de un natural seco y huraño, mostraba en su cara una expresión de malicia

inconfundible. Por último, ante las instancias del padre, repuso con brevedad:

—Deje usted, señor cura; demasiado sabemos lo que son esas cosas. En mi casa somos honrados gracias a Dios y no necesitamos confesarnos.

En la mesa, mientras almorzaban, el sacerdote tentó otro esfuerzo empleando táctica distinta.

—Tenemos que arreglarnos—dijo—Haré con ustedes una excepción. Sólo cobraré quince pesos y vendré aquí para casarlos.

La señora respondió como quien piensa en otra cosa:

—Quince pesos... Bueno. Está bien. Cuando Miguel venga se lo diremos.

Pero el arreglo no se producía.

Dos días después, mientras Landoni salía de su oficina, se le acercó un señor, bien vestido, amable, sonriente.

—Por ventura es usted el señor Landoni?

Este sorprendido, repuso:

—El mismo.

—Si tiene usted señor, la bondad de dispensarme unos minutos?...

—Usted dirá—contestó Landoni curiosamente.

De inmediato el desconocido dejó caer el velo.

—¡Ah!... ¿Se trata de mi casamiento?...—exclamó Landoni.—Lo que menos sospechaba.

—Es verdad, señor; de su casamiento.

Era un enviado del cura investido de amplios poderes. Habló mucho tratando de demostrar las conveniencias que acarrearía el casamiento sellado por la Iglesia. Al pasar junto a un café invitó a Landoni con tanta insistencia que éste no pudo rehusar. Allí, mientras bebían, continuó:

—Total: piénselo usted bien. Lo que le detiene es la confesión ¿no es así?

—Es verdad—dijo Landoni.

—Pues ya ve usted. No hay cosa más tonta que la confesión. No tiene ninguna importancia. Cuatro pavaditas y como antes. Nadie le obliga a usted a decir lo que no quiera.

—Es que yo soy liberal.

—¿Y eso qué tiene?... Usted continúa siendo liberal.

—¡Jem!... no me parece—objetó Landoni algo cohibido y como desconfiado.

—Ya lo creo—repuso el desconocido.—Hay muchos liberales que se confiesan cuando llega el momento: yo entre ellos.

—¿Usted es liberal?...

—Si señor, aunque no lo parezca.

Landoni sonrió incrédulo y el desconocido se hizo el bigote con gran aparato.

—Yo ya expuse al señor cura las razones que tengo para casarme por la Iglesia. Es necesario distinguir. Si yo recurro a la ceremonia religiosa es por grandeza de espíritu.

—Nadie lo duda. Todos debieran hacer como usted. Al fin y al cabo, la mujer nada tiene que ver con las ideas.—Un momento después, el enviado, al salir del café agregó:—Reflexiónelo usted, señor Landoni. El Padre me autorizó para que le dijese que lo casaba por doce pesos. Ya vé que él contempla sus intereses, contemple usted también los...—se detuvo a punto de decir una inconveniencia.

Pero el asunto no adelantaba. El cura había estado de nuevo en la casa de la novia. La futura suegra había logrado que rebajasen los derechos a diez pesos; pero, en cuanto a la confesión seguía siendo el obstáculo del principio.

Landoni volvió a ser entrevistado por varios individuos. Una noche, en el Royal, mientras en el escenario bailaba una apache, oyó una vocecita discreta que venía de atrás.

—¿Me permitirá señor, durante el intervalo, una pequeña entrevista?...

Asintió y volviendo sus ojos hacia la mujer, pensó: «Seguro que es a causa de mi casamiento».

Y en el bar del teatro, Landoni tuvo que oir nuevas consideraciones. El emisario parecía tener predilecciones por temas tiernos. Hizo una triste relación de las

esposas que por intransigencia de los maridos, se veían condenadas a vegetar lejos de la Cruz. Miguel se mantuvo firme.

Todo hacía suponer que el casamiento se efectuaría sólo por lo Civil, cuando, dos días antes de la boda el cura, haciendo un alegato formidable, consintió en casarlos sin confesión.

El hecho produjo alegría en la madre de la novia y alguna acritud en el ánimo de Miguel.

Se casaron a las nueve de la noche. Un momento antes, el cura expidió el acta de bautismo y después los unió en nombre de la Iglesia.

La sala estaba llena, atestada de juventud que deseaba divertirse. Un piano, algo cojo de sonidos, inició el baile.

Pero el pianista, sin repertorio extenso, dejó el taburete. Se buscó quien lo reemplazara. No se consiguió. Entonces, una de las muchachas, se acordó de que el Padre conocía el teclado.

Y allá fueron. Lo encontraron en una de las habitaciones, conversando con dos invitados. Se hizo una algarabía estrepitosa.

—Una piecita, señor cura...

—Señor cura, una piecita...

—No hay quien toque, señor cura...

En vano protestaba. Se había formado un corro de muchachos y muchachas que lo asediaban aturdiéndolo a pedidos. Unas le traían Oporto, otras Jerez; quien le ofrecía masas, sandwichs; quien le aseguraba a gritos que era un notable pianista. Oprimido, sofocado, consintió. Dejó su asiento y se dirigió a la sala, escoltado por caras sonrientes y cuerpos retozones, Un aplauso general de la concurrencia lo saludó al llegar. El sonrió modestamente, midió la altura del taburete y volviéndose hacia la multitud que lo contemplaba agradecida, dijo haciendo un gesto con el índice:

—!Una sola, eh?...

Y un vals, cortante, alígero, envolvió a la sala en un torbellino, mientras el diablo, de corazón a corazón, volvía a contar la historia.

LA TENTACION

Alicia volvió a despertar. Eran las dos de la mañana. Aturdida, luchando contra el sueño, se incorporó sobre un codo, encendió la luz y empezó a mirar en redor, alarmada ante la multitud de mosquitos que se agrupaba hacia la cabecera, sobre la superficie blanca de la pared. Eran pintas obscuras, gotas oblongas, ensanchadas en la parte inferior como lágrimas de orfebrería.

La muchacha se hincó en la cama y su cuerpo, semidesnudo, rosáceo, se destacó de entre la orla quebrada de la ropa blanca. Mantenía su cabellera sujeta en una trenza pesada que le caía huyendo por el surco leve de la espalda.

Era la cuarta vez que se despertaba en aquella noche. Estaba exasperada. En los brazos, en la cara, en el cuello, las ronchas le ardían produciéndole una desazón mortificante. Los mosquitos habían invadido inesperadamente: era la primera tanda del año.

Conteniendo su premura, Alicia sacó de su mesa de noche una caja de fósforos y repitió la operación de la matanza, satisfecha cada vez que el insecto explotaba achicharrado por la llama de la cerilla. Después, aleccionada, se detuvo. Suponía que, en cuanto apagase la luz, los mosquitos que alcanzaba a ver, prendidos en la parte superior del muro, bajarían hasta ella; que de

nuevo se vería en la necesidad de levantarse y de volver a empezar. Entonces, recordando su mosquitero del año anterior, fué hacia su guardarropa, y después de buscar un momento, lo halló, cuidadosamente doblado debajo de unas mantas.

Tranquila, segura de poder dormir, Alicia apagó la luz. Poco a poco la fué invadiendo la penumbra del sueño. Imágenes breves y confusas ambulaban por su mente. Recordó a la cajera de una tienda que había visitado en el día; tuvo la impresión de un puente muy largo que cruzaba un río, apacible como un espejo; oyó de nuevo las palabras dichas por su novio al despedirse. La inconsciencia la mecía con la suavidad de una pluma.

Pero estando así, casi dormida, los mosquitos volvieron a pasar junto a ella, zumbadores, rayando el silencio. Se acongojó. El sueño se le iba de nuevo. Movióse en la cama, inquieta, y agitó los extremos de la sábana pra espantar al insecto. Luego pensó que acaso el mosquitero estuviese mal colocado o presentase alguna rotura importante. Le costó algún trabajo decidirse, pero al fin encendió la luz y se puso a observar, sorprendida. El tul no tenía una falla apreciable y caía bien, sin grandes pliegues, cerrando los costados del lecho. Además, a pesar de su empeño, sólo halló un mosquito, parado sobre una perilla de la cabecera. Intentó darle caza, sin lograrlo. Varias veces creyó matarlo, y varias veces le vió salir de entre sus manos, esquivando los golpes, como si calculara. Después lo perdió de vista.

El cuarto volvió a quedar a obscuras. Alicia se arrebujó bajo las ligeras colchas, con el firme propósito de dormir. Hubo una tregua breve y falaz. En seguida el mosquito llegó de la sombra y empezó a acechar en redor de la cara de Alicia. Esta lo sintió venir. Dispuso las dos manos abiertas, una frente a la otra, y cuando lo juzgó oportuno, cerrólas con fuerza. Pero el mosquito continuó su vuelo y tornó a perderse.

Se entabló entonces una lucha intensa entre el mosquito, ávido de sangre, y la muchacha, aturdida, nervio-

sa, febril, exasperada. A veces ocultaba su cabeza bajo las sábanas, pero el calor de aquella brava noche de diciembe la obligaba a descubrirse.

Empezaron a sucederse algunos instantes de incertidumbre, pausas hondas de espera, donde la atención oscilaba con movimientos bruscos y quebrados. Y cuando el insecto se acercaba con aquel su zumbido como canto de guerra, ella se recogía temerosa:

—«Ahí viene, ahí viene. ¡Ahí está!»

Nunca había sentido un deseo tan vehemente de dormir. ¡Si pudiera matar al mosquito! ¡Si él se fuese!... Pensó en levantarse de nuevo, encender la luz, pero el cuerpo no obedeció. Entonces tuvo una ocurrencia extraña.

—¡Si me dejara picar!... Se sobrecogió, tuvo miedo, una onda de calor le abrasó el rostro. ¿Qué había pensado? Cambió bruscamente de postura y cerró los ojos. Quizo recapacitar, saber lo que le ocurría. Su idea era bien sencilla. Aquel mosquito constituía el único obstáculo para su sueño. Dejarlo posar un instante sobre su piel; permitirle que bebiera algo de su sangre o matarle en ese momento si era posible, nada más

Se tranquilizó. El mosquito zumbaba iracundo, acechando con una tenacidad humana. Ahora, por ejemplo, si ella se quedase quieta, así...—pero no pudo.

Su idea, no obstante ser tan sencilla, le produjo inquietud, una absurda inquietud. Espantó al insecto, nerviosamente, en un esfuerzo desproporcionado.

Se sentó en el lecho. Uno de sus brazos se levantó, buscando la llave eléctrica. Tropezó con el tul. Entonces, aquel brazo, animado aún por un resto de voluntad, tentó salir. Vaciló en la dirección, como confundido y se fué inmovilizando. Alicia, dormida, cayó hacia atrás.

Se recordó bruscamente, azorada, sin memoria. Creyó despertar de un sueño malo. Abrió mucho los ojos, tratando de ver, en aquella obscuridad en reposo. Después sintió que el mosquito cruzaba sobre su cabeza

y el instante de olvido se perdió como un punto desvanecido.

Atormentada por aquella persecución, Alicia se compadecía de sí misma, mientras el insecto se acercaba, cada vez más, osado y resuelto. Ella tuvo la impresión del primer contacto, pero se mantuvo imnóvil. En su mente exaltada, las imágenes se exageraban. Apercibió detalles muy sutiles. La presión del mosquito sobre una de sus mejillas; la punción de la trompilla penetrando en la carne; la succión ávida, hambrienta, glotona.

Ella no se movía ahora por temor de alejarlo. El insecto estuvo aún un momento, amodorrado, ebrio de vida, reposando, abandonado cual una carga sobre la piel cálida como un nido. Después se echó a volar.

Alicia dirigió una mirada en dirección al zumbido. Luego, perezosamente, llevóse una mano a la pequeña herida recién abierta, donde empezó a sufrir un ardor agudo y vivísimo. Y bajo este escozor, como bajo el arrullo de una canción feliz, se fué durmiendo, dulcemente.



CUENTO BREVE

Ella le esperaba siempre trás la verja de la quinta frente al camino de los pinos. Y cuando su novio aparecía a lo lejos, empequeñecido bajo el ramaje severo de los árboles, corría a su encuentro. Después, ruborosa, juntas las manos, la miraba arrobante y un canto triste en la voz, ella le decía:

—Siempre que te espero, querido mío, sufro una ilusión: paréceme que soy casada y que aguardo la vuelta de mi maridito.

El la besaba en los labios y respondía trémulo:

—Ya lo seré, mi locuela impaciente!...

Se casaron. Ella le esperaba siempre trás la verja de la quinta, frente al camino de los pinos. Y cuando su marido aparecía a lo lejos, empequeñecido bajo el ramaje severo de los árboles, corría a su encuentro. Después, ruborosa, juntas las manos, la mirada arrobante y un canto triste en la voz, ella le decía:

—Siempre que te espero, querido mío, sufro una ilusión: paréceme que soy soltera y que aguardo la visita de mi novio.

El la besaba en los labios y callaba.



LA REPOLLADA

(Fragmentos de un poema Epico-Teosófico)

Y he aquí que, Iro, dispúsose a dormir bajo la sombra de un castaño. Durante la mañana había pescado muchas ranas y estaba satisfecho. Quedó tendido, boca arriba, sonriente y feliz.

Cuando empezó a roncar una tranquilidad ideal le cubrió el rostro y un escarabajo llegando de lo alto se detuvo sobre su pecho.

—«Iro; eres un bruto. Pescas ranas y lavas los pisos en la aldea, pero ¡Oh!..... bienaventurado!!.... el gran Kharma quiere iluminarte. Dentro de poco se escapará por tu boca el espíritu que te eligió cuando saliste de tu madre y al mismo tiempo, se te introducirá por las narices un espíritu antiguo!!... Regocíjate, ¡Oh! elegido..... nada menos que el espíritu que formó el pecho de Bhuda. Obedezco y te reconozco ya como a un superior.»

Dijo y se fué.

Iro despertó al rato y vió que no era Iro. Sintió asombro; pero creyó porque miraba muchas cosas que antes no estaban. Su vista era ahora más penetrante: atravesaba las aguas, atravesaba la tierra y llegaba más allá de donde sale el sol.

Y se entregó a una meditación profunda y cuando hubo meditado, vió que tenía demasiada ropa y dijo a su espíritu:

—«He aquí que tengo demasiada ropa»

Y se sacó el pantalón, el saco... y cuando se hubo visto completamente desnudo, cubrióse con un manto de lana, sucio y haraposo.

Y volvió a meditar y cuando hubo meditado, palpóse el cuerpo y dijo a su espíritu:

—«He aquí que tengo demasiada carne».

Y se estuvo muchos días alimentándose tan sólo de los tallos y raíces que en el lugar crecían.

Y toda la cabellera le caía sobre la espalda y toda la barba le caía sobre el pecho. Sus uñas de largas formaron punta.

Y he aquí que no se lavaba y los piojos le andaban por todo el cuerpo y él no los sentía.

Se estaba inmóvil, sentado sobre la tierra dura, cruzados los brazos, las piernas cruzadas, con los ojos vueltos hacia arriba. Y he aquí que el arroyo cercano dijo:

—«Nisakara!!!—entonces supo que él era Nisakara. Sin moverse esperó más días y más noches. Las carnes de flacas, le colgaban de los huesos. Su cuerpo estaba como podrido. Y he aquí que, sintiéndose débil hasta la impotencia, se sintió bien.

Y sucedió que llegaron algunos labradores, gentes de la aldea. Muchos temían acercarse, pero se animaron porque Nisakara no daba señales de vida. Y viéndole no le reconocieron y se apartaban de él porque despedía mal olor. Pero un hombre muy ladino, que todos respetaban por sus engaños dijo alborozado: «Si es Iro».

E Iro, que no era Iro, ruborizado en su espíritu, contestó:

«Yo soy Nisakara»—Después de lo cual todos rieron y burlándose le tiraron piedras y otras cosas.

Cuando le dejaron solo se levantó con gran trabajo. Estaba dolorido en el espíritu y en el cuerpo. Y pensó: «no he de ir a mi aldea: allí no me creerán nada porque me conocen mucho».

Y fué por donde nunca había ido. Los caminos eran duros y pelados. Y he aquí que, Nisakara, extendiendo la mano pedía limosna y como movía a lástima, todos le daban.

Y llegado a un pueblo nada escapó a su mirada penetrante. Vió que la carne era manjar predilecto de lo pobladores y ardiendo en sagrado, esperó a que la plaza se llenara de gente. Y cuando los hombres y las mujeres, lo rodearon, habló así:

—«Yo soy Nisakara, el de la mirada larga»—y ninguno dijo que no.

—«Yo anuncio que el hombre cambiará. Ahora hay mas enfermos que antes porque estamos más cerca de la verdad. Dichoso el que enferme, dichoso el que no pueda ser curado por los sabios de la academia. Entonces oirá la voz de los verdaderos sacerdotes y a la leche animal sucederá la leche vegetal y a la carne animal sucederá la carne vegetal. Y entonces el hombre mudará de parecer. Primero dirá: todo lo que existe no sirve; hay que destruírlo todo». Y soñará con incendios, imaginará matanzas; pero no debe de temer, porque este momento pasará pronto. Y a medida que vaya dejando de comer carne irá viendo por sus propios ojos. Los instintos malos se alejarán de él y su cuerpo se transformará. Los huesos empujarán a la piel que vendrá muy pálida, sus párpados se abrirán más y cuando hable dirá las cosas en voz baja y cuando ande y se mueva, no hará ruido».

«Porque ha de llegar un día en que el hombre sólo se alimentará con un higuito, siete uvas y tres gajos de naranja. Y he aquí que la verdad le vendrá de a poco y creerá en cosas increíbles, porque lo que estuviere debajo estará arriba y lo que fuere blanco será negro».

«Y entonces ya no soñará con incendios, no imaginará matanzas. Porque así como una cosa es opuesta a otra, así vendrá a ser él. Y cada vez tendrá menos fuerza y aunque esté en la agonía, dirá «estoy bien» y cuando menos viere, más verá».

Dijo y calló.

Y el pueblo maravillado murmuraba y aunque era pobre, hizo a Nisakara ricos presentes. Y he aquí que Cloé, mujer del carnicero de la plaza le trajo una cratera llena de caldo gordo. Y Nisakara bebió sin ver, porque su espíritu estaba en el séptimo cielo. Y sucedió que cuando todos le alababan como a un Dios, Nisakara sufrió fuertes dolores cerca del ombligo. La cratera cayó de sus manos y retorciéndose dijo: «¡Desventurado de mí!... ¡Los hombres me han traicionado!

INDICE